

JOSEFINA MAYNADÉ

ASURAMAYA
EL GRAN ASTROLOGO ATLANTE
CON EL HUNDIMIENTO
Y TRAGEDIA DE LA ATLANTIDA

COLECCIÓN
«ASTROLOGÍA CÍCLICA»

VOLUMEN Nº 2



B. COSTA-AMIC, EDITOR
MEXICO (1), D. F.



ASURAMAYA (El Gran Astrólogo Atlante), con el hundimiento y la tragedia de la Atlántida, es el más apasionante relato de la Historia de la Humanidad.

Obra ceñida al importantísimo tema de la Astrología Cíclica, en sus vivientes relatos, ambientados en cada lugar y estudiados y profundizados por una escritora especializada como es Josefina Maynadé, expresa en forma pulcra y literaria, los trascendentales momentos de Traspaso Cíclico que vivimos. A través de los personajes de sus biografías —tal el caso de **ASURAMAYA, EL GRAN ASTROLOGO ATLANTE**— la autora procura que el lector asimile el viviente, auténtico significado histórico de los ciclos.

En el libro que hoy presentamos, se estudian y explican temas tan interesantes como: La predicción de los Astros - Exodo de los atlantes hacia Oriente - Hundimiento de la Atlántida - Fundación de Egipto - El Zodíaco y la Esfinge - El Gran Diluvio - Desviación del Nilo - Aparición del Desierto Líbico y del Sahara - Inicio de las siete civilizaciones mediterráneas - Las Dinastías de Reyes Divinos - La gran civilización atlante-egipcia.

A este título **ASURAMAYA**, segundo de nuestra "Colección Astrología Cíclica", siguen **FARAONAS Y SACERDOTISAS DEL ANTIGUO MATRIARCADO EGIPCIO** y **MOISÉS, AVATAR DEL MUNDO OCCIDENTAL**. Esas biografías enseñan, deleitan y revelan la profunda sabiduría que enlaza las civilizaciones del mundo y el plan oculto de la evolución de la Humanidad.

Creemos que nuestra Colección, por los temas tratados, y por la seriedad y capacidad, altamente reconocida, de su autora, ha de encontrar en todo el Continente americano, un público ávido de las enseñanzas que a través de sus páginas se dan a conocer.

B. COSTA-AMIC, EDITOR

Mesones, 14

México 1, D. F.

Rooken-

4-61-

DERECHOS RESERVADOS © 1965 POR EL AUTOR
PRIMERA EDICIÓN AÑO DE 1965

IMPRESO EN MÉXICO / *PRINTED IN MEXICO*

TALLERES DE B. COSTA-AMIC, EDITOR / MESONES, 14
MÉXICO (1), D. F.

ASURAMAYA, EL GRAN ASTRÓLOGO ATLANTE

«COLECCIÓN ASTROLOGIA CÍCLICA»

DIRIGIDA POR

JOSEFINA MAYNADÉ

TÍTULOS PUBLICADOS:

- EL HORÓSCOPO DEL MUNDO (La Clave Astral de la Historia y la Era de Acuario que comienza).
- ASURAMAYA (El Gran Astrólogo Atlante) Con el hundimiento y tragedia de la Atlántida.
- FARAONAS Y SACERDOTISAS DEL ANTIGUO MATRIARCADO EGIPCIO (A partir de su fundación por los grandes Reyes Divinos).
- MOISÉS (Su adopción, con estudios e Iniciación en Heliópolis. Mentor del pueblo de Israel. Avatar del mundo occidental).

JOSEFINA MAYNADÉ

ASURAMAYA

EL GRAN ASTROLOGO ATLANTE

CON EL HUNDIMIENTO
Y TRAGEDIA DE LA ATLANTIDA

COLECCIÓN
«ASTROLOGÍA CÍCLICA»

VOLUMEN 2



B. COSTA-AMIC, *Editor*
CALLE MESONES, NÚM. 14
MÉXICO (1), D. F.

ÍNDICE

Proemio	7
I Adiós a la Tierra de Mu	13
II Ataque Frustrado	25
III Un Santuario en el Mar	35
IV Festividad del Solsticio	43
V Sobre el Mar de Libia	55
VI Visión de Isa	67
VII Desembarco de los Atlantes en Egipto	77
VIII Manu, el Gran Legislador	87
IX Inicios de la Civilización Egipcia	97
X Construcción de la Esfinge por los Atlantes ..	107
XI El Zodíaco y la <i>Harmakis</i>	117
XII El Gran Diluvio	127
XIII Hundimiento de la Atlántida	137
XIV Desviación del Nilo	149
XV Fundación por los Atlantes de las Civilizaciones Mediterráneas	159
XVI El Primer <i>Hijo del Sol</i>	173

PROEMIO

NINGUNA civilización nace esporádicamente. Cada una de ellas, constituye un eslabón dentro de una larga cadena de brillantes realizaciones.

Existe por lo común un auténtico lapso en el conocimiento histórico o protohistórico del misterioso engranaje de las civilizaciones. ¿Cuál fue la madre del antiguo Egipto, esa remontísima, avanzada civilización nilótica? ¿Cuál la que otorgó los gérmenes de aquella otra esplendorosa civilización prebrahmánica en la antigua India?

La tradición esotérica o legendaria nos habla de la Atlántida, el continente sumergido durante la gran conmoción geológica coincidente con el Diluvio Universal.

Platón, el famoso filósofo heleno, nunca dijo en sus Diálogos Timeo y Critias que su relato de la Atlántida fuera una fábula, sino "auténtica verdad".

Ya la ciencia, sin olvidar las aportaciones de los renombrados arqueólogos Schlieman, abuelo y nieto, y a través de verificaciones de numerosos geólogos, llama a las puertas de notabilísimos descubrimientos. Muchos de tales investigadores dan fe de la existencia de ese pretérito, floreciente continente y de su precursora, avanzadísima civilización, madre a su vez de la primitiva colonia atlante que fue Egipto en sus orígenes, así como de otras siete

civilizaciones mediterráneas, dejando aparte las antiquísimas del continente americano que tuvieron por sede México, Guatemala y Perú.

Mediante sus cálculos astrológico-astronómicos, sus prodigiosos adelantos científicos y sus supersentidos desarrollados, llegaron algunos iniciados¹ atlantes, al conocimiento de la próxima catástrofe cíclica con el hundimiento de la gran Isla Atlántida llamada por los griegos Poseidonis, a causa principalmente de su estado de decadencia. Entonces recibieron la orden de los padres espirituales de Venus, venidos a la Tierra para impulsar sus civilizaciones, de que una selección de tales iniciados emigraran, convenientemente pertrechados, a las "Tierras Puras de Khemī", el bajo Egipto.

A tal fin organizaron una expedición de tres naves en las que se contenían los más puros gérmenes de las subrazas de la gran cuarta raza atlante, así como una selección de animales domésticos, de semillas, de enseres, salvando además todo el caudal de su sabiduría, los instrumentos científicos, las claves interpretativas del futuro, las piedras magnéticas o talismanes y lo más representativo de su religión solar y de su vida.

Despegaron tales naves sigilosamente del lugar previsto en la fecha indicada por los invisibles Protectores de la expedición y después de atravesar el entonces breve océano Atlántico, llamado por ellos "Gran Verde", navegaron al vasto y poco profundo Mar de Libia, hoy desierto, camino de oriente, arribando por fin a la meta predestinada de sus designios, el bajo Egipto, donde establecieron una colonia atlante de elevado signo y adelantadísima civilización.

¹ La categoría de iniciado equivalía, en la sabia antigüedad, a la de "Universitario Integral", instruido en ciencias y artes, conocedor de los secretos de la Naturaleza y poseedor de todas las virtudes y conocimientos, así intelectuales como morales y espirituales. De ese modo, el iniciado formado en las escuelas anexas a los santuarios eran, a la vez, sabios y santos, inteligentes y puros.

La figura más representativa de aquella memorable expedición de los atlantes a Egipto, fue "Asuramaya", el gran astrólogo y sacerdote del Sol, depositario de la más avanzada ciencia y de la remota tradición, descendiente de aquella "raza sabia que nunca muere". Así llamaban los antiguos egipcios a los descendientes de Isanas, uno de los Señores venidos de Venus, el planeta hermano de la Tierra, pero más avanzado que ésta en evolución, con el fin de impulsar el progreso de la humanidad terrestre. Por ello, todas las representantes y sacerdotisas de Isis, la sabiduría oriunda de Sukra-Venus, llevaban el nombre de aquel gran Maestro advenido del mundo hermano.

Según la tradición, la etimología de Isis es Isa, nombre auténtico de la divinizada Isis antes de su latinización. Así se llamaba la primera emigrada de la amenazada Atlántida, princesa y sacerdotisa, hija del rey Kron, el último monarca atlante que eligió la muerte al frente de los trágicos destinos de su pueblo, sabiendo que era decreto cíclico su desaparición en las aguas procelosas del "Gran Verde" u Océano Atlántico, como así ocurrió.

* * *

Todo este trascendental, emotivo relato, se sigue y valora a través de la presente biografía de "Asuramaya", el gran astrólogo atlante, el que llevó consigo como el mayor tesoro, en su emigración, al país de Egipto, el zodiaco y el famoso tratado El Espejo del Futuro, clave de interpretación de los ciclos históricos. Es fama que en él se enseñaban, desde la más remota antigüedad, todos los avatares acaecidos a la humanidad a través de las diversas civilizaciones, a partir de los orígenes, así como cuanto tendrá lugar en nuestro planeta en el próximo y lejano porvenir, con sus respectivas fechas y características.

Parece ser que en ese fundamental tratado se instruyó Claudio Tolomeo, el gran astrólogo-astrónomo alejandrino

de principios de nuestra era cíclica, padre de la ciencia que conocemos.

Se supone que ese importantísimo tratado del espacio celeste denominado Espejo del Futuro, donde se definían todos los ciclos históricos desde los orígenes de la humanidad, desapareció en la última destrucción definitiva de la Biblioteca de Alejandría cuando la invasión de los árabes en el siglo noveno, al iniciarse para el mundo occidental la dilatada Edad Media a través de la que se cernió sobre la humanidad, en nuestro ciclo, un denso velo de limitación y de ignorancia.

Actualmente, en los albores del nuevo ciclo presidido por el signo zodiacal de Acuario, resurgen las verdades olvidadas. El signo opuesto y complementario de Acuario, Leo, trono del Sol, da la pauta de toda manifestación espiritual, la tónica que debe encarnar la nueva humanidad sellada por la Era naciente.

Ha sonado la hora de dar, a manera de puente tendido entre la tradición sabia del pasado y la esperanza de resurgimiento espiritual del próximo futuro, las síntesis vivificadoras de las verdades eternas. Ya que en todos los períodos de traspaso cíclico o de entre-eras, tal fenómeno de enriquecimiento de la conciencia de la humanidad ha tenido lugar. Así se ha realizado en tiempos pretéritos y así se realizará en el futuro, porque es ley de los ciclos sucesivos y del sabio engranaje de la gran cadena evolutiva en el planeta Tierra.

Hallémonos, pues, atentos y avizorantes, con la mente lúcida y abierta, dispuestos a recibir las grandes revelaciones de un pasado que ya constituye el archivo del eterno presente, la experiencia preciosa de las edades, la memoria perenne y viva, siempre actual, de la Naturaleza, la gran herencia de la humanidad.

Siga ahora el lector la presente ambientada biografía de "Asuramaya" y las dramáticas y elocuentísimas incidencias del éxodo de la tierra condenada a desaparecer, así

como el relato de la fundación de Egipto y los orígenes de nuestro gran Ciclo de Rueda o Año Heliacal en que vivimos y nos desenvolvemos.

J. M.

CAPÍTULO I

ADIÓS A LA TIERRA DE MU



Sobre el *Gran Verde*, el inmenso Mar Atlante en perfecta calma, comenzaba a insinuarse la alborada del primer día de destierro para los navegantes del "Argha", la nave guiadora.

Y por vez primera también en su larga vida, Asuramaya, el sumo sacerdote del Templo del Sol de la Ciudad de las Puertas de Oro, experimentó una oleada secreta de dolor y de impaciencia.

Como si empujara violentamente con ambas manos el barandar de popa donde permanecía apoyado de codos casi toda la noche avizorando el horizonte de poniente, se hizo súbitamente atrás y comenzó a andar a largos pasos de un extremo a otro de la cubierta de la embarcación.

Con aire contrariado, musitó:

—Parece como si hoy amaneciera más temprano...

Sonrió del desatino de sus propias palabras. Movi6 negativamente la cabeza, y siguió deambulando nerviosamente por la cubierta.

Por fin, detúvose frente al horizonte oriental. Sobre el mar se abría una dilatada franja de luz rosada. Era la promesa del día.

Se acarició la canosa barba trenzada, apartó los cabellos que la brisa marina desperdigara sobre su alta frente surcada, ceñida por una banda de tela de

lino amarillo, y levantó los ojos al cenit, de un transparente tono cobalto, aun cuajado de estrellas.

Del mediocielo al horizonte esclarecido de oriente, una gama maravillosa de colores turquesa, amarillo lechoso y malva, iba a fundirse con el rosa insinuado del amanecer marino.

Aquel bellissimo espectáculo, tuvo la virtud de calmar los nervios sobreexcitados del anciano sacerdote-astrólogo.

Su mirada profunda se posó sobre la inmensa y radiante estrella matutina, Sukra veneranda, recién aparecida, la predecesora del Padre Sol.

—¡Oh, Hermana esclarecida de la Tierra! —exclamó con voz segura y grave, levemente temblorosa por la emoción—. ¡Que tu Espíritu de luz nos guíe y proteja para que, en esta terrible hora de prueba del mundo, podamos salvar el divino caudal de tu herencia!

Cerró los ojos breves instantes y luego paseó la magnética mirada en torno, como si todo lo envolviera en su silente bendición.

A pasos lentos se dirigió de nuevo hacia el extremo de popa y a la difusa claridad del naciente día, escrutó otra vez, ya con mirada serena, la lejanía de poniente.

La nave se deslizaba veloz, apenas movida por el inmenso mar tranquilo, dejando tras de sí la senda plateada de su estela.

A cierta distancia, bogaban al mismo paso, imprecisas aún, oscuras y enormes como domados monstruos marinos, las otras dos embarcaciones del éxodo, cargadas con las preciosas reliquias de la expedición, ordenada por los Padres Espirituales de la Nueva Era. Porque en aquellos bultos flotantes que sumisamente les seguían, iba cargada la flor de la raza ario-atlante y de las más evolucionadas subrazas de la raza-raíz, preparadas y seleccionadas por

el sabio legislador Manu que comandaba la expedición.

Familias completas, hombres, mujeres y niños sanos y hermosos, llevaban sus estros, animales domésticos, aves y ganado seleccionados, así como semillas, herramientas, útiles y materiales diversos de trabajo. Todo menos armas. Las huestes dirigidas por Manu y Asuramaya, irían al destierro, no como fueron las migraciones anteriores de los atlantes, como conquistadores, sino en son de paz. Este era el mandato de los Guías celestes.

El gran sacerdote del Sol experimentó en aquel momento la plena confirmación de la arriesgada y gloriosa empresa que le fuera encomendada y cuyo embarque se efectuara, con todo sigilo, la noche anterior.

Todo había salido a la perfección.

Respiró profundamente la brisa refrigerante del mar, cuya superficie, levemente ondulada, se irisaba con las tempranas luces del alba.

En la línea lejana del horizonte, alcanzó a divisar entonces la silueta oscura y alargada de la costa de la gran Isla abandonada.

Con un esfuerzo de la vista y de la voluntad, trató de descubrir, a la débil luz del incipiente día y al amparo de la sinuosa cordillera del sur, la grande y en tiempo gloriosa Ciudad de las Puertas de Oro, capital de la Tierra de Mu, la Isla Atlante.

Con la ávida mirada del recuerdo, recorrió sus anchas vías embaldosadas de mármoles, en cuyas cunetas discurrían las frescas aguas de las cumbres; volvió a ver sus jardines y sus fuentes, sus numerosas quintas de recreo y, rodeando a la ciudad, la muralla de esmeralda viva de sus bosques, que llegaban, siguiendo el declive de la urbana acrópolis, hasta los diversos brazos radiales de los muelles y los

embarcaderos del puerto, que se adentraban en el mar.

Pero con ser todo tan grandioso y bello, lo que realmente centraba la evocación del anciano sacerdote de la Ciudad de las Puertas de Oro, eran los Templos de muros transparentes y lumbres perpetuas, consagrados a la adoración del Sol, de la Luna y de los Astros; eran los altos y vedados observatorios astronómicos, dotados de instrumental avanzadísimo, en posesión de aquellas inmensas esferas armilares movidas con fuerza atómica, y cuya maquinaria ingente de precisión, preveía todos los fenómenos celestes y terrestres; y eran las Escuelas de Sabiduría anexas a los Templos, donde se enseñaban a los más aptos las Ciencias Iniciáticas, la química y la terapéutica, la física y la arquitectura, y las divinas artes de acuerdo con el arquetipo de perfección, además de la escritura jeroglífica, cuyo saber fomentaba tantas otras dependencias nobles que constituían la trama culta y legal de la sociedad.

Cubrióse con la diestra los ojos, intentando borrar el recuerdo.

—¿Por qué malversaste tan gloriosas dádivas? —murmuró—. ¿Por qué, a pesar de tanto progreso material, caíste moralmente tan bajo? ¡Oh, desgraciada Tierra de Mu! ¡A qué tremendo desastre te hallas abocada! ¿A qué cósmico castigo te has hecho acreedora por tus pecados, por tus terribles transgresiones a la divina Ley que rige la evolución en el mundo y en el Universo?

Suspiró al rememorar las causas de aquellas tremendas transgresiones que conducían a la perdición la patria abandonada y sintió de nuevo que una pena incontenible atenazaba su corazón.

Prosiguió, en voz baja:

—Y a pesar de todo, ¡te amo tanto!... Mientras mi mente mantenga vivo tu recuerdo, te amaré



Asuramaya.

siempre, ¡oh, desgraciada Tierra de Mu, patria de mis mayores!

El venerable anciano apoyó la frente en sus dos brazos cruzados sobre el barandar y trató de anclar sus recuerdos en la pura luz de sus propios orígenes, cuando ignoraba la maldad de los hombres y la beatitud lo llenaba todo de una doble luz.

Y vióse a sí mismo, niño aún, en los albores de la conciencia, solazándose por los prados y bosques que rodeaban la ciudad de Romakapura, su tierra nativa; se vio asistiendo, después, ya en la capital, a las clases en las aulas penumbrosas, anexas al Templo del Sol, recibiendo las lecciones de los más sabios sacerdotes-astrólogos, sobre la Ciencia Madre de todas las Ciencias.

Allí, andando los años, alcanzaría el máximo conocimiento a través del proseguido estudio y de las duras, graduadas pruebas de la iniciación integral que pocos individuos resisten. Por sus merecimientos se le confiaron, con el tiempo, altos cargos sacerdotales, los archivos secretos del Templo con los Anales Astrológicos que contenían las leyes que rigen el Universo y la sabiduría de los astros, con el llamado "Espejo del Futuro", el Libro atlante de las Predicciones.

Merced a su consagración absoluta a la gran Ciencia, y a su pureza y devoción, el Uno sin nombre le confió un día el Poder y la Palabra, y le abrió con el talismán celeste, la Piedra del Cielo, el ojo de la frente.

Desde aquel día, vio. Mas vio todo: lo bueno y lo malo del mundo y de los hombres. Vio el doble tenebroso de su raza en declive pervertir las verdades eternas y transgredir las leyes y aplicar en provecho propio los altos poderes transmitidos para el bien de la humanidad en aras del egoísmo y la sensualidad más desenfrenados. Vio torcer los pensa-

mientos y los deseos y manchar astralmente los áditos secretos de los Templos consagrados a la deidad.

Como una cinta mágica, lúcidamente iluminada por la memoria, vio también, como otras veces, la consumación dramática de los más horrendos castigos sobre aquellos que transgredieron los poderes y los conocimientos, convirtiendo la magia teúrgica en repugnante hechicería, torciendo las leyes de la evolución en involución, degenerando así a los reinos inferiores para la satisfacción de las propias pasiones y los inenarrables pecados, empleando los poderes para el mal. Y vio de nuevo el trágico sino de la tierra maldita borrar el horizonte de poniente.

El había hecho todo para neutralizar las fuerzas telúricas y universales provocadas por aquellos que tan hondamente la transgredieron. Vióse a sí mismo clamar a la Deidad burlada sobre los altares, invocando en vano a los Guías protectores; vióse abrazando el tesoro de las edades nobles: los Anales y los Archivos que elevaron a tan grande altura a la antigua Atlántida, otorgados como el mayor de los dones por los Padres venidos de Sukra-Venus para ofrecer al mundo los gérmenes de su avanzada evolución y ayudar al planeta hermano. Y he aquí que aquella divina herencia, el gran legado celeste, había sido burlado, maldito y arrastrado por sus vulneradores al lodo de los más bajos y tenebrosos fondos del alma humana...

Y vióse por fin, apartado de los hombres, encerrarse años y años en la alta torre inabordable del Templo del Sol, conversar con los Espíritus de los Astros y sus puros mediadores, hacer acopio de fuerza y de sabiduría, consagrado a la salvación de la humanidad.

Hasta que llegó un día en que recibió el mensaje directo de los Padres que rigen la evolución de todos los seres y los destinos de nuestro mundo. Y

desde aquella hora gloriosa, él fue su confidente en el Templo del Sol de la desgraciada Ciudad de las Puertas de Oro, un tiempo cuna de una altísima civilización, y degenerada ahora hasta la mayor honra por los pecados cometidos por sus falsos sacerdotes, los magos negros...

Asuramaya sintió en aquel instante que un fuego de redención ardía en su pecho y le subía oprimiendo y quemando su garganta. Y que aquel fuego quebrantaba su integridad y fortaleza. Y se abandonó al amargo llanto.

Lloró en silencio, intensamente, convulsivamente, porque sabía la magnitud del fin y el abismo que iba a abrirse en aquel mar a la sazón tranquilo cuando, agitado por las fuerzas revulsivas de lo profundo, se consumaría la acción purificadora de la Madre del Mundo, dispuesta al nuevo gran parto cíclico.

Se enderezó, ya más tranquilo. Volvióse de cara al oriente, como si desviara la propia faz interna del desolador recuerdo y aun la misma infausta previsión.

El primer rayo de sol alumbró la nobilísima faz del anciano sacerdote.

A través de sus húmedos ojos, el horizonte oriental se le apareció como una apoteosis de esplendores. Los rayos de luz se transformaban en círculos vibrantes que se dilataban concéntricamente en franjas gloriosas, con todos los colores del iris.

—¡Oh, divino Osir! —exclamó, arrobado—. ¡Señor de todas las Iniciaciones, Sol oculto, Guía viviente de todos los santuarios secretos que han sido y que serán, en tanto los hombres obedezcan tu ley, practiquen tu amor, administren para el bien tu sabiduría y te adoren con absoluta fe! ¡Ayúdanos a implantar el símbolo que tu nombre entraña en las

tierras puras, para que por los siglos de los siglos sea venerado!

Y tendiendo ambos brazos en dirección al Astro del día, bendijo el ancho mar hasta el infinito.

Ya reconfortado, miró en torno con los ojos enternecidos.

Estaba solo.

La puerta extrema que daba a las cabinas de fondo, permanecía cerrada todavía. Ni siquiera el timonel, ni el guardián de turno sobre cubierta. Sólo el Sol, cuerpo celeste de la divinidad, y él, su humilde y obediente devoto.

“En adelante —pensó— mi lugar sobre cubierta será junto al Sol alado, el símbolo que sirve de divisa y que preside la proa de la nave misionera.”

Para convencerse a sí mismo y a manera de formal promesa, dijo en voz alta, con recio e imperativo acento:

—La consigna fue dada desde el principio: no volver la vista atrás. La vista y el pensamiento...



CAPÍTULO II

ATAQUE FRUSTRADO



Declinaba la tarde del segundo día de navegación.

Sobre la cubierta del “Argha” se hallaban reunidos casi todos los hombres que formaban la tripulación. Las mujeres, permanecían en sus cabinas.

La calma del mar corría parejas con la limpieza del cielo. Todo se deslizaba de acuerdo con las más optimistas previsiones.

Por el costado de la embarcación que daba al norte, la segunda de las tres naves que constituían la expedición, acelerando la marcha, había osado arrimarse tanto al flanco del “argha” guiadora, que ambas tripulaciones, abocadas a lo largo de los barandares, se hablaban en voz alta, gesticulando e intercambiando objetos, expresiones y noticias.

Todo marchaba normalmente, de acuerdo con el previo planteamiento de ambos dirigentes: el sumo sacerdote Asuramaya y el gran legislador Manu. Luego, todo había discurrido sin el menor tropiezo, desde el nocturno y sigiloso embarque en las tres naves abastecidas y ataviadas, gracias a la guardia secreta prestada por el propio rey Kron, el único testigo allá en la gran Isla, hasta el desamarre y la fuga. Así habían podido zarpar en el más absoluto anonimato, del muelle extremo del arrabal del puerto de la misma Ciudad de las Puertas de Oro.

El tiempo les favorecía, ya que nada había alterado el estado apacible del mar y ni una sola nube había velado el sol de día ni las estrellas de noche. Por vez primera, todos se sentían con ánimo tranquilo y optimista después del tenso, mantenido sigilo que debía rodear la noble aventura, según la voluntad de los Padres celestes.

Apoyado de codos en el barandar opuesto, de espaldas al mar, el anciano sacerdote departía con Manu, organizador y director de la expedición. Mas al arrimarse la segunda nave y alentizar la marcha, el piloto del "Argha", los dos permanecieron silenciosos contemplando la perfecta maniobra, sonriendo a las amistosas efusiones de intercambio de ambas tripulaciones.

Por fin cesó el sordo rumor de los motores de las embarcaciones, impulsadas por fuerza atómica. Las hélices metálicas batían, como en un último estertor, ya sin fuerzas, las postreras brazadas en el agua quieta. Ya sólo vibraban en el aire translúcido, las palabras animadas de los alegres tripulantes y a regular distancia, el rumor acelerado de la tercera nave que bogaba a todo motor, insinuando una ancha curva protectora en torno a las dos naves hermanas, quietas y aproximadas.

Cuando al fin, el sol comenzaba a hundirse en el mar incendiado del poniente, la nave circunvalante cerró el breve periplo circular, dibujado por su propia estela, y el sonido prolongado de la caracola de mando surgió, potente, del "Argha" capitana.

Simultáneamente las hélices de blanco metal resoplaron ruidosamente casi en la superficie del agua formando un breve remolino de espuma, y la primera embarcación reinició la marcha, dejando rezagada a la compañera.

Tomó velozmente la delantera el "Argha" y una vez enfiladas de nuevo las tres naves, reemprendie-

ron el previsto rumbo sobre el inmenso mar sin orillas, bajo la guía de las primeras estrellas.

Los hombres se desperdigaron, cada cual a su tarea. Sólo unos pocos permanecían ya sobre cubierta.

Manu avanzó unos pasos hacia el centro de la embarcación, dio unas breves órdenes a un mocetón altísimo que a regular distancia las aguardaba, y se situó luego ante Asuramaya, que permanecía en idéntica postura, apoyado de codos en el barandar.

Este contempló un buen rato la figura del legislador erecto y reconcentrado ante sí, como evadido del medio en que se hallaba.

¡Qué hermoso aparecía, sobre el fondo del cielo y del mar, a la vaga claridad opalina de la serena anohecida!

Su tez grave, de un claro moreno encendido, contrastaba con el bozo negrísimo y la breve barba rala que lo enmarcaba. Sus grandes ojos fijos, de un azul profundo, clavados en un punto de la lejanía, parecían escrutar más allá de las cosas y de los seres. Las aletas vibrantes de su nariz perfecta, denotaban una naturaleza activa, siempre alerta.

Llevaba a la sazón una veste gris perla, sujeta a la cintura con un ceñidor de oricalco, taraceado con metales de distintos colores. Un gran collar enhebrado de piedras raras de distintas formas e inscripciones, pendía sobre su ancho pecho. Cubría su cabeza la toca cuadrada, habitual entre los atlantes de elevada categoría, sin más adorno que un aro de oro que la sujetaba sobre su frente, semioculto por las dos bandas caídas de tela igualmente gris.

Alto y majestuoso, era en verdad Manu digno de ser el heredero de aquellos sus venerables predecesores que constituyeran la semilla perfecta de las razas y subrazas humanas que se fueron desenvolviendo en la remota Atlántida.

En su belleza, en su apostura y especialmente en la expresión de su rostro, atisbaba Asuramaya la divina ascendencia venusiana de sus gloriosos antepasados llegados del planeta gemelo de la Tierra para impulsar la evolución de la humanidad.

¡Cuán imponente y majestuoso aparecía en aquellos momentos, vuelta la faz de perfil, los brazos cruzados sobre el pecho!

Tan extasiado se hallaba el sumo sacerdote del Templo del Sol, contemplando a su gran colaborador, discípulo y compañero, que no alcanzó a adivinar, como otras veces, su preocupada actitud y su pensamiento.

El legislador pareció de pronto salir de su abstracción. Miró en torno, y al cerciorarse de que nadie había en la proximidad, dijo al anciano con voz mesurada, a la par que enérgica:

—¡Asuramaya! No quisiera que cerrara la noche sin transmitirme el secreto comunicado recibido por la venerable princesa y sacerdotisa, la flor de las mujeres que transportamos al éxodo de salvación.

Aquellas palabras de ansiedad contenida, dejaron entrever al anciano sacerdote cierto grado de preocupación por parte de Manu.

Le preguntó anhelante:

—¿A qué mensaje te refieres? Precisamente, yo departí con la princesa Isa largo rato, a prima tarde, y nada parecía alterar la hermosura de su semblante, ni la placidez de su alma. Sin embargo, no se me oculta que debe temer siempre por la suerte de su amado padre, el Rey, quien renunció a compartir nuestra compañía y nuestra aventura para no abdicar de su alto cargo responsable y no abandonar a su pueblo en la tremenda catástrofe que se avecina... Mas ella, como iniciada en los Grandes Misterios, posee el conocimiento directo de los hechos y de sus causas, y por tanto, las claves de toda

superación personal en aras del bien de la humanidad. Por lo demás...

Manu le atajó, con ostensible inquietud:

—No, no se trata de ello, mi venerable Maestro. La razón de su temor estriba en la certeza del peligro que nos acecha a nosotros...

—¿Peligro? —susurró maquinalmente Asuramaya.

—Sí —se apresuró a reafirmar su hermoso interlocutor—. Peligro. Poco antes de venir a tu encuentro, cuando el sol se hallaba a media carrera entre el cenit y el poniente, hallándose la princesa, como acostumbra con frecuencia, en actitud laxada y receptiva, captó telepáticamente un mensaje de su padre, el buen rey Kron, desde su Palacio de la Ciudad de las Puertas de Oro, advirtiéndola para que nos prevengamos contra un proyectado ataque aéreo contra nuestra expedición. Nuestra fuga fue descubierta por el general de los ejércitos, a pesar de todas las precauciones tomadas. Amparado en leves sospechas, consultó a los magos negros, hechiceros del Templo de la Madre Negra, y así obtuvo los datos de nuestra partida y del lugar aproximado en que nos encontramos.

—Entonces, de nada ha servido el lema de silenciar la lengua y el pensamiento desde mucho antes de nuestra salida —dijo, con gesto contrariado, Asuramaya—. Lo peor de todo es que al general le mueve el despecho y el deseo frustrado. El ama a Isa con apasionada, sensual vehemencia y sólo le obligó hasta ahora a frenar sus abyectas ansias el saberla la virgen máxima, la sacerdotisa confiada a mis órdenes y al exclusivo servicio del culto del Templo del Sol.

—Así es —confirmó Manu—. Mas lo que importa ahora es prevenirse sin perder tiempo. Parece ha fletado una nave aérea del ejército, armada con un

estilete destructor, poderosa arma de guerra y que se dirige hacia esta latitud con el fin de localizarnos, sorprendernos y destruirnos.

—Sí, hay que prevenirse cuanto antes —respondió, decidido, después de una breve reflexión, el sumo sacerdote.

—En verdad —añadió Manu— tú eres el único que puede evitar la fatal agresión, que proyectan llevar a cabo con tan terrible arma. Tú tienes el poder de hacerlo y por ello vine a advertirte. Por lo demás, contamos con la protección de los Espíritus de los Astros y con los Padres de la gran Era que comienza.

—Así es —aseveró el noble anciano—. Y la recepción del aviso es una forma previa que patentiza tal protección.

Acto seguido, desapareció por la portezuela de proa, cerrándola tras de sí.

Trancurrió un buen rato. Ya cerrada totalmente la noche, se encontraban otra vez juntos, bajo la sombra amparadora del Sol alado que exornaba la proa del navío, atisbando el cielo de poniente, el sumo sacerdote y el gran legislador.

Por fin rompió éste el expectante silencio pronunciando estas palabras, en voz baja:

—La oscuridad de la noche sin luna, les hará difícil la localización de las naves en pleno mar, con las luces totalmente apagadas.

Miró inquisitivamente, con sus grandes ojos azules a Asuramaya, y añadió con voz más dulce:

—Has velado durante tres noches consecutivas. Acuéstate un rato. Yo me quedaré vigilando. Creo que hasta que amanezca...

—No importa —respondió con decisión el anciano—. Permaneceremos juntos en nuestro puesto de honor. Tengamos la seguridad, pase lo que pase, de

que llevaremos la empresa a buen fin. Así está previsto. ¡Qué se cumpla la divina voluntad!

—Yo me someto a la tuya —dijo Manu.

Y ambos permanecieron silenciosos, mirando el cielo.

La noche transcurrió sin novedad.

Al apuntar el alba, una doncella al servicio de la princesa abrió sigilosamente la portezuela que daba a las cabinas, miró en torno sin salir del umbral y cerciorada de que nadie había en la cubierta más que las dos personas a quienes buscaba, avanzó resueltamente y a pasos ligeros y menudos se dirigió hacia el ángulo de popa donde se hallaban, a la sazón, Asuramaya y Manu. Se acercó al anciano, y musitó a su oído unas palabras. Inmediatamente desandó el camino y desapareció de nuevo cerrando la puerta suavemente tras de sí.

Intercambiaron ambos hombres, entonces, algunas consignas y se dirigieron hacia el ángulo de proa. Y deshaciendo unos voluminosos envoltorios que allí tenían preparados, tendió Manu a ambos lados del saliente que formaba el portal de las cabinas, dos toldos oscuros para no ser vistos.

—¿Todo previsto? —dijo entonces Manu.

—Todo —respondió, con resolución, Asuramaya.

Efectivamente, la noticia de la llegada de la nave aérea, no se hizo esperar. Mas en el gran radio de vuelo a que obligaron al piloto las tinieblas nocturnas y la falta absoluta de puntos de localización, retrasaron sin duda el objetivo de la pesquisa.

El oscuro bulto flotante apareció por fin, mas no por la dirección de poniente, sino por el lado sur.

Al divisar el piloto, a la luz del temprano día, las tres naves emigradas, dio un rodeo y enfocó de frente al "Argha" que encabezaba la recua navegante.

Una vez situada en el punto estratégico del ataque, dibujó con extrema agilidad un esguince en el aire en dirección a la proa de la nave, y descendió lentamente hasta que su enorme bulto alargado y flotante, apareció junto al "Argha" ante los ojos escudriñadores de ambos vigilantes.

Mas en el preciso instante en que la nave aérea apuntaba la mortífera arma con su enorme estilete, a manera de un monstruoso unicornio, a la armadura delantera de la embarcación, extrajo Asuramaya de debajo de su manto la varilla que contenía el misterioso fuego blanco, sólo en posesión de los altos iniciadores del Templo del Sol y cuyo poder, conducido por la voluntad adiestrada, nada ni nadie podía resistir. Y apuntando con ella al atacante mortero aéreo, pronunció unas extrañas palabras mágicas que coreó Manu, en tanto éste adelantaba las palmas de ambas manos en dirección del temible enemigo.

Inmediatamente, una chispa cegadora brotó, disparada, de la varilla talismánica. Y como por arte de encantamiento, la nave aérea apostada enfrente, dispuesta al ataque, estalló en el aire, incendiada, y cayó verticalmente como un bólido, con estruendo espantoso, en el mar.

El "Argha", salvada milagrosamente de aquella tremenda amenaza de destrucción, se deslizó majestuosamente sobre las olas rítmicas en el momento en que cerraban el abismo donde fuera precipitado el terrible instrumento de destrucción.



CAPÍTULO III

UN SANTUARIO EN EL MAR



De acuerdo con los cálculos de su Ciencia astrológica, había anunciado Asuramaya unos días antes, en el decurso de las lecciones que daba a los jóvenes Iniciados del "Argha", la fecha solemne del solsticio estival, uno de los cuatro brazos de la Gran Cruz anual del Zodíaco en torno a los cuales se centraba, desde la más remota antigüedad, el ritual Soli-Lunar de los Misterios y el drama profundo de las Iniciaciones.

Les había enseñado que todo el ritmo de nuestro planeta, desde las cuatro oleadas de vida de las estaciones hasta la más secreta acción religiosa del ádito de los Santuarios y las criptas de las pruebas cíclicas de la Iniciación, giraba en torno al tetráctico ritmo de tales celebraciones astrológicas y a los fenómenos astrales que las acompañaban.

Para aquel que fuera capaz de leer el magno libro de la eternidad, era una revelación consecutiva el establecimiento de tales vínculos rituales ya que a través de ellos derramaban los Padres celestes invocados, la gracia de su bendición, la fuerza de su resurrección y su sabiduría infinita.

En la proximidad de una de las cuatro magnas fiestas religiosas del año, la flor de los magos blancos, en marcha hacia el objetivo de la emigración salvadora, se disponía a celebrar, de acuerdo con la mística tradición de la Atlántida, y con toda la propiedad y el esplendor posible, la festividad celeste.

Porque, según les había dicho su Maestro, aquella excepcional celebración del solsticio, coincidía aquel año con uno de los más insólitos acontecimientos celestes de la historia mundial. Ya que, además de coincidir con el inicio de una gran fuerza zodiacal y el ingreso del Sol, por precesión, en el signo de Khopri, Cáncer, se sumaba con el momento exacto de la neomenia o luna nueva.

A este insólito fenómeno, que equivalía a la unión, para nuestro mundo, del Padre y de la Madre celestes, se sumaba otro hecho de especial significación y trascendencia: la conjunción con esos luminares, en el mediocielo del preciso instante solsticial, de tres planetas coincidentes por cuerpo en el mismo punto del cielo en que tenía lugar el místico desposorio: Hermes Sukra y Seb.

Esta excepcional coincidencia de las miradas y de las fuerzas estelares, anunciaba magnos acontecimientos en el mundo.

Era preciso —les había dicho el gran astrólogo Asuramaya— aprovechar conscientemente el derrame de fuerza astral descendida en tales momentos, y fortalecer el enlace anímico de la Tierra con las fuerzas solares y planetarias, a través del vehículo magnético de la Luna, la celeste mediadora entre nuestro mundo y el Universo. Porque ello contribuía poderosamente a restablecer la Armonía, a canalizar las bendiciones de la divina Providencia y a que imperara la Suprema Ley entre los hombres a las que se solidarizaban las diversas leyes de la Naturaleza. Porque se acercaban tiempos de prueba. Aquella trinidad divina había sido burlada hacía tiempo por la maldad y el pecado de los hombres responsables, y era preciso restablecer en lo posible, los truncados vínculos.

De acuerdo con tales enseñanzas y cumpliendo las disposiciones de Asuramaya, desde las primeras

horas de la mañana del indicado día, se habían congregado en la cubierta de la nave, los jóvenes iniciados elegidos, fieles a las órdenes voluntariamente recibidas y aceptadas.

Porque ambos dirigentes, habían puesto todas sus esperanzas en ese florilegio de muchachos y muchachas aptos, puros, espirituales e inteligentes, sanos de cuerpo y alma, sin taras hereditarias, de limpia procedencia y desenvuelta voluntad y en ellos confiaban para el establecimiento de la gran civilización de la Era que comenzaba.

Ellos fueron los primeros que al tener conocimiento de la predicción de los astros y de la catástrofe que se aproximaba, se ofrecieron para formar parte de la arriesgada expedición y colaborar activa y eficazmente en prepararla y dotarla, obedeciendo las sabias directrices emanadas del sumo sacerdote y del gran legislador que la patrocinaban.

Así, desde las primeras horas de la mañana, se hallaban trabajando en la instalación de una gran tienda circular dispuesta previamente y que ocuparía todo el centro de la cubierta de la embarcación. En su interior, tendría lugar el trascendental oficio celeste.

Allí trabajaban, pues, bajo las órdenes de Manu, Pelagus, Kasdim, Xisuhtró, Lars, Idán, Adón y Emim, todos jóvenes y hermosos, dispuestos con entusiasmo a su labor de servicio, limpios de mente y de corazón y que constituían la más óptima selección de las subrazas más evolucionadas de la cuarta raza madre atlante.

Próxima la hora anunciada de mediodía, contemplaron todos con especial complacencia la obra acabada. Dispersos por la cubierta, formaron pequeños grupos en tanto aguardaban la orden de reunión.

—En mi vida asistí a un acto semejante —observó Manu, plantado frente a la improvisada puer-

ta de entrada, cerrada con un gran cortinón de tapicería—. ¡El más suntuoso de los solsticios celebrado así, tan modestamente, enmedio del mar, sin horizontes terrestres! ¿Cuántos milenios tardará en darse una circunstancia semejante a la humanidad? No será a nosotros, sin duda...

—¿Que importan las circunstancias y el lugar? —respondió Asuramaya, quien acababa de aparecer en la cubierta, revestido con el indumento de oficial y sosteniendo un envoltorio cubierto con una piel pulimentada y grabada con misteriosos signos—. El templo lo llevamos dentro y no necesita, en verdad, ornato alguno cuando la pureza lo limpia y la fe lo exorna. La pompa externa no es, a menudo, más que un subterfugio, una sustitución. No olvidemos que nos hallamos en una hora de inicios y lo que debemos plantar son las modestas semillas. Seamos, pues, nada más que dignos sembradores del más alto de los ideales. Cuando los tiempos las maduren, habremos dado al mundo una sin par cosecha...

Asuramaya y Manu prosiguieron solos la iniciada conversación. Los jóvenes se desperdigaron de nuevo.

De pronto, llegó a oídos de ambos dirigentes una exclamación de sorpresa, y advirtieron cómo corrían los muchachos, apelotonándose sobre el barandar izquierdo de proa.

La voz de Pelagus siguió gritando:

—¡Tierra! ¡Tierra a la vista!

Manu y Asuramaya se dirigieron hacia ellos.

Efectivamente; en el lejano horizonte y en la dirección noreste señalada por el joven iniciado, se advertía la vaga silueta morada de una isla.

El anciano sacerdote, comentó:

—Está previsto el encuentro para esta jornada. Es la isla avanzada del archipiélago de Atz-Las, las

tierras malditas de Sokhar, el antiguo y mitológico dios del Fuego.

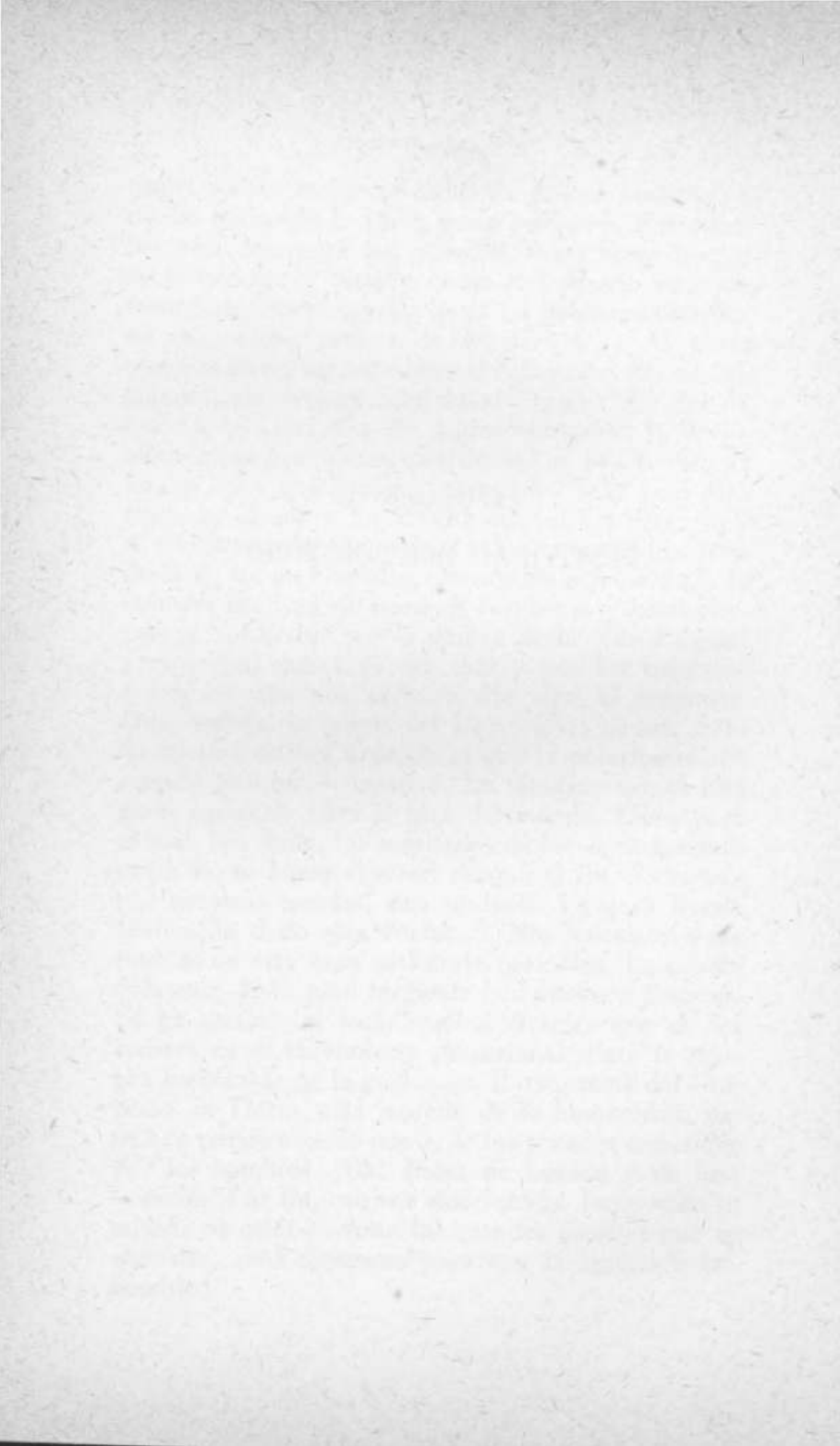
Quedó el anciano meditabundo unos instantes y luego, añadió:

—¡Curiosa coincidencia! Dentro del ámbito del aura de esas islas fatídicas que emergen como cadáveres galvanizados del mar, restos de un continente sumergido en edades remotísimas, nosotros nos disponemos a celebrar un acontecimiento cíclico de significación inversa: el de la resurrección del mundo. Esta resurrección la determina el paso del Sol, por precesión, a la morada de la Gran Madre. La semilla que aquí sembraremos, impregnando el ámbito de la senda que nos conduce, es la eterna Religión-Sabiduría que heredamos de aquel inmenso continente Atlante donde floreció la gran civilización primitiva de tal nombre. Estas islas diseminadas en el mar, una de las cuales habéis ya atisbado, constituyen el extremo límite oriental de ese continente mencionado y sumergido en remotas edades por el mismo pecado que hoy amenaza a nuestra patria, la Tierra de Mu, lo que resta de la antigua Atlántida. Enormes extensiones de tierra perecieron entonces, incendiadas por el fuego destructor de las entrañas terrestres. Por el fuego surgente del seno de la Gran Madre, perecieron abrasadas tierras que un tiempo fueron florecientes jardines que habitó una sabia y hermosa raza de una civilización avanzadísima. Quemadas y resquebrajadas, se hundieron a pedazos en el mar salado y purificador que amparó sus tremendos despojos. De ellos quedan todavía en estas extremas latitudes, estos peñascos solitarios, islotes ríspidos e inhóspitos, habitados aún por pequeños núcleos de aquella raza gigante, sabia y hermosa un tiempo, ya degenerada por la maldad y que transgredió, hasta límites inconcebibles, las leyes divinas. Todavía ahora, esos desgraciados seres siguen la costumbre in-

venterada de maldecir cada día al Sol naciente, el divino Padre de la Vida, acaso porque la tierra carbonizada les niega las germinaciones; acaso porque el inclemente y tórrido clima del verano seca sus menguadas fuentes y destruye las mínimas cosechas de sus valles, yermos de vegetación... Al pasar nuestras naves rozando estas desgraciadas tierras calcinadas, elevaremos nosotros al Espíritu del Sol divino, a la Luna y a los Astros conjuntos, la comunión de nuestras almas, purificadas en la observancia de las leyes universales y terrestres. Y la gran prez fraterna, alzada a las alturas merced a nuestra fe y al rito heredado de nuestros puros antepasados, irradiará en torno. Con ello, elevaremos a las alturas la inmensa gratitud de nuestros corazones y bendeciremos al Sol divino por la dádiva de la vida material y espiritual que a él debemos y por los inmensos beneficios que nos procura. He aquí el contraste. Como sabéis, la fuerza del Universo es neutra. Sólo de nuestra actitud depende el que la polaricemos en sentido positivo o negativo. En nuestras manos está pues, aplicarla para el bien del mundo. Ellos, para el mal. Sin duda, los resultados de tan opuestas actitudes, no se harán esperar, porque al fin, las causas por nosotros creadas, dan su fruto. La gran Rueda Cíclica ha dado otra vuelta... Nos hallamos a las puertas de otra gran catástrofe periódica. La cabeza y la cola de la gran serpiente han vuelto a juntarse. Se ha cerrado el lento camino circular que el Sol recorre en su movimiento precesional. Para la marcha inexorable de la evolución, ley suprema del Universo, la Tierra, esta morada de la humanidad, tiene que purificarse de nuevo de los pecados cometidos por los hombres. ¡Oh, dioses de bondad y de luz! —exclamó al fin, con voz emocionada, levantando la mirada al cenit—. Ante las grandes pruebas que se avecinan, ¡sed clementes para con la ignorante humanidad!

CAPÍTULO IV

FESTIVIDAD DEL SOLSTICIO





Al aproximarse la hora del celeste oficio, los jóvenes iniciados de la cubierta del “Argha” se hallaban en actitud de recogimiento, esperando el anuncio de su celebración.

Todo era, pues, silencio y quietud a bordo.

Apostados a uno y otro lado de la puerta de entrada al improvisado santuario, se hallaban de pie en actitud también reconcentrada, el sumo sacerdote y el legislador Manu.

Cuando el Sol se hallaba próximo a la línea del cenit, a una consigna de Asuramaya, quien levantó la diestra con el dedo anillado apuntando al cielo, corrió Manu el pesado cortinón de la entrada y el sumo sacerdote hizo el primero su entrada en la tienda de cubierta.

Tras él entró Manu e inmediatamente les siguieron sus siete discípulos. Una vez en el interior, se fueron situando en torno, formando círculo.

En el centro, adosado al palo mayor de la embarcación, se hallaba el trípode, dispuesto en forma de ara para el oficio sideral que iba a tener lugar. Colocado ante él, extrajo Asuramaya del envoltorio que llevaba los instrumentos rituales propios del religioso oficio. Consistían tales instrumentos en receptáculos labrados en piedras preciosas, joyas talismánicas, instrumentos, esencias y resinas aromáticas. Todo lo fue depositando el venerable anciano sobre una ban-

deja de oricalco al lado de la cual colocó unos rollos inscritos.

Por fin, colocó en el centro mismo de la mesilla una vasija que llenó de agua.

Dio entonces orden a Manu de que corriera el pequeño toldo que coronaba la tienda.

Mediante un juego de cables, quedó al descubierto la fracción de tela que cubría la parte superior central del toldo amarillento. En aquel preciso instante, el Astro del día asomaba su disco luminoso por aquella pequeña abertura cenital y lanzó como un dardo de oro fundido, un rayo de su luz que, atravesando la áurea penumbra de la tienda, fue a infundirse en el agua trasparente de la vasija.

Era el instante preciso del cenit, el momento sagrado del solsticio y de la lunación.

Manu abrió entonces la cortina que velaba la puerta de entrada en la dirección del oriente solar.

Sin moverse de donde se hallaba, de pie en el centro mismo de la tienda-santuario, vio Asuramaya cómo se abría la portezuela de las cabinas y aparecía por vez primera en la cubierta de la nave la figura alta y esbelta, totalmente velada, de la princesa Isa.

Atravesó ésta con cadencioso paso la distancia que separaba la puerta de las cabinas de la entrada al templo marino.

Desde su prominente puesto central, contempló con secreto regocijo el anciano sacerdote a su discípula predilecta, sacerdotisa del Templo del Sol de la Ciudad de las Puertas de Oro. Seguíanla a alguna distancia dos hermosas doncellas, también sacerdotisas.

Ya próxima al dintel de la tienda, Manur se dirigió hacia la princesa y tendiéndole en alto, gentilmente, la mano en la que Isa apoyó la suya, hicieron

juntos la triunfal entrada al recinto, encaminándose así hacia el centro del santuario.

¡Qué incomparable pareja formaban ambos en la solemnidad de su actitud y de lo que en aquel instante trascendente significaban ante los ojos del que más sabía!

Después de dejar a la sacerdotisa en el lugar central, frente a Asuramaya, Manu se situó de nuevo en el punto norte del redondel que formaban los iniciados allí presentes.

Todas las miradas se fijaron en la esbelta y elegantísima figura de Isa. Un velo de tisú de plata, sujeto en la frente por una diadema del mismo metal incrustada de alargadas y redondas perlas, le caía sobre el seno, velando su faz. Ceñía su cuerpo de modelado perfecto, una túnica de finísimo lino que le llegaba hasta los tobillos y que remataba una orla de colores pálidos con dibujos geométricos de ondas proseguidas.

Así permaneció de pie, silenciosa y hierática, en tanto las dos doncellas efectuaban su propio menester religioso, dejando una de ellas el gran cáliz también de plata que llevaba sobre la mesilla en tanto la otra escanciaba en él, del interior del ánfora, un líquido lechoso y aromático. Luego, se situaron ambas en el círculo formado por los jóvenes iniciados ocupando allí el puesto que tenían reservado.

Entonces habló Asuramaya. Con voz solemne, dirigiéndose a la princesa, dijo:

—¡Oh, bellísima y pura imagen de la Madre Celeste! Tú debes abrir hoy la puerta del Templo espiritual.

Ella golpeó acto seguido el disco de plata que vibró con un largo, dulcísimo trémolo argentino. Era el toque anunciador del instante en que tenía lugar la celeste neomenia.

Inmediatamente, apartó con sus finas manos de largos y enjoyados dedos, el velo que cubría su semblante. Y el misterio de la belleza conmovió, como una corriente inefable, a todos los presentes.

Era en verdad, adorable. Tenía Isa el semblante de óvalo perfecto, el cutis levemente moreno y pálido, los labios carnosos ligeramente abiertos, los grandes ojos negros de misterioso y profundo mirar, ribeteados con un sombreado azul que le llegaba hasta las sienes.

Su expresión solemne y contenida la hacía parecer la viviente imagen de una diosa en estado de semitrance, rendida a la voluntad suprema.

Asuramaya golpeó a su vez el disco de oro, significando con ello el momento en que el Sol entraba en el signo zodiacal del solsticio estival. Su sonido armonioso se dilató en vibraciones casi imperceptibles en el aire dorado del clausurado recinto.

Acto seguido, Isa recorrió lenta y ceremoniosamente el círculo viviente formado en torno por los jóvenes iniciados en tanto ofrecía a cada uno de ellos el sagrado cáliz que contenía la bebida o nexo de comunión, que era, a la vez, según la tradición, planta y genio, leche y miel purísimas. Era fama que tal bebida procuraba la exaltación y el éxtasis, haciendo emerger en aquel que con ánimo dispuesto lo ingería, el fuego de la divinidad interior, incrementando al mismo tiempo la lucidez de la mente y los poderes del espíritu; fortalecía los vínculos sutiles que unen al individuo con el cosmos y al abrir las puertas del trasmundo, llenaba de gracia, condición divina.

Una paz indefinible cundió entonces en el ambiente. Era el don inefable de aquellos que tenían el privilegio de santificar aquel instante con la bebida de la comunión sagrada.

Asuramaya encendió en tanto, al rayo del sol descendido y mediante lentes prismáticas, las esencias y plantas mágicas preparadas de antemano en el pebetero de metal.

Unos círculos azulados ascendieron, uno tras otro, por el rayo del Sol, perfumando la estancia y favoreciendo la asistencia de los genios mediadores.

Cuando todos hubieron bebido, tomó el sumo sacerdote los anillos de oro y plata de la comunión, debidamente preparados como astrológicos talismanes y los fue colocando, uno a uno, en el dedo medio de la mano izquierda de los presentes; los de oro a los hombres, los de plata a las mujeres.

Asuramaya pasó entonces a la princesa-sacerdotisa el *ankh*, la cruz ansata que colgaba de su pecho, y le ofreció el sistro del ceremonial, instrumento místico consagrado a las cuatro festividades místicas del año, formado por un óvalo de cobre con cuatro cuerdas paralelas y acordadas al sonido de las regencias zodiacales. Lo tomó ella con la mano izquierda, y con la diestra, mediante un menudo plectro, pulsó el perfecto acorde, en tanto al agitar en el aire el instrumento, hacía sonar los menudos cascabeles de plata que remataban los extremos de las cuerdas.

Sintonizada con ese acorde astral, de mágicos efectos prodigiosos en el ambiente, Isa y Asuramaya pronunciaron la Palabra Sagrada, sostenida y alargada como un alto puente sonoro entre la tierra y el cielo. Ya que esa Palabra constituía la misma raíz del sonido, la clave armónica del *logos* planetario y su influjo repercutía por los ámbitos espaciales.

Por fin, tuvo lugar la fórmula simbólica del bautizo del agua, ceremonia de catarsis o purificación, ya que ese elemento era el distintivo del brazo zodiacal del solsticio y sellaba al mismo tiempo la Era que comenzaba.

Después de sumergir a un tiempo Isa y Asuramaya los dedos en una vasija llena de agua de mar, magnetizada poderosamente con anterioridad al sumergir en ella durante breves momentos Asuramaya la varilla mágica que contenía el *od*, el fuego blanco, energía del Universo, ambos comenzaron a asperjar con ella, en torno, el agua del sideral bautismo. Después se volvieron en dirección a los cuatro puntos cardinales, al cenit y al nadir, y repitieron la simbólica aspersión, bendiciendo la tierra y el cielo.

Acto seguido se inició el silencio, la apertura interior, la entrega a la voluntad divina. Siguió a él la conducción lenta y progresiva, realizada por el sumo sacerdote, de la superación de los cuatro vehículos de la personalidad, la armonía de los cuatro estados cósmicos. Que tal era la finalidad última de la sencilla pero eficaz ceremonia de unificación con los Padres y Guías celestiales.

Nadie podría definir con palabras la benéfica corriente de poder acumulada en aquel punto ignorado de la superficie terrestre, en medio del ancho mar, merced a la acción beatífica y acorde de unos cuantos seres enfervorecidos que transportaban a un mundo nuevo y a una nueva Era, los gérmenes que constituyeron la gloriosa y sagrada tradición de los superhombres, legada a la humanidad para su evolución, purificación y crecimiento y para que participara de la gran armonía que rige las esferas y percibiera la acción directa de la Providencia y acordara sus leyes morales y espirituales a la gran Ley Universal.

Todos los presentes se dieron cuenta, al pronunciar de nuevo a coro el vocablo sagrado de acuerdo con el diapasón de las estrellas, que al terminar aquel acto de consagración y de fe purísimas, ya no eran los mismos. Porque habían recibido la bendición directa del Padre y de la Madre celestes, se sentían

incrementados. Desde lo interno, les brotaba la confirmación de su obra futura y el poder de realizarla. Sabían que nunca, pasare lo que pasare, se hallarían solos y sentirían la confirmación alentadora de aquellos instantes vividos.

Era tal el bienestar y la beatitud que allí se experimentaba, que nadie osaba poner fin a aquella consagrada reunión. Una vez terminada, todos tomaron asiento, calladamente, sobre los cojines preparados y arrimados al toldo circular de la tienda.

Entonces, como tenía por costumbre, aprovechó Asuramaya la oportunidad, de acuerdo con el ambiente formado, para expresar a los presentes los dictados directos en tan sublimes instantes por él percibidos.

En voz muy baja, como si todavía permaneciera en actitud oyente, comenzó diciendo:

—Jamás habréis convivido, ni seguramente conviviréis, en un acto tan excepcional como éste que acabamos de celebrar. Y no me refiero precisamente a lo insólito de su circunstancia física, sino, como ya apunté oportunamente en mis lecciones de astrología, al significado de la coincidencia exacta del solsticio con la neomenia o luna nueva. O sea, el maridaje de los dos Luminares, Sol y Luna, Padre y Madre de nuestro planeta, en el preciso instante de la mística crucifixión sideral. La interpretación de tan insólito fenómeno celeste, por lo que respecta a nuestro inmediato destino, es ésta: según la Gran Ciencia, los acontecimientos prometidos en la luna nueva, acostumbran a realizarse en el inmediato prenilunio; o sea, cuando culmina el creciente lunar y nuestro satélite recibe, en toda su dimensión, la plena luz del Sol. Pues bien; el momento de consagración coincidió con nuestro paso a través de los islotes que constituyen los picos de la cordillera extrema del gran continente atlante hace muchísimos milenios

aquí sumergido. Todavía contemplaréis, al salir, ese límite donde confluían las dos costas seccionadas: las crestas imponentes de las tierras continentales extremas y la recia osamenta del otro continente africano, las tierras vecinas, con su izada cordillera. Ello significa que nos hallamos a mitad de camino hacia las tierras puras de Khemi. Aquí finaliza, pues, el fatídico Gran Verde, el mar inmenso que tragará, a no tardar, según la predicción, lo que resta del antiguo continente Atlante: la Tierra de Mu, fragmento de la llamada remotamente Daitya, la Isla Blanca. Ella subsistió después de aquella primera conmoción, porque permanecían allí, todavía puros e intangibles, los gérmenes de la gran civilización atlante, otorgados por el gran Isanas, venido de Sukra-Venus para aleccionar a los hombres en las leyes de perfección, en la sabiduría y en el amor en su dimensión universal. El depositó en sus manos, porque eran puras, los gérmenes arquetípicos del más evolucionado planeta, hermano de nuestra Tierra, para acelerar su propio crecimiento y que debían servir de modelo a las razas y a las instituciones futuras. Pero he aquí que la dádiva con tanta generosidad y tanto amor ofrecida por el alto mensajero del mundo hermano, era prematura. A través de los siglos, parte de aquellos gérmenes fueron a manera de un tesoro malversado. El egoísmo y la sensualidad, los dos escollos capaces de corromper aun a los que atravesaron las atapas de la Iniciación, torcieron el valor de aquella inmensa dádiva de tan precioso contenido. Sólo una porción, milagrosamente salvada por los magos blancos y mantenido en el ádito secreto del Templo del Sol de la Ciudad de las Puertas de Oro de la antigua Daitya, pudo ser salvada. Y por ella, subsistió la Tierra de Mu. Mas la gran onda cíclica descendió de nuevo, el mal prevaleció, y he aquí que ahora, a la vera de otro nuevo ascenso, en el punto álgido de

la prueba definitiva, el fatídico destino se cierne otra vez sobre aquellos que vulneraron el depósito divino. Y porque se mancillaron aquellos poderes y aquellos conocimientos, la gran ley de justicia y de equilibrio ha decretado la desaparición total de las tierras atlánticas y las ha condenado a ser hundidas bajo las aguas para su purificación. Y somos nosotros, hijos míos, los depositarios de esos gérmenes divinos. Somos nosotros quienes, por la voluntad expresa de los Hermanos Mayores, los Maestros de la Gran Logia Blanca, hemos sido elegidos para custodiarlos y conducirlos a lugar seguro. Humildemente, pero con plena conciencia de nuestra responsabilidad, hemos de ser dignos de esta misión que se nos ha confiado, para que agentes de los Padres Celestes podamos llevar estas semillas de la gran civilización que tiene que florecer en el futuro, a su alto destino prefijado, las tierras puras de Khemi. Sabed pues, desde ahora, que no somos nosotros los que vamos a implantar esos elevados principios en el país de promisión, sino el Padre y la Madre que nos guían y protegen. Ellos serán, en verdad, los divinos fundadores de la gran obra. A ellos adoraréis, pues, vosotros y vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos en los siglos y los milenios por venir...

CAPÍTULO V

SOBRE EL MAR DE LIBIA

Al finalizar la sencilla ceremonia del solsticio y de la Luna nueva, a la que puso digno corolario la plática de Asuramaya, Isa, la máxima Sacerdotisa, fue la primera en abandonar el templete improvisado de cubierta.

Echó otra vez sobre su rostro el velo que pendía de la diadema y atravesó con rítmico paso el espacio de la cubierta de la nave hasta alcanzar la puerta de descenso a las cabinas, y desapareció seguida de las dos doncellas.

Asuramaya recogió coremoniosamente todos los estros del ceremonial y acompañado de Manu, siguieron a las mujeres en breve plazo.

Quedaron solos los siete jóvenes iniciados que tomaron parte en la festividad astrológica, alumnos aventajados de la Escuela del Templo del Sol de la Ciudad atlante de Las Puertas de Oro. En verdad, no en vano habían sido instruídos y escogidos por el sumo Sacerdote y por Manu para desempeñar la parte directiva y ejecutiva en la misión civilizadora que les conducía a las Tierras Puras de allende el Gran Verde, camino del Sol naciente.

Al abandonar los últimos la tienda-santuario y salir a cubierta, brotaron de sus pechos sendas exclamaciones de admiración y asombro.

Un imponente panorama se ofrecía, en verdad, ante sus ojos. Las tres embarcaciones, en apretada

fila, se aproximaban cada vez más a la mole oscura de un gigantesco peñón, semejante a un monstruo de edades remotísimas fijado allí para la eternidad.

No lejos, advirtieron, diseminadas en el vasto mar, a irregulares distancias, diversas islas igualmente oscuras, escarpadas y yermas, formando un archipiélago de pesadilla.

El "Argha" capitana pasó casi rozando un gran acantilado de la Isla que formaba avanzada en el mar.

Con lógica y juvenil curiosidad, se abalanzaron los muchachos al barandal que daba al inmenso saliente peñoso.

De pronto, el sagaz Adón lanzó una aguda exclamación, en tanto señalaba con el dedo un punto determinado en lo alto del acantilado de aquella inhóspita costa:

—¡Mirad! ¡Un gigante!

Fue un momento, y desapareció de su vista. Otros vieron y dudaron. ¿Qué era en verdad, lo que la afilada vista de Adón distinguió fugazmente en lo alto del saliente crestón de la orilla? ¿Fue la silueta espantosa de uno de aquellos enormes seres degenerados, restos malditos de la raza tolteca y cuyas tierras hacía muchos milenios fueron carbonizadas por el fuego del abismo y cubiertas más tarde por las olas?

De ellas, sólo se salvaron unos puñados de seres que moraban en sus cimas montañosas y que afloraban aun en forma de negros, desolados peñones en medio del mar.

No vieron más. Pero casi simultáneamente, una piedra pasó silbando, hendiendo el aire y cayó en el mar junto a la popa del barco. Las espumas levantadas por el choque salpicaron la cubierta y a los mozos en ella presentes.

Casi inmediatamente, una verdadera lluvia de

grandes pedruscos fue lanzada desde aquel cabo de la Isla en dirección a las naves. Los jóvenes iniciados estuvieron a tiempo de ganar la puerta del interior y ponerse a salvo de la inusitada pedrea.

Afortunadamente, sólo dos piedras alcanzaron la cubierta del "Argha". Mas a pesar de su volumen, no dañaron la embarcación. Las otras cayeron con ruido sordo en el agua, levantando al hundirse momentáneos surtidores en torno.

El "Argha", seguida de las otras dos naves, insinuó una curva cerrada hacia el mar libre y se fue alejando velozmente de la Isla maldita.

A medida que avanzaban, las moles fatídicas de las Islas atlánticas se fueron simultáneamente aproximando y alejando a los ojos de los navegantes, ofreciendo sobre el encendido panorama de poniente, una visión fantástica. Ante aquellos inmensos bloques oscuros y encendidos, erizados de picos volcánicos, las tres naves semejaban débiles e impotentes juguetes flotantes. Mas ellas bogaban hacia un destino liberador, ocultamente resguardadas de todo peligro. Porque, por mandato de los Padres espirituales, conducían en custodia las semillas de una gran civilización futura para ser trasplantada en las puras tierras prometidas.

En tanto, en el interior de su cabina tapizada con la sola piel gruesa y pulimentada de un enorme dinoterio atlante y a la luz tamizada del alto ventanuco, analizaba cuidadosamente Asuramaya, a través de varias lentes y sometiéndolo a diversas reacciones mediante astrológicos talismanes, uno de los pedruscos arrojados sobre cubierta.

Al fin, exclamó, levantándose:

—¡Tierra impura, quemada y retorcida por antiguas erupciones del gran fuego terrestre, deshecho de un grande y glorioso continente sumergido! El próximo anunciado cataclismo, os acabará de hun-

dir para lavaros del malvado influjo de aquellos primitivos gigantes, magos negros que mayormente vulneraron las leyes divinas traídas por el gran Maestro venusiano e inmerecidamente confiadas a seres indignos e impreparados. ¡Infelices! Ignoráis que vuestros días están contados. No en vano habéis maldecido, vosotros y vuestros abuelos, durante milenios, al Sol divino. En la triple sombra de vuestros semblantes, de vuestras almas y de la noche eterna, os hundiréis en el Gran Verde, al que no en vano llamarán los futuros el Mar Tenebroso.

Después de pronunciar estas palabras, tomó en sus manos el negro pedrusco y encarándose con él, prosiguió:

—Si no pudo el odio de quien te disparó contra nosotros causarnos mal alguno debido a la poderosa protección que nos envuelve, por lo menos, que el maleficio milenario que te impregna no empañe el aura pura de nuestra nave-custodia, consagrada a la luz.

Y al decir esto, abrió el ventanuco y arrojó al mar el obscuro, calcinado pedrusco.

Luego lavó sus manos, las impregnó de una esencia fuertemente olorosa que llenó todo el ambiente de la reducida estancia, realizó sus acostumbradas preces invocando la paz, y se durmió beatíficamente, balanceado por las olas levemente agitadas por las brisas nocturnas.

Las dos jornadas que siguieron fueron tranquilas y recoletas, cada cual consagrado a sus propios estudios y labores.

Mas a la tercera noche, ordenó el piloto, debidamente asesorado por el gran astrólogo Asuramaya, izar la gran vela pintada en el mastil mayor, con objeto de acelerar más la marcha del motor atómico.

No había ya peligro de escollos y arrecifes. Una hondonada insondable separaba ya los restos del pri-

mitivo Continente Atlante, de las tierras casi a flor de agua del Mar Líbico, cuyas costas no tardarían en aparecer en dirección noreste.

Antes de insinuarse el alba, el mar comenzó a agitarse, combándose en grandes y rugidoras olas espesas y oscuras que obligaban a las naves a sortear aquellos tremendos embates a sus flancos.

Al apuntar el día, el piloto de turno, ayudado por Phoras y Kasdim, los nocturnos vigilantes de la jornada, avizoraron a lo lejos, como tenían previsto, la dilatada y suave costa verde del Mar Líbico:

Enfocando a grandes voces con ambas manos, la palabra al oído de su compañero, para ser oído entre los ensordecedores bramidos del mar, dijo Phoras a Kasdim:

—Al finalizar la jornada habremos salvado esta peligrosa corriente submarina, que corresponde al tremendo foso existente entre las tierras sumergidas, y las que afloran bajo el Líbico Mar al que en breve entraremos. Entonces, ya no perderemos las tierras de vista. —Y con el dedo, señaló la costa lejana.

Por la tarde aumentó el temporal. Grandes olas elevaban sus lomos amenazadores en dirección a las naves como una recua proseguida de monstruos marinos, dispuestos a hacer zozobrar las flébiles embarcaciones.

Mas nuestros navegantes no se arredraron. Sabían, por experimentos científicos y clarividentes que allí, las grandes corrientes profundas y encontradas, al chocar contra los profundos muros del subsuelo, que ofrecía un canal interno de hondura indefinible, embravecían la superficie poniendo en serio peligro la navegación.

Pero los comandantes del "Argha" y de las dos naves que la seguían, eran, ante todo, hombres de fe y de convencimiento profundo.

Para infundir a los jóvenes técnicos mayor seguridad y esperanza, Asuramaya y Manu ascendieron en tan azarosos momentos a cubierta, ya puesto el Sol.

—¡Animo, muchachos! —gritó, con toda la fuerza de sus pulmones, el anciano—. Lo peor ya ha pasado. Pronto amainará el mar. Hemos trascendido ya la primera mitad de nuestra ruta. Todo saldrá perfecto...

Ambos jefes permanecieron en la cubierta hasta que, al anochecer, el mar fue deponiendo, poco a poco, sus bríos.

En lontananza, la larga lengua de tierra que constituía el extremo occidental del Continente Eurasio, se iba definiendo a los ojos esperanzados de los cinco hombres que mantenían tensa toda la moral de la gente que transportaban.

Luego, todo quedó envuelto en las sombras nocturnas: las naves, el mar apaciguado, los horizontes. Todo, menos el cielo tachonado de estrellas.

Antes del amanecer del siguiente día, toda la tripulación masculina se hallaba en la cubierta, afanosa de presenciar las nuevas perspectivas del Mar Líbico sobre el que ya navegaban.

Efectivamente, con las primeras lumbres rosadas del amanecer, vieron todos, con extremo regocijo, por el norte, a manera de un muro protector que los amparara, la costa interminable.

A medida que el sol se alzaba sobre el horizonte, aparecían nítidas las perspectivas y comenzaban a divisarse contornos grises y playas doradas, las onduladas curvas de los montes, las verdes manchas de sus bosques, las cintas plateadas de sus ríos.

El mar cambió de color. El verde oscuro y espeso de las aguas se fue trocando en un tono verde claro, casi dorado. Las depuestas olas se cambiaron en una mar levemente picada, sin desniveles, en un

oleaje menudo coronado de blancas espumas. Era como si, de pronto, el mar se cubriera de flores.

Por la tarde el cielo se ornó de albos y opulentos cirros que, en su lento paso de norte a sur, iban proyectando sobre las perspectivas marinas grandes manchas de un tono morado intenso.

En el interior de las cabinas, el calor comenzaba a ser sofocante. Mas sobre cubierta, las brisas que soplan del norte y que hacían navegar las nubes de través, refrigeraban agradablemente la atmósfera.

Al anochecer, el mar parecía un lago de nácar tornasolado.

Aquel cambio de situación y de clima tuvo la virtud de aligerar de un peso indefinible a todos los nautas del "Argha". Intimamente, sin decírselo, todos experimentaban el hondo regocijo, la sensación inefable de la seguridad de que el nuevo mar que habían hacía poco inaugurado les prometía una feliz travesía dibujando en él las rúbricas, que parecían perdurables, de las tres estelas paralelas.

Nuevas y benignas corrientes australes circulaban por aquellas latitudes. Todos tenían la sensación de que una nueva deidad les amparaba y les daba la bienvenida.

Cuando se puso el Sol tras el horizonte del Gran Verde, apareció Manu sobre cubierta, sosteniendo de la mano, con su característica gentileza, a la princesa Isa, totalmente velada.

Ambos se dirigieron hacia Asuramaya, que se hallaba solo a la sazón, contemplando con expresión introvertida las perspectivas, ya borrosas, de levante.

Había allí una gran paz, en aquella hora. La atmósfera había refrescado, el cielo estaba totalmente sereno, y todo invitaba a la permanencia sobre cubierta.

Cuando el anciano advirtió a su lado la presencia de la princesa, se levantó de su ligero sillón por-

tátil y la saludó con una dilatada, luminosa sonrisa, en tanto Manu disponía para la sacerdotisa un muelle asiento en el que ella se abandonó, cómoda y lánguidamente.

Cerró la noche. Y asegurándose de que nadie había en toda la cubierta del barco más que el anciano Sacerdote y el Legislador, Isa se quitó el velo que desde la cabeza cubría sus hombros y pendía hasta su cintura, tendió sus torneados brazos morenos y desnudos, enlazados por anchos brazaletes de plata labrada, se ahuecó luego la abundosa cabellera, negra como la misma noche y se reclinó sobre los cojines de seda. Así permaneció inmóvil largo rato, contemplando con sus hermosos ojos, brillantes como estrellas, la bóveda infinita.

Los tres permanecieron callados, cada cual en su mundo, confluyendo sus auras en la paz intensa de aquella primera noche de bendición y de esperanza.

En medio de un imponente cortejo de astros, apareció la suave curva de la Luna creciente, los dos picos apuntando a levante.

Isa sonrió como una diosa.

—En esa luna nací... —murmuró.

Mas llevada por el imperativo de los recuerdos, pronto una nube de melancolía, se cernió sobre su plácido y bellísimo rostro.

—¡Padre mío!... —dijo con acento apenas perceptible.

Y cerrando los húmedos ojos, suspiró profundamente.

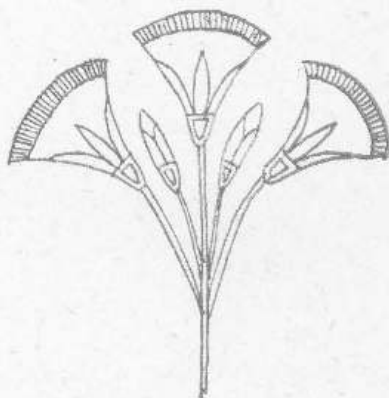
Asuramaya recibió el impacto de sus pensamientos. Y con el propósito de que nada enturbiara la confortadora paz que allí se respiraba, dijo, señalando la Luna:

—Si mis cálculos son certeros, el día de la Luna llena arribaremos a la Tierra Prometida de Khemi.

Bajo el influjo reconfortante de aquellas palabras, Isa intentó sonreír de nuevo bajo la suave luz del creciente lunar

Quiso ser digna del tácito requerimiento. Entornó los ojos y proyectó su pensamiento al futuro.

Mas, a pesar suyo, en el profundo y dilatado silencio, se alternaban insensiblemente tristes presagios y confortadoras esperanzas.



CAPÍTULO VI
VISIÓN DE ISA

Eran las primeras horas de la madrugada.

En las cabinas refrigeradas del interior, con todos los ventanucos abiertos al aire reconfortante del Mar Líbico, todos dormían el sueño confiado del gran amanecer en tierras prometidas.

Sólo permanecían despiertos el timonel y su ayudante en el comando de la nave. Y, sobre cubierta, sin intercambiar apenas palabras, la princesa, el legislador y el anciano sacerdote.

De pronto, éste se levantó como impelido por causas incaptables. Y dirigiéndose a la princesa que permanecía semitendida en su improvisado diván, díjole en tono levemente imperativo:

—Hace tiempo, hija mía, que no has asomado tus ojos al ventanal para tí siempre abierto, de los archivos de la Naturaleza. Esta noche es propicia a las consultas astrales. Nos vamos aproximando a las Tierras que los dioses nos tienen destinadas. ¿Qué requieren de nosotros? ¿De qué modo les honraremos para merecer su bienvenida?

Manu se levantó entonces, como requerido también por el influjo invitador de la hora propicia:

—Divina mentora nuestra —dijo en tono dulcemente suplicante— intérprete purísima de la gran Madre; ¿Cómo vislumbra su soberana voluntad y nuestro mejor cumplimiento? Insinúanos, ¡oh vidente! la más noble fórmula fundadora.

—Ellos nos esperan, ya... —dijo ella enigmáticamente, sin abrir los ojos ni abandonar la insinuada sonrisa de su boca carnosa.

Después de una pausa, prosiguió:

—Mis ojos internos se abrirán al contacto de la Piedra del Cielo.

Asuramaya desapareció cautelosamente, sin hacer ruido, por la portezuela en semisombra y al cabo de un rato compareció de nuevo en la misma forma, llevando envueltos en suaves sedas unos objetos misteriosos.

A la discreta luz de la luna creciente deshizo el envoltorio y colocó junto a la sacerdotisa un pequeño trípode de superficie circular, de oro puro, en el que se hallaban grabados unos extraños signos. Luego colocó, con minucioso interés, en algunos de los ángulos radiales en ella señalados, unas piedras grises y relucientes. Después de lo cual se sentó a la vera de Isa, contemplando atentamente sus movimientos.

Transcurrido un rato, tendió la princesa lentamente la mano sin moverse, hacia donde se hallaba la mesita circular. Y tomando de ella una de las piedras allí colocadas, la puso sobre su frente al tiempo que reclinaba la cabeza más hacia atrás, con los ojos cerrados.

De pronto, el seno de la doncella se agitó, conmovido por súbitas reacciones incógnitas.

Asuramaya se aproximó entonces más a ella.

Con voluntariosa, frenada palabra, dijo, transcurridos unos momentos de expectación, al anciano sacerdote:

—Asómate más... más... más. ¿Qué vislumbra tus ojos abiertos al futuro?

Después de una dilatada pausa, Isa murmuró con voz entrecortada y débil, como si hablara desde muy lejos:

—La Madre se desenrosca... Se levanta en forma de serpiente de fuego en torno a la columna de mi templo... Ahora comienzo a ver.

El ritmo de su respiración se aceleró cuando dijo, con voz más clara y precisa:

—¡Tierra!... ¡Tierra!... La luz de la Luna llena alumbra desde el cenit el arribo de nuestras naves... Una suave playa desierta... Arenas bajas en torno. Lento amarre al arrimo de un saliente peñascoso... Más allá, a la derecha, unos montes blanquecinos, un alto muro natural, proyecta una sombra recortada sobre un dilatado valle. Palmas, mimosas, sicomoros... Un cielo límpido, profundamente azul. Un aire tibio y transparente. Una gran paz se respira en ese país de ensueño... Un caudaloso río salta despeñado a trechos de las altísimas y lóbregas montañas del sur, formando cataratas. Desciende por el valle, mas de pronto, ya lento, tuerce por un recodo del terreno y vierte sus aguas al Líbico Mar. No lejos de allí veo un lago de aguas transparentes rodeado de lotos y cañaverales. Desde él, un leve meandro se desliza... Dividido en multitud de brazos, riega escasamente el llano, en dirección norte... No veo más.

La princesa tuvo entonces un ligero estremecimiento.

Con cierta torpeza, se llevó la diestra a la frente y oprimió el mágico betilo, el talismán celeste, en su frente, junto al lugar del entrecejo.

Asuramaya, que había escuchado con palpitante atención las palabras entrecortadas de la princesa, se hallaba a la sazón suspenso del movimiento de sus labios. Después de una larga pausa, díjole en voz baja:

—Trata de avanzar en el tiempo... Las Lunas se han sucedido desde el desembarco. Un año... dos... ¿Qué ves a hora?

Ella susurró de nuevo, con voz lenta, dulce y detenida:

—Sí... Ahora vuelvo a ver... Pero el cuadro ha cambiado. Sin embargo, el lugar es el mismo... Allí, muy cerca de donde arribaron las naves, sobre el enorme saliente de piedra caliza, se alza ahora una mole gigantesca... Me impide ver el paisaje, pero... ¿Qué es? Parece una enorme bestia de piedra, posada. Tiene el busto humano... No sé. Lo corona... Pero el resplandor me impide... Da el Sol. Hombres nuestros, altos, hermosos, de piel rojiza, trabajan las piedras que otros seres negros, casi desnudos, transportan y desbastan... Otros trabajan los campos, levantan un muro artificial... Numerosas edificaciones... Mujeres y niños alegres, robustos, felices... Me veo... Me veo en el interior de un Templo. Consagración a un dios... ¡Oh! ¡Un niño perfecto en mis brazos!...

Asuramaya no quiso saber más.

—¡Basta ya! —exclamó.

Y al tiempo que retiraba, impaciente, el betilo de la frente sensible de Isa, decía en voz baja, dirigiéndose a Manu que había permanecido mudo y atento a la singular escena:

—No conviene que vea más allá... No resistiría el choque.

Ella pareció despertar de un vívido sueño. Abrió desmesuradamente los ojos profundos y alargados, habituados a las visiones interiores. Se pasó ambas manos por la frente, mesó con sus finos dedos los cabellos sudorosos de las sienes y miró fijamente a ambos hombres.

Mas nadie osaba pronunciar palabra ni hacer comentario alguno.

Transcurrido un lapso de tiempo, ella se levantó y se dirigió hacia el ángulo de proa. Levantando ambos brazos, pareció suspenderse de una de las



¡Oh! ¡Un niño perfecto en mis brazos!

alas declinantes del sol que exornaba el saliente de la embarcación. Reclinó la cabeza, de perfil, sobre sus brazos y se quedó quieta esperando el día.

Comenzaba a clarear.

Lentamente, el ámbito oriental se fue ensanchando tiñendo de un rosa pálido e iluminando las lejanas perspectivas de la costa. El mar, en perfecta calma, parecía de tornasolada seda.

Un disco de oro vibrante apuntó su arco de luz sobre un punto del horizonte marino y surgió de súbito, perfilado, resplandeciente como un milagro, el Sol divino.

El primer rayo se posó sobre la frente meditativa de la Princesa-Sacerdotisa. Sonrió ella beatíficamente a la tibia caricia del Padre y, asomándose al exterior, contempló admirada el majestuoso espectáculo de la mañana en el mar.

La brisa recién levantada del oeste, devino, de pronto, su confidente.

El eco, perfectamente inteligible de unas palabras pronunciadas en voz baja no lejos de donde ella estaba, la sacaron de su abstracción.

Era el anciano Sacerdote que, dirigiéndose a Manu, decía:

—Conozco vuestros horóscopos, de signo armonioso, y su relación con el horóscopo del mundo. Tú serás, ¡Oh Manu! quien, en nombre de Osir, el dios del Sol Nocturno, engendrarás en pureza ese niño perfecto que vio ella en sus brazos. Será el hijo bien nacido que ascenderá al primer trono de Egipto, el fundador de la gloriosa Dinastía de los Reyes Divinos.

Oyó ella lo suficiente para captar el sentido de la confidencia.

Su corazón batió con premura. Cerró los ojos, y sonrió a través del rosa velado de sus párpados, al beso del Sol.

Luego, más serenada, cubrióse con el velo. Y hierática como una diosa, se dirigió con menudos pasos hacia la portezuela que daba a las cabinas y desapareció.





CAPÍTULO VII

DESEMBARCO DE LOS ATLANTES EN EGIPTO

Las tres naves que formaban la expedición del éxodo atlante, avanzaban muy lentamente desde que, al dejar tras de sí el agitado Gran Verde, navegaban por el Mar Líbico, de bajos fondos.

El subsuelo marino afloraba a menudo en torno a las numerosas islas repletas de vegetación, que flotaban casi a flor de las aguas, como auténticos jardines navegantes.

Las sirtes y las algas detenían a menudo las hélices y las quillas se hundían en los bancos de fina arena que ondulaban sus blandos lomos casi a flote de las ondas auriazules.

Pero un buen día, el Sol no surgió como un milagro repetido, del mar sino de una lejana y ondulada cinta de tierra malva. ¡Era la Tierra pura de Khemi, prometida por los astros! ¡Era el sueño casi tangible, el objetivo final del aventurado viaje!

La visión de la Tierra anhelada tenía la virtud de redoblar el estímulo, de dorar los obstáculos posibles y de transfigurar las dádivas.

Los aromas, para ellos inéditos, que las vírgenes floraciones de las Islas que rozaban les regalaban al paso, llenaban de nuevo vigor los corazones. A menudo, los hombres más fuertes y entusiastas se lanzaban voluntariamente al mar, precediendo a nado a las embarcaciones y se sumergían y se turnaban

para tantear las posibles brechas navegables y acelerar de este modo las contadas singladuras.

Llegó por fin la postrera jornada de navegación, con la profetizada luna llena.

¡Qué fantástico panorama se ofrecía a los maravillados ojos de los navegantes! La luz de la luna perfilaba nítidamente los contornos de la costa. A segundo término, más allá de la playa a la que se encaminaban, y a través de las tupidas masas de los palmerales, asomaba la estrecha cinta de un río. Más al fondo se alzaban, interminables, hasta las insondables y brumosas perspectivas del sur, las negras cimas de una imponente cordillera.

Al enfocar la costa, las tres naves se alinearon de frente y se dispusieron así para soltar anclas a una y abordar de día la playa próxima. En medio de las otras dos dirigía las operaciones conjuntas el "Argha" capitana. A ambos lados, a manera de alas, colocándose diagonalmente, juntaron las tres naves sus proas, y así permanecieron paradas por espacio de varias horas.

En tanto, en el interior del "Argha" tenía lugar, exclusivamente para los Iniciados atlantes, hombres y mujeres, la sencilla ceremonia del plenilunio, presidida por la Princesa-Sacerdotisa.

Para adecuar el ámbito del interior, habíanse corrido esta vez los leves tabiques que separaban los compartimientos y cabinas, exceptuando el departamento principal, adosado a la cabina de los comandos, junto a popa, donde se guardaban los objetos sagrados del culto, los instrumentos científicos, los amuletos y talismanes, las valiosísimas joyas simbólicas y todo el material de especialidad y de selección que trasladaban, cuya vista y conocimiento se hallaba prohibido a los profanos y cuya custodia correspondía a las doncellas sacerdotisas.

Reinaba en la estancia, perfumada con esencias mágicas, un ambiente de elevación espiritual y se percibía claramente el vago aleteo de presencias invisibles. Una claridad velada descendía de la lámpara del techo, alumbrando tenuemente la nocturna escena.

Tomaban a la sazón la directiva del celeste oficio las mujeres iniciadas, cosa que ocurría siempre que se trataba de celebraciones lunares. Presidía el centro del círculo formado por los asistentes, la princesa Isa.

En forma en cierto modo semejante a la celebración de la cruz zodiacal y solar del año —ya que las lunaciones subsiguientes a cada brazo reafirmaban los vínculos receptores de la fuerza universal descendida a través del satélite terrestre, su doble psíquico, su vehículo de enlace con el Universo— se procedió a la bendición del agua, a la operación de los talismanes, al enlace de las plantas, perfumes, colores y elemento consagrado. Hizo Isa la aspersión del agua, pronunció la palabra de poder, que corearon todos los asistentes.

Concluida esta primera etapa de la ceremonia astrológica, se situó Isa, retrocediendo a pequeños pasos, en la fila del círculo, en la parte de poniente. Enfrente de ella, siguiendo la línea del diámetro zodiacal simbólico que con respecto a la tierra ocupaban a la sazón en el cielo ambos luminares, se hallaba Asuramaya, que representaba al Sol.

Isa tomó de un trípode próximo colocado al efecto tras de sí un gran disco de plata y lo alzó poco a poco con ambos brazos sobre su cabeza.

Simultáneamente, resonó por toda la estancia el toque argentino de algún instrumento invisible. En seguida se descorrió automáticamente la cortina del techo que velaba la luz, y un foco claro, intenso, procedente de una lámpara perpetua sin pabilo se pro-

yectó sobre el gran disco de plata que sostenía la sacerdotisa y que refulgió como la misma luna llena en el cielo sereno de la noche egipcia.

En medio de un silencio tenso y expectante, resonó la voz grave de Asuramaya que decía:

—Bendita seas, ¡oh Mujer “Vestida de Sol”! Imprime por vez primera tu divino impacto, así revestida con el atavío y los atributos de la Madre celeste, sobre el naciente pueblo de la Tierra de Khemi, que en silencio te adora, y hazle propicia con tu bendición la obra futura.

Reconcentrada, con los ojos semicerrados, como sonámbula, atravesó la Princesa, como una divinidad recién descendida el ámbito perfumado de la estancia, y seguida del sumo Sacerdote y de todos los presentes, hizo su aparición sobre cubierta.

La clara luz azulada de la luna llena proyectó su argénteo resplandor sobre la escena cuando un rumor de sorpresa y admiración estremeció a todos cuantos se hallaban en las cubiertas de las tres naves. Llenos de adoración se postraron ante Isa considerando en aquel instante como una deidad descendida para otorgarles, como dádiva propicia, la tierra que como una promesa, se ofrecía ante sus ojos.

En tanto ella giraba ceremoniosamente el gran disco en todas direcciones, Nefta, su doncella acompañante, aspergiaba el agua magnetizada de la gran copa de plata sobre las tripulaciones postradas.

Fue un espectáculo inolvidable. Una corriente de fe intensa, como una gran fuerza acumulada, se esparció por el ambiente, beneficiando a todos los allí presentes.

Aquella inesperada siembra de elevación, equivalía a otras inefables promesas que cada cual compartió desde el fondo sin mancha de su corazón.

Cuando levantaron las faces transpuestas e iluminadas por la lumbre de la fe, los primeros albores

de la gloriosa mañana egipcia comenzaba a rasgar las sombras del horizonte oriental, como una invitación al desembarco.

Isa experimentó el estímulo vital de la luz. Presa de fugaz deslumbramiento, donó a Nefta el disco de plata, se despojó de los atributos rituales y bajo el amparo del sol alado de la proa del "Argha", contempló religiosamente, como el saludo sacro del día, la ascensión del Sol.

—¡Oh Deidad suprema, Padre del mundo! —exclamó, levantando los brazos al gran Luminar—. ¡Gloria a ti, que has dirigido felizmente nuestras naves a la Tierra soñada! ¡Imprime tu símbolo en nuestra religión y en nuestro destino y haz que te adoremos a través de todos los actos de nuestra vida!

Luego se pasó ambas manos por los ojos. Los abrió desmesuradamente, como por efecto de un fugaz deslumbramiento, y paseó la mirada, con el pecho anhelante y la boca semiabierta, por todo el ámbito de la tierra que se extendía ante ella. Por vez primera, se asomaba a la plena realidad que ante sí se le ofrecía.

Con voz entrecortada, trémula por la emoción, exclamó:

—Así te vi aquella noche, ¡oh Tierra venturosa de Khemi! ¡Así te vi! Esta misma bahía ancha y dorada... Este pétreo saliente que la cierra por el sur y que nos sirve ahora de parapeto y arrimo... Estos bosques de palmas y sicomoros... Esta cinta de plata entre los palmerales, este fondo de montes infinitos... Esta luz...

Permaneció arrobada como si tratara de retener la gloria de la visión confirmada. Y el rumor de la resaca, le pareció el más dulce de los arrullos.

En tanto, a una orden de Manu, saltaron algunos hombres a la orilla y procedieron al amarre de las tres naves.

Poco a poco fueron descendiendo, transportados amorosamente hasta la seca y fina arena, las mujeres y los niños. Luego acarrearón bultos y enseres, animales y víveres.

Un sol fúlgido, radioso y lento, de un oro milagroso, iluminó de lleno la memorable escena del desembarco de los atlantes en tierra egipcia.

De pronto, empinada tras el disco del Sol alado de la nave mentora, apareció la figura mayestática de Asuramaya quien, arengando a voces a su pueblo, decía:

—¡Hijos míos, escuchadme! Ante todo, postraos y besad esta tierra venerada que nos ampara, madre nutricia que en adelante alimentará nuestros cuerpos y nuestras almas. En ella hallaréis hogar y refugio. En ella nacerán vuestros hijos futuros. ¡Veneradla! Y venerad con todo el fervor de vuestros corazones al Sol, la suprema divinidad del Universo, el Padre de la Vida, el Señor de nuestras devociones, el sustentador de nuestros Misterios.

La brisa levantada del mar tornaba nítida, precisa, potente y entrañable, en aquellas primeras horas de la mañana, la voz paternal del anciano Sacerdote.

Todos cuantos le escuchaban cayeron de rodillas sobre la arena y murmuraron, con todo recogimiento, una oración.

Asuramaya prosiguió, enternecido por el cuadro que a su vista se ofrecía:

—Orad, mas... ante todo, ¡alegraos! Que la alegría es la oración más grata a la divinidad. Y tened fe. Quien nos orientó en el camino, no dejará en adelante de guiar por la mejor senda nuestras almas. Y, sobre todo, sed dignos del privilegio concedido por la divinidad, eligiéndoos como fundadores de esta colonia atlante en las Tierras puras de Khemi donde florecerá una gran civilización, sellada por el

signo zodiacal de los comienzos. Por tanto, hijos míos bienamados, vosotros sois la flor escogida, la simiente imperecedera de la raza, no contaminada por la perversidad y por la violación de las leyes divinas, como aquellos infelices hermanos nuestros que quedaron en la Isla maldita, ignorantes de su destino, caídos en la abyección y condenados por sus pecados a perecer.

La voz del anciano se debilitó de pronto al pronunciar las últimas palabras, como si la brisa se resistiera a transmitir a las Tierras puras, la emoción que le embargaba. Calló. Mas se repuso prontamente. Se irguió de nuevo y prosiguió con firme acento:

—Ante todo, hijos míos, una consigna he de daros. Nadie tome en adelante la iniciativa. Nadie obre por sí y ante sí. Obedeced las premisas pretrazadas por los Guías de la nueva civilización que hemos venido a establecer aquí. Su agente visible es el gran legislador Manu. El promulgará las leyes que en adelante tendrán que regir vuestra conducta. Guardadlas, retenedlas, obedecedlas. Así la generosa ayuda de los dioses no nos faltará. Así mereceremos la gran dádiva que redundará para nuestro pueblo en la alegría, el bien y la prosperidad.

CAPÍTULO VIII

MANU, EL GRAN LEGISLADOR

Encaramado en la cima de una prominencia que formaba la adelantada del macizo montañoso del Muro Blanco, Manu, el gran Legislador, el más hermoso y apuesto ejemplar humano de la subraza aria de la cuarta raza atlante reunió a todas las gentes desembarcadas para promulgar las leyes a su pueblo.

Delante de todos y apostados en las primeras gradas que formaban el suave declive de la falda del monte, se hallaban sus directos colaboradores, de antemano electos y entrenados: los jóvenes iniciados, ministros y ejecutores futuros de las leyes promulgadas. Sobre ellos recaía la mayor responsabilidad y se disponían a no perder un concepto, una inflexión de voz, un gesto del Maestro.

Tras ellos, inmóviles y atentos, se hallaban los futuros ciudadanos de las nuevas Tierras puras, hombres, mujeres y niños, todos aptos, todos sanos, hermosos y bien dispuestos.

Se disponían a escuchar afanosamente las consignas del Legislador, las leyes por las que deberían regirse en adelante los núcleos ciudadanos, las relaciones mutuas de la familia, de los gremios, de los nomos, del país entero, de sus trabajos y sus vidas.

Desde las tierras ribereñas, surcadas por las escasas aguas de un riachuelo, la figura imponente de Manu se destacaba en la monda cima caliza, sobre un cielo intensamente azul.

Las brisas del mar inflaban la toca suelta y cuadrada, ceñida a su frente por un aro de oro y movían rítmicamente los cabos de su túnica ceñida.

Con los brazos tendidos hacia el sumiso auditorio que atentamente se disponía a escucharle en el anfiteatro natural abierto en la falda del altozano, el gran Legislador comenzó a hablar con voz potente, armoniosa y persuasiva:

—¡Pueblo mío! Sabed ante todo que yo, que os hablo, no soy más que el brazo y la voluntad del Dios que os dirige. Hablo, pues, en su nombre. Y hablo también en nombre del gran Sacerdote y Astrólogo Asuramaya, para que tengáis constancia de que los astros determinaron nuestra salida de la Tierra de Mu, ellos guiaron y protegieron nuestras naves y ellos han presidido con sus benéficos rayos nuestro desembarco. De nuestra actitud depende que nos sigan, en adelante, conduciendo y otorgándonos los dones merecidos. Y no os hablo sólo en nombre de ese “descendiente de la raza sabia que nunca muere”, el sumo Sacerdote y fundador de los Misterios, imagen visible de la voluntad del Padre. Os hablo también en nombre de la Princesa Isa, la primera Sacerdotisa del Templo del Sol, que se sumó voluntariamente a nuestra expedición, para servir a los mentores de la raza. Ella es la imagen viviente de la Gran Madre, la “Mujer vestida de Sol”. Veneradla, porque ella será, por la divina voluntad de Osir, el dios del Sol interno, la fundadora del matriarcado del eterno Egipto. Por fin, yo seré quien promulgue las leyes dimanantes de la única Ley que ordena el Universo. En verdad, los tres no formamos más que una unidad a su imagen, una completación dispuesta a regir paternalmente con amor, justicia y sabiduría, la vida preciosa de este pueblo selecto que me escucha, y que el Gran Dios ha puesto en nuestras manos, para conducirlo a su magno destino.

Levantó entonces la faz a lo alto, y prosiguió con acendrado, suplicante acento:

—¡Oh, Señor! Haz que siempre en Tu nombre sepamos conducirlo a la perfección que anhelas. Porque, desde este momento, ¡oh pueblo de Khemi! te hallas bajo la advocación de Osir, el Sol Nocturno, el gran Señor del oeste, ya que con nosotros, a través de nuestra fiel adoración, vino de las tierras abandonadas de poniente, con el archivo secreto del precioso pasado. Con él vinieron, a su divina sombra protectora, todas las semillas de perfección así del reino humano que representáis, como del animal, del vegetal y del terrestre. Porque también hemos traído las simientes mágicas de la regeneración y evolución de la tierra, del agua, del aire y del fuego, para hacer de este país, en su totalidad, la más alta, pura y digna mansión del Padre. Por lo que a vosotros respecta, hermanos míos, tenéis que saber ante todo que las consignas que voy a daros, no obedecen a la arbitraria voluntad de mi persona, sino que dimanar de un legado moral de sabiduría antiquísimo, cedido a la Tierra en edades pretéritas por el planeta hermano, superior a nosotros en la evolución, Sukra-Venus, cuyo Espíritu siempre con amor nos mira. Nosotros somos, pues, los depositarios de aquellas semillas arquetípicas de perfección, basadas en las leyes por ellos enseñadas. Si las obedecemos y servimos dignamente, su ayuda no nos faltará, y en edades venideras se ponderará al altísimo grado de civilización, la sabiduría, el arte, la moral y la ciencia de los primeros habitantes que poblaron el país de Egipto. Por ello os daré, ante todo, las leyes fundamentales que deben regir vuestra conducta, porque de su obediencia dependerá la excelsitud de la vida privada y de la vida social de este brazo atlante tendido sobre la fatalidad del Gran Mar, por la voluntad de los Padres Espirituales de la raza. He aquí,

pues, la primera consigna que os doy en su nombre: Mantened puro el cuerpo y el espíritu, para que su luz se refleje en vosotros y seáis dignos del divino depósito que se nos ha confiado y que debe constituir los cimientos de la gran Era naciente. Y ahora os digo: Nunca causéis sufrimiento a los demás. No promováis violencia. Detestad toda forma de brutalidad. No troquéis la justicia por la injusticia. No frecuentéis la compañía de los malvados. No cometáis crímenes. No explotéis a vuestros semejantes. No intriguéis para el logro de vuestras ambiciones. No maltratéis a vuestros servidores. No profanéis el nombre de los dioses. No privéis de la subsistencia a aquellos que dependan de vosotros. No cometáis fraude. No mintáis. No permitáis que nadie viole la virtud y la justicia. Que nadie lllore por vuestra culpa. No seáis indiscretos. No profiráis maldiciones. No cometáis adulterio. No induzcáis al crimen. No os aprovechéis de las dádivas consagradas a los dioses. No cometáis acciones deshonestas. No usurpéis lo ajeno. No adulteréis pesos ni medidas. Guardaos de causar daño a ningún niño. No obstruyáis ni ensuciéis las aguas corrientes. No impidáis la manifestación de los dioses. No habléis demasiado. No maldigáis de nadie. No causéis miedo. No adulteréis los signos de los tiempos. No cedáis jamás a la cólera ni al descontento, porque todo viene de los dioses. No seáis sordos a las palabras de justicia. No sembréis enemistades ni promováis querellas. No pequéis contra natura. No injuriéis. No seáis impacientes. No censuréis a los gobernantes. Evitad la altanería y la insolencia. No alleguéis riquezas por medios ilícitos. Prestad con constancia culto a vuestros dioses. Sed siempre verídicos.¹ Sabed, hermanos míos,

¹ Sentencias morales del antiguo Egipto, adaptadas de los Papiros Nu y Nepseni del "Libro de los Muertos".

que sólo de este modo seréis merecedores de la protección de los Guías espirituales que velan sobre nosotros.

Estas sentencias fueron oídas por todos y grabadas en la lúcida memoria y en el corazón de los asistentes, para que alumbraran a las generaciones por venir.

Terminada la proclama, contempló Manu, oteando las perspectivas desde aquella altura, los alejados ámbitos de la patria de adopción, hasta las más dilatadas lejanías. Luego, descendió el gran Legislador de la improvisada tribuna del altozano y deslumbrado aún por las tentadoras maravillas que acababa de descubrir desde la altura, reunió a sus jóvenes ministros y juntos se dirigieron tierras adentro, en tanto los demás oyentes se encaminaron de nuevo a la playa, en dirección a las naves, para proseguir el orden de la descarga clasificando e inventariando los objetos desembarcados, la plantas y semillas, los utensilios de labor, los animales seleccionados de todas las especies que realizaron el viaje debidamente acondicionados y que llegaron felizmente al término previsto; plantas y flores cuidadosamente trasplantadas, pieles curtidas, metales, productos químicos, materiales primordialmente útiles para su instalación en el país.

Manu y sus ministros atravesaron en tanto el terreno arenoso y llegaron a las dilatadas franjas de los bosques de palmeras que se extendían por el Valle, hasta lo infinito, de norte a sur. Eran verdaderos oasis de verdor y de frescura entre los brazos de los arroyuelos que tatuaban doquiera, en diseminación profusa y lento curso, la inmensa sabana limosa que menguadamente regaban.

Siguieron adelante en dirección sur, ascendiendo gradualmente el leve declive del terreno, atravesando palmerales, sobre la húmeda tierra oscura.

Pronto llegaron al objetivo entrevisto por el Legislador: un lago contenido en una hendidura natural del terreno y que alimentaba el proceloso caudal de un río que se precipitaba en cataratas desde las cumbres neglinosas del sur y torcía sus aguas al Líbico Mar, más allá del Muro Blanco.

Manu contempló atentamente todas las incidencias del terreno y las características del paisaje. Bordoó con sus acompañantes parte de las márgenes del lago, y siguió en sentido inverso la cinta de plata del brazo principal del riachuelo que conducía el mermado caudal de sus aguas tierras abajo, fecundando parte del Valle.

Agachóse Manu e introdujo su mano en el agua transparente, tomó en su hueco el líquido elemento y bebió.

Luego, exclamó:

—Es pura y rica en elementos como el néctar. Sus discípulos le imitaron y aprobaron.

Anduvieron aguas abajo un trecho. En el lugar en que sus aguas se reunían en un solo y angosto lecho, introdujo en él Manu una rama. Al sacarla observó atentamente el nivel de humedad y dijo:

—Han pasado las lluvias y en lo más profundo, se halla el agua a cuatro dedos de la superficie.

Apartándose unos pasos de la orilla, tomó un puñado de tierra húmeda y oprimió el limo entre sus dos manos.

—Con la ayuda de la ciencia —observó— podremos convertir algún día esta tierra en un jardín.

Y sonrió ante las soñadas perspectivas.

Tendió luego los brazos en torno y prosiguió:

—Agua riquísima, terreno amplio y fecundo, cielo transparente, clima benigno... ¡Todo propicio para el cultivo de nuestras semillas, para la reproducción de nuestros ganados, de nuestras bestias de carga y de nuestras aves; todo para el beneficio, la

multiplicación, el dichoso asentamiento y la prosperidad de nuestro pueblo! ¡Bendita sea esta Tierra!

Luego, dirigiéndose a sus jóvenes discípulos, añadió:

—Aquí en la llanura tenemos, de momento, los elementos suficientes para la fundación y mantenimiento de los primeros nomos, los núcleos ciudadanos. En este ámbito ribereño, sobre las tierras firmes y altas, de subsuelo pedregoso, o sobre aquellas afirmadas por los palmerales, mandaréis montar a nuestro pueblo sus improvisadas viviendas y sembrar a boleto, sobre las tierras negras removidas en torno a los regatos, el trigo atlante de las transportadas despensas, que esta tierra ignora, y la cebada y la avena doradas y más allá, la pura semilla del lino. Con el tiempo, esas semillas de origen venusiano, medrarán y se mezclarán con las híbridas espigas que contadamente pululan espontáneas, por el Valle. En los futuros campos egipcios, fructificarán ejemplares de gramíneas no soñados por nuestros agricultores. En las orillas del lago y en los ribazos de los riachuelos, mandaréis enraizar nuestras matas de papiro y las cañas de azúcar. Seccionad los ámbitos en huertas y distribuidlas entre los ciudadanos, y que sean sus hitos los flébiles lotos multicolores; que medren doquiera las pacíficas bestias, y pupulen libremente los zancudos ibis de negro cuello y zapoteen entre las aguas con nuestros gansos y nuestras grullas amaestradas y alternen con las aves migradoras y esas de plumas multicolores y gargantas canoras que llenan de poesía estos idílicos parajes. Que las pacientes vacas de pródigas ubres y las cabras de largo pelo se nutran gozosamente con estos húmedos y abundosos pastizales para que nos regalen su pura leche nutritiva y rebosen de provisiones nuestras despensas y de alegría nuestros corazones.

Atravesaron luego los nobles exploradores atlantes las zonas de regajo y anduvieron buen rato por las opuestas márgenes.

Desde allí, una vasta sábana de tierra negra y fecunda se extendía ante su mirada extasiada. Bosquecillos de sicomoros, chumberas, pródigos matorrales de bayas carnosas y hojas siempre verdes, crecían, agrupados en apiñadas zonas, como menudos oasis, en las leves altitudes del terreno, absorbiendo la humedad del subsuelo.

Manu dirigió su mirada ávida y catadora hacia las perspectivas surorientales que confinaban en una dilatada cordillera de montañas de varia morfología y diversos matices, yermas de vegetación.

Llamó la tención de sus discípulos hacia aquella dirección, en tanto observaba:

—¡Mirad! Montecillos enteros, aquí cerca, de arcilla roja. Más allá, ingentes canteras de granito y sienita, maravillosas piedras duras, aptas para la labra y pulimentación. Con ello tenemos asegurada la producción creciente de ladrillos, cerámicas, sillares, moles de los que saldrá la materia prima de obras inmortales: edificios, templos, monumentos, pirámides y monolitos, dedos mágicos que atestiguan-do nuestros hechos, señalen siempre al cielo, como una invitación insobornable a la altura de nuestros pensamientos y a la adoración rendida a los Espíritus celestes, y que admirarán las humanidades presentes y futuras. ¡Oh, solar bendito de la raza, acogedoras tierras puras de Khemi!

CAPÍTULO IX

INICIOS DE LA CIVILIZACIÓN EGIPCIA

Pasó tiempo.

Las crecidas del Atour, el gran río que daba su caudal casi entero al Mar de Libia, se habían sucedido en las estaciones calurosas sobre las Tierras Bajas habitadas por los expedicionarios atlantes.

En esos períodos, los pequeños riachuelos que surcaban el Valle, arrastraban porciones del limo de las alturas inaccesibles y que desbordaban las márgenes incontenibles del gran río, fecundando las zonas de labrantío, ofreciendo abundosas y sucesivas cosechas a la colonia atlante.

Para mantener las irrigaciones del terreno y los dilatados planteles en tiempos de sequía, se habían canalizado en parte las aguas del lago, alimentado por las filtraciones del río, más allá del gran codo que torcía su lecho hacia el oeste, en dirección al mar.

Los grandes almacenes comunales, propiedad de los distintos nomos o núcleos habitados, fundados por Manu, se hallaban repletos del mejor trigo, el grano de oro de semilla venusiana, y de las híbridas cosechas de cebada y avena, amén de los almacenamientos de legumbres secas y otros productos alimenticios.

Las bestias seleccionadas, traídas en las naves, se cruzaron con algunas especies de los animales nativos y se multiplicaban libremente en torno a los

regatos y las praderas, logrando ejemplares útiles para el transporte y laboreo y para el producto directo.

Los niños crecían felices, sanos y hermosos, retozando al sol o bajo la sombra de los palmerales, chapoteando en estanques y riachuelos, jugando con las aves acuáticas. Algunos de esos niños habían nacido ya en Tierra de Khemi. Y, de acuerdo con la tónica elemental del signo que nacía, habían sido bautizados por inmersión en el agua salada y purificadora retenida en pequeñas lagunas sagradas anexas a los improvisados templos próximos al mar.

De este modo aumentaba la colonia a la par que sus riquezas. Doquiera, el orden y la organización eran perfectos y todo prometía días de gloria y de prosperidad para la naciente civilización atlante-egipcia.

“Cuando el amor gobierna, no hacen falta leyes”, decía a menudo Manu, el gran Legislador. Y sonreía contemplando el gozoso trabajo, la capacidad y la fe de su pueblo.

Poco a poco, se iban levantando edificios comunales que elevaban sus sólidas moles sobre las viviendas particulares. Se dilataban las huertas, se ensanchaba el área de los cultivos. Y cuando el tiempo refrescaba, las anchas riberas limosas aparecían maravillosamente verdes y los árboles cargados de dulces frutos.

Con las pieles curtidas de los saurios, dinoterios, hipopótamos atlantes, animales gigantescos, traídas curtidas en las naves, se construyeron los primeros botes ligeros para navegar la costa y el Gran Río aguas arriba, cuando discurría lento y con aguas bajas, transportando materiales útiles.

Mas, a menudo, el gran Legislador se impacientaba. Y razón tenía para ello, ya que sus planes, con

respecto a su pueblo, no se ajustaban al ritmo colonizador previsto.

Entonces buscaba el apoyo moral del gran Astrólogo Asuramaya, quien se hallaba en comunicación, a través de su ciencia astrológica, con los espíritus planetarios y zodiacales que tenían influencia sobre los acontecimientos terrestres.

Cierto día, penetró Manu con grave ceño y expresión preocupada, en el provisional laboratorio instalado en el interior del "Argha", cuya entrada sólo era permitida a tres personas: Asuramaya, Isa y Manu.

El sumo Sacerdote se hallaba solo, inmerso en los cálculos celestes y en las interpretaciones de los astros.

Sólo advirtió la presencia del Legislador al oír su voz que decía:

—Maestro; vengo otra vez a ti en busca de asesoramiento, consejo y confortación...

Asuramaya se volvió y lo miró con ojos iluminados, llenos de profunda paz.

—En verdad, todo se va consolidando. Los medios prosperan. Nuestra gente se siente feliz y confía plenamente en nosotros. Tus pronósticos se van cumpliendo de la manera prevista, por etapas. Pero mis planes de expansión se encuentran siempre ante el obstáculo insalvable de la falta de ayuda y mano de obra. No olvides que constituimos una colonia de selección formada por sacerdotes, técnicos, escribas, constructores, artistas y artesanos. Pero nos faltan peones. Nuestra gente esforzada, no puede desperdiciar indefinidamente sus capacidades y energías en trabajos viles cavando profundidades, arrancando bloques, haciendo ladrillos, transportando trabajosamente toda índole de materiales. Por otro lado, el fomento de la agricultura y las industrias nacientes, reclaman aumento de personal idóneo, de robusta

compleción y de ínfimas capacidades. No podemos exigir más de nuestra gente. Las mujeres y los niños ayudan. Pero ello es en perjuicio de dos elementos esenciales de crecimiento y de formación de nuestro pueblo: el matriarcado como ley atlante y como divisa zodiacal y el cuido y educación de los pequeños. Y hay que pensar en crear ante todo un clima propicio para el desenvolvimiento eficiente de las nuevas generaciones, consolidando el hogar de forma que la mujer se convierta en señora de la breve sociedad familiar y al mismo tiempo, en educadora de sus hijos. Además, ella, por razón tradicional, es la augusta hilandera, tejedora y confeccionadora de indumentos y prendas cobertoras. Si queremos lograr pues, una sociedad idealmente organizada, hemos de fundamentar el hogar y los centros docentes al arrimo de los Templos. Así haremos honor a nuestras posibilidades y a los requerimientos de los astros sobre la alta misión a nuestro pueblo encomendada.

Hizo una pausa y prosiguió en voz más baja, como si hablara consigo mismo:

—Si aquellos timoratos hombres negros llegados del sur, de las fuentes del Gran Río en piraguas vegetales, no se hubieran asustado de nosotros y no hubieran huido, remando como bestias y prorrumpiendo en extraños gritos y lamentos, aguas arriba...

—¡Los turanios! —exclamó Asuramaya, abandonando sus estros y levantándose ágilmente de su asiento.

Avanzó hacia Manu y le miró fijamente en los ojos en tanto acariciaba una y otra vez, su larga barba trenzada. Al fin, añadió con voz calmosa:

—No te impacientes. Ellos volverán.

Manu pareció volver de su soliloquio. Con animada expresión, requirió:

—Entonces, crees...

—Efectivamente; creo que a no tardar, los hom-
brecillos negros volverán y en forma multiplicada.
Ellos deben gravitar, como alma colectiva, hacia sus
superiores de raza, llegados aquí de sus mismas tie-
rras de origen. Porque ellos constituyen los restos
degenerados de aquella viejísima subraza turania,
una de las primeras ramas de la raza raíz atlante.
Sus remotos antepasados fueron hombres y mujeres
recios, sabios y astutos y que por malvados perecie-
ron en el tremendo hundimiento del primer gran con-
tinente atlante. Muy pocos escaparon del horrendo
cataclismo. Sólo algunas fracciones venidas aquí en
son de guerra y de conquista. Aquellas contadas ex-
pediciones bélicas vinieron por tierra. La gran con-
moción geológica de aquellos remotos tiempos, dejó
aislados en estas tierras a los conquistadores tura-
nios que buscaron refugio en las alturas brumosas
del sur, más allá de las enormes cataratas del Gran
Atour, en las montañas y en las mesetas solitarias,
pobladas de selváticos bosques y de grandes lagos.
En aquel entonces los atlantes emigrados conocían
todas las ciencias y todas las artes. Pero con la des-
trucción de gran parte del Continente Atlante por
el fuego y por el agua, se desvincularon de sus orí-
genes y con el transcurso de los milenios, han ido
degenerando física y espiritualmente. Fueron olvi-
dando los antiguos poderes y conocimientos así como
los nexos astrales que sustentaba y practicaba la
primitiva religión. Ahora, empequeñecidos e igno-
rantes, vegetan en las tierras altas y solitarias del
Hamer, allí donde nacen los ingentes manantiales
cuyas cataratas y diseminados caideros altísimos, ali-
mentan las crecidas del Gran Río y los pequeños
afluentes que surcan, fecundándolo, este llano. Por
efecto de su regresión evolutiva, hoy ignoran las cla-
ves de aquella antiquísima civilización, usan armas
primitivas y herramientas de pedernal, no poseen

más que rudimentarios conocimientos de agricultura y se alimentan preferentemente de la pesca, de la caza y de los productos naturales. Sin embargo, algunos jefes de sus tribus salvajes, conocen restos de su tradición y a través de sus burdas divinidades elementarias, han llegado al conocimiento de que unos grandes y sabios seres procedentes del lejano oeste, del país oriundo de sus antepasados y de sus dioses, vendrán a rescatarles de su aislamiento y de su ignorancia. . . . Sí, ellos volverán, porque su religión y su leyenda les han pronosticado que en nosotros, los hombres grandes y rojos llegados de las viejas tierras del Sol Poniente, se halla la esperanza de resurrección de la raza. . . .

Después de tales palabras de aliento, ambos, Asuramaya y Manu, sintieron la necesidad de orearse con las frescas brisas del norte que comenzaban a soplar después de las horas calurosas de mediodía.

El anciano Sacerdote se apoyó en la cubierta del "Argha", ya convertida en fresca terraza perfumada y umbría por el amor y dedicación de toda la comunidad hacia la "matriz" de la naciente civilización atlante-egipcia.

Los dos hombres pasearon la vista complacida en torno y respiraron el soplo vivificador de la brisa.

¡Cuánto habían cambiado, en verdad, las perspectivas del Valle desde su llegada!

Las dos naves que formaban escolta al "Argha" capitana habían sido hacía tiempo desmontadas, y sus valiosas maderas incorruptibles, se habían aprovechado para construir los primeros muebles y edificaciones.

Pero el "Argha", no. Esta nave era sagrada y se la veneraba como el símbolo de la coronada expedición. Como un monumento venerable, fue remolcada cuidadosamente y empotrada su quilla en las arenas altas, lejos del mar, y colocada bajo la som-

bra benigna de los primeros palmerales. Sus costados habían sido afirmados con recios puntales y un plantel de tiernas acacias que ya batían dulcemente las sartas de sus ramillas y sus hojas parejas, formaban un tembloroso techo verde claro sobre la cubierta de la embarcación.

Enredaderas de flores de olor remontaban la proa, formando sobre ella una pérgola deleitosa y se entretegían avanzando ya por los barandares de sus flancos.

En el interior de la nave venerada, seguían guardándose los objetos religiosos del culto, los zodíacos astrológicos, las Tablas, el "Espejo del Futuro", la clave secreta de las interpretaciones, respuestas a todas las consultas hechas a los astros, las Esferas Armilares, las Efemérides Planetarias, grabadas sobre planchas de oro purísimo, y todos los instrumentos de precisión, los diversos mapas celestes donde se hacía evolucionar el curso de los astros dentro de las moradas cósmicas y por fin, los mágicos "polvos de proyección" para la transmutación de los metales viles en metales preciosos, las esencias sagradas, obtenidas extrayendo el espíritu de las plantas en los momentos propicios, las fórmulas químicas y alquímicas de las diversas aleaciones metálicas, los crisoles, redomas y aparatos transmutadores, las piedras preciosas, amuléticas y talismánicas.

Cuidaban del culto, velando los sagrados utensilios, los Padres espirituales de la expedición: el sumo sacerdote Asuramaya, la princesa-sacerdotisa Isa y el legislador Manu.

Ellos hacían, turnándose de noche y de día, la guardia permanente en torno a los testigos esenciales y a la ciencia iniciática que constituían las semillas sabias, el móvil de la avanzada civilización atlante en tierras de Egipto.

Manu acompañó al anciano sacerdote hacia la banda de la cubierta que daba al sur. Y mostrándole con el dedo la ingente mole de piedra caliza que sirvió de abrigo a las naves recién llegadas y de protección al desembarco, exclamó con visible satisfacción:

—Observa los progresos realizados por nuestros hombres. Como tú insinuaste al llegar, aquí excavaremos la primera cripta y la laguna sagrada de las iniciaciones; y encima se elevará dentro de poco, sobre el terraplén que contemplas, el Templo cruciforme para el culto tetráctico del año consagrado al Sol y a la Luna, la gran religión natural y celeste de nuestros antepasados. . . ¡Qué formidable fundamento la gran roca saliente que besa el mar!

—Está escrito —respondió el gran astrólogo— que con nuestra fe, facilitamos la ayuda que nos prestan los dioses. Aquí, sobre el Templo proyectado, se alzaré, en conmemoración de nuestro desembarco, el protomonumento de las edades, la ingente Harmakis, la imagen del Sol Naciente, la Esfinge cuyo enigma asombrará a las generaciones futuras. Ese misterioso monumento patentizará la gran Era que ahora comienza y será el germen divino, Hombre y Mujer, Sol y Luna, Padre y Madre de todas las religiones, León y Hembra, tronos luminares del zodiaco precesional, principio y fin de la gran Rueda Cíclica, afirmación y signo de estos tiempos de transición que vivimos en que el mundo, fatigado de los pecados de los hombres y de la corrupción de sus puras esencias naturales, se debate y se purifica por el fuego del signo del León y el agua de Khepra, la gran Madre. . . Un mundo nuevo amanecerá con el primer Sol del gran desastre. Y está escrito que la gran Harmakis lo verá la primera, asomando su testa coronada, erguida sobre la prominencia monumental, saludando la llegada del Gran Día. . .

CAPÍTULO X

CONSTRUCCIÓN DE LA ESFINGE POR LOS ATLANTES

Se aproximaba el equinoccio de primavera.

Toda la comunidad atlante se afanaba en terminar para la fecha de la mística celebración, el Templo cruciforme consagrado al culto de la Luna y del Sol.

El ancho estuario que surcaban los numerosos riachuelos, aparecía yermo de vegetación, y la tierra limosa y negra, resquebrajada por la sequía.

Más arriba, el Gran Atour, el Río de las alturas discurría lento y bajo, con muy escaso caudal.

Al llegar los meses de sequía, era cuando Manu aparecía más silencioso y preocupado. Porque él, el Legislador, se sentía en parte responsable ante la selecta fracción de su pueblo escogido, al que conducía a la Tierra de salvación, de las causas que obstaculizaban su expansión y crecimiento.

Después de la última consulta hecha al anciano Sacerdote, se reunió Manu con tres de sus ministros, técnicos especializados en trabajos hidráulicos, constructores y proyectistas, encargados de las empresas destinadas a fomentar los medios de engrandecimiento de la civilización que allí habían ido a fundar y que requería el futuro de la comunidad.

Era la prima tarde de un día excepcionalmente claro, ya que las brisas del norte soplaban intensamente, abrigando la atmósfera y aproximando todas las perspectivas.

Las palmas se agitaban, abanicos celestes, aumentando los placenteros rumores del llano y todo aparecía tranquilo y confiado en la llanura de las Tierras negras, a la sazón sedientas.

Ascendieron los cuatro por el seco cauce de los riachuelos, camino del sur y anduvieron un buen rato con objetivo definido.

Al llegar al recodo del Gran Río, Phoras dijo, dirigiéndose a Manu:

—Nuestras tierras de cultivo padecerán sed en tanto no logremos enderezar este brazo del Gran Río, conduciendo hacia el norte, por el Valle, ese inmenso caudal desaprovechado. Si lográramos levantar allí, en la desembocadura del Mar de Libia un gran dique, dragando al mismo tiempo diversos cauces artificiales en forma de canales que regaran todo el llano... la tierra de Khemi se convertiría en un paraíso de abundancia.

Manu sonrió, escéptico, y repuso:

—Bien planeas, hermano. Pero la ejecución de ese sueño tiene que ir precedido de dos elementos coadyuvantes e indispensables. Primero, un factor llamémosle hipotético que colaborara primordialmente a tal empresa. Porque esto que tú mencionas, no es obra de hombres. El segundo factor acaso sea más fácilmente conseguible; me refiero a la aportación del trabajo humano, el peonaje indispensable para toda labor de envergadura. Si ello fuera posible, no emprenderíamos sólo esa obra, sino otras de índole religiosa y conmemorativa no menos esenciales al bien del país... Mas, confiad en la ayuda celeste, mis jóvenes y eficaces colaboradores. Todo llegará a su hora si sabemos merecerlo. Según el gran astrólogo Asuramaya, esas colaboraciones superiores no nos faltarán cuando el legítimo propósito llegue a su madurez, que será sin duda el mo-

mento más oportuno. Y aún es posible que no se hallen muy lejanos los tiempos resolutivos...

Los jóvenes no insistieron. Juntos doblaron el ancho recodo del río y prosiguieron su ascensión por el Valle, remontando la orilla izquierda del Atour.

Mas apenas habían andado, bajo el tórrido sol, unos centenares de pasos, cuando la nitidez extrema de la atmósfera les permitió distinguir, a lo lejos, arrastrados lentamente por las aguas, numerosas manchitas negras.

Arrimáronse más a la orilla y entre los cañaverales, echaron pronto de ver que se trataba de gran cantidad de estrechas piraguas excavadas en troncos de recios árboles, pilotadas por un solo remero y que, procedentes de las alturas ignotas, llegaban, en innumerables procesiones, a las tierras bajas.

Eran los turanios, los hombrecillos negros que habitaban desde tiempos inmemoriales las alturas del Hamer, en torno a las fuentes del Gran Río.

Los jóvenes iniciados se miraron unos a otros, movidos por la misma acuciante pregunta: "¿Vendrán en son de paz? ¿Vendrán en son de guerra?"

—Vienen a ayudarnos —dijo con acento de convicción profunda, Manu—. No hacen más que obedecer la voluntad de los dioses de su tribu. Estaba escrito.

Y señaló el cenit.

Cuando la corriente cansina de las aguas hubo conducido la expedición de los hombres negros al recodo del río, todos a una, obedeciendo a una consigna, viraron las proas de sus livianas navecillas hacia el este, quedando empotradas en la curva que formaba parapeto alzado allí a fuerza de acumular las aguas de las crecidas limos y algas.

Entre los cañaverales y los juncos que allí se alzaban, habían atisbado también ellos, de lejos, la presencia de nuestros hombres, que los esperaban.

Cuando se hallaron todos cerca, los hombrecillos negros se inclinaron, puestos de pie en sus barquillas, presentando las palmas de sus manos. Era un signo de sumisión y reverencia y así lo entendió Manu, quien correspondió con el mismo gesto de sus manos. Los demás le imitaron.

Entonces, con una agilidad pasmosa, el hombre que sin duda dirigía aquella pintoresca expedición de extraños seres casi desnudos, de negrísima piel reluciente al sol, de cabeza crespada, nariz aplastada y gruesos labios protuberantes, llevando pieles teñidas y valiosos collares de piedras, saltó de su piragua al margen y agazapado a los juncos, trató de ganar la orilla.

Nuestros hombres le ayudaron. Entonces, el hombrecillo negro sonrió anchamente, mostrando sus blancos dientes e hizo ademán de que subieran los demás.

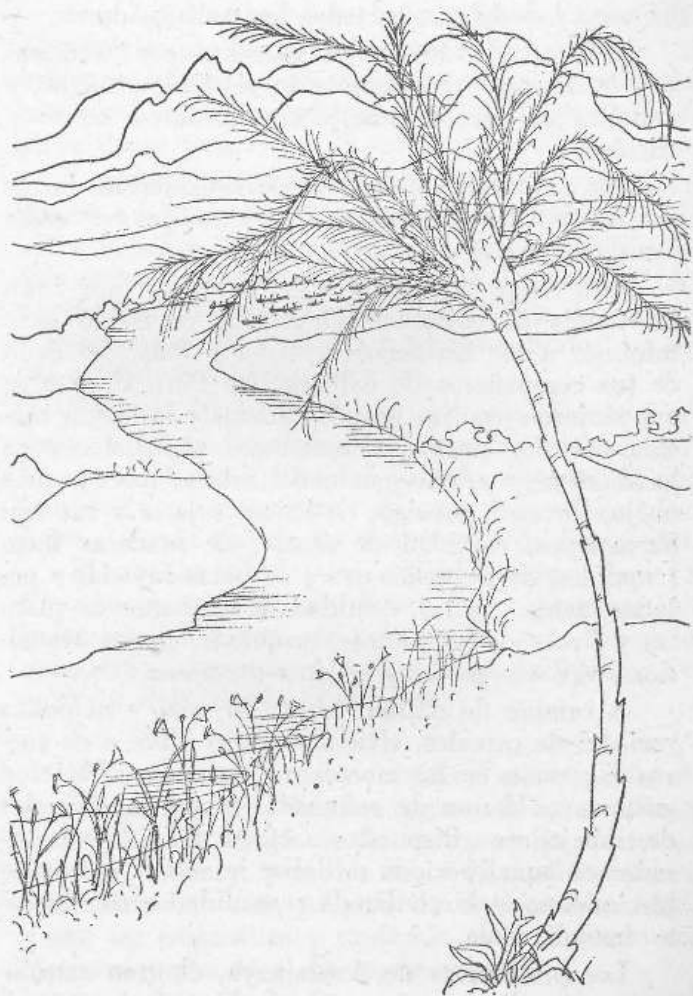
Así lo hicieron ayudándose mutuamente, profiriendo extrañas exclamaciones ininteligibles.

Cuando estuvieron todos reunidos, tomó la delantera el guía y dirigiéndose a Manu le dirigió unas palabras que repitió varias veces.

No fue difícil el entendimiento. Ya que en su lengua gutural y primitiva se ensartaban antiguos vocablos atlantes y sus gestos completaban en ellos toda forma de expresión.

Mostraron tótems esculpidos en maderas y piedras preciosas, representando animales sagrados, como para demostrar que llegaban guiados por los genios de su tribu.

En verdad, constituían ellos la primera expedición de aquellos antiguos turanios de las brumosas cumbres del sur, quienes, deslumbrados por el refinamiento de la naciente civilización egipcia-atlante, sorprendidos a cada paso de las pulcras herramientas de metal que usaban para los trabajos y labran-



Gran cantidad de estrechas piraguas.

zas, y de cuanto veían, se mostraron deseosos de colaborar humildemente en las faenas del campo, en los acarreos y desbastes, en todos los trabajos duros.

La comunidad les recibió gentilmente y les agasajó y les obsequió con exquisitas viandas, monedas y medallas de oro, herramientas de hierro, cobre y oricalco.

Allí se instalaron con visible satisfacción, incorporándose a las necesarias labores que les requerían y a donde los destinaban.

Pero nadie pudo explicarse merced a qué insólito medio de comunicación habían recurrido para informar a sus hermanos de tribu y raza, del éxito de sus compañeros de exploración. Pero el caso es que vinieron, con las grandes lluvias y la mayor crecida del río, otras dos numerosas expediciones de hombres negros, navegando del mismo modo aguas abajo, llevando consigo, en balsas sujetas a sus embarcaciones, cantidad de ébano, de maderas incorruptibles, de pequeños asnos de patas rayadas y peludas, gatos, grullas, cantidad de simientes de plantas y fiores de las alturas, turquesas, gomas aromáticas, valiosas pieles y objetos preciosos.

A cambio de dátiles, tortas de miel y modestas raciones de cereales, viviendo al aire libre o en cuevas excavadas en los montes próximos, se ofrecieron gustosos en forma de esforzadas y activas brigadas de trabajadores, dispuestos a efectuar las faenas pesadas en aquel período de labor intensiva y de establecimiento de la civilizada comunidad recientemente desembarcada.

Los pronósticos de Asuramaya, el gran astrólogo, se cumplían una vez más en bien de las necesidades de su pueblo elegido.

Bajo las directrices dadas por Manu, se procedió a la extracción de enormes bloques de piedra

calcárea del Muro Blanco y de pedernales de granito de las canteras de la cordillera oriental.

Los ágiles turanios, encaramados en inconcebibles brechas de las montañas pedregosas, abrían hábilmente en ellas estrechas hendeduras, medidas y escuadradas, e introducían en ellas cuñas de maderas secas de su país.

Cuando vino con el verano la crecida del Gran Atour, que anunciaban los cocodrilos verdes y las algas bajados de la cumbre, en burdos recipientes fueron tomando del río el líquido elemento, y turnándose en tal operación incansablemente, fueron rociando una y otra vez las maderas introducidas en las artificiales brechas abiertas.

Uno tras otro, fueron estallando los bloques marcados y así pudieron transportar sobre rieles móviles, hasta la plataforma del Templo, el material que labraban los constructores atlantes y que formarían parte del más asombroso monumento de las edades.

El pueblo miraba maravillado crecer, Luna a Luna, aquella misteriosa figura de proporciones gigantescas. Un cuerpo de león tendido, con las patas delanteras avanzando a ambos lados del macizo arquitecónico del Templo cruciforme.

Pasó más tiempo.

Y sobre aquella mole de animal posado, vio cómo se iban amontonando los ingentes bloques calizos, ya labrados, y surgía en la altura un protuberante seno de mujer y, por fin, sobre el cuello erguido, una testa misteriosa, cubierta con la toca sacerdotal, y una faz enigmática y profunda, con unos enormes ojos contemplando el horizonte oriental.

Era una incógnita para el mismo pueblo atlante la ímproba tarea de la erección de aquel extraño monumento.

Todo se llevaba a cabo en silencio, sin que se transluciera la trascendental finalidad de aquella inmensa obra.

La gente no osaba aproximarse, por el indefinible respeto que imponía su visión, tremendamente turbadora.

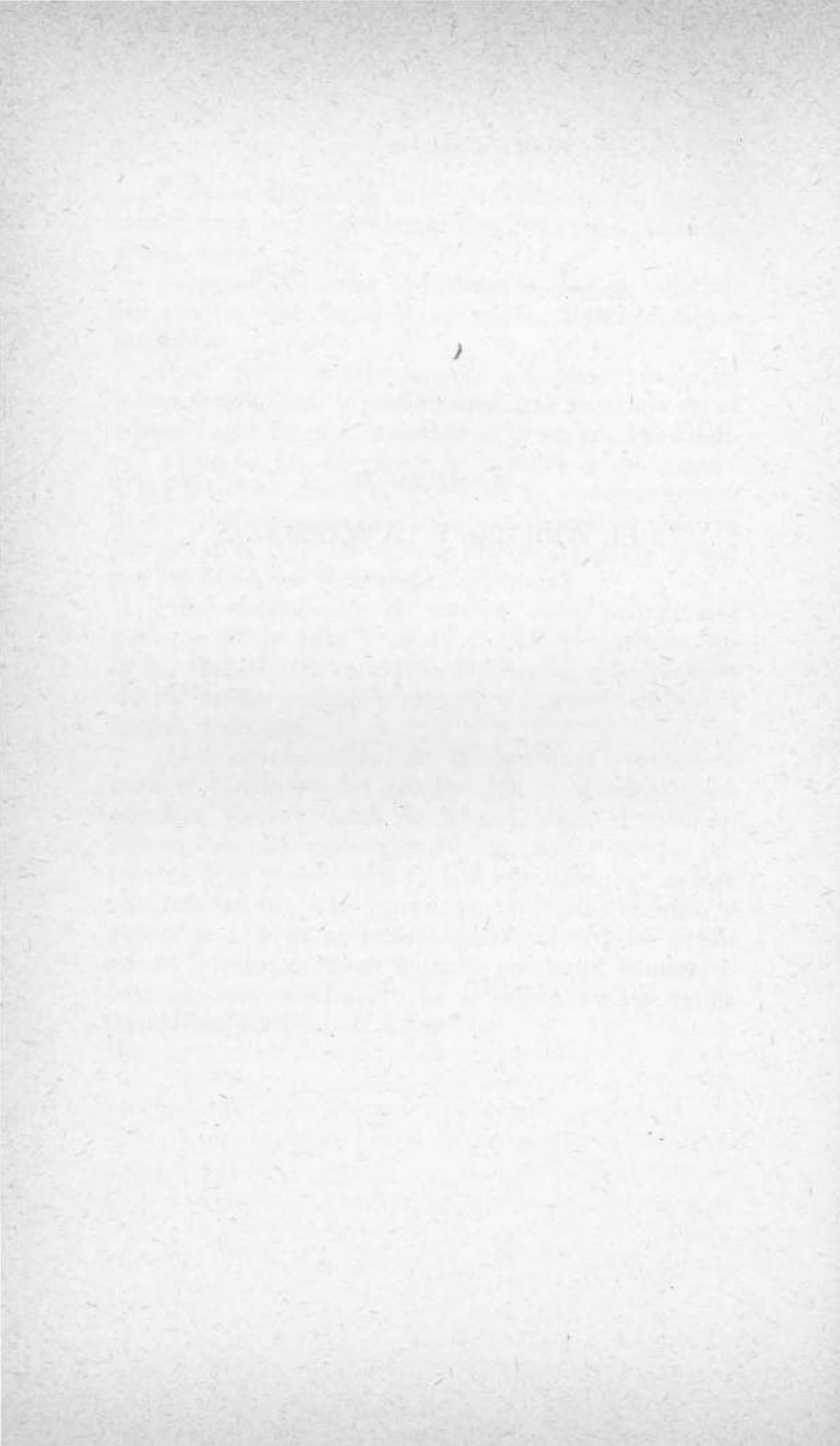
¿Qué representaría aquella gigantesca mole de forma semianimal y semihumana que se erigía en el mismo lugar en que desembarcó la expedición atlante? ¿Era su faz hierática de hombre o de mujer? ¿Qué miraban desde la altura de su encumbramiento aquellos enormes ojos fijos que parecían abiertos por igual al cielo de oriente donde amanecía el Sol y a las honduras iluminadas del alma?

¿Qué simbolizaba, en verdad, aquel primer monumento de la raza y de la civilización atlante, en la hospitalaria tierra, patria del éxodo, que les ofreció salvación, arrimo y refugio y porvenir de abundancia y de paz?

¿Qué representaría, en fin, para el presente y para el futuro de las edades que se sucederían en aquellas Tierras puras de Khemi, para el glorioso Egipto, aquella mole monstruosa, aquel cuerpo pétreo de león posado con su lomo tendido, sus garras adelantadas, su cola enroscada, su cuello erguido y que poco a poco se transformaba, al erigirse camino de la altura, en un busto y una testa humana y cuyo monumento íntegro se reflejaba en las aguas tranquilas del Mar de Libia?

CAPÍTULO XI

EL ZODÍACO Y LA *HARMAKIS*





—La conmemoración solemne de este brazo de la Cruz Cardinal del Zodíaco correspondiente al equinoccio de primavera, tiene que tener para nosotros, los iniciados atlante-egipcios, una importancia insólita, doblemente trascendental y significativa. Especialmente, porque hoy celebramos por vez primera la mística Cruz del año en este Templo de piedra, de forma idónea, también cruciforme, orientado cada brazo según las reglas de la Astrología, hacia los cuatro puntos cardinales.

Al decir estas palabras, el venerable Asuramaya, revestido con todos los atributos de su ministerio, con su túnica de purísimo lino, la toca áurea y el pectoral talismánico de oro puro incrustado con las piedras preciosas consagradas, se volvía, desde el altar circular en donde se hallaba y que centraba el templo recién construido, hacia cada una de las direcciones mencionadas.

De pronto, quedó inmóvil de cara a la parte que daba al oriente, donde se hallaban los jóvenes iniciados oyentes, y añadió:

—Este Templo se halla emplazado, como sabéis, en el mismo lugar de nuestro venturoso desembarco, sobre la inmensa roca que limita la bahía por la parte sur. En su seno se halla la cripta donde han tenido y tienen lugar las primeras iniciaciones aquí celebradas. Adosada a ella por occidente y rodeada,

como señala la tradición, por un peristillo columnado, hemos inaugurado también la laguna sagrada, que alimenta el agua del mar. En este ámbito destinado a las ceremonias solares y lunares, iniciamos hoy la primera de las festividades del año, correspondiente al equinoccio primaveral, y que tenían lugar hasta ahora, desde que salimos de la Tierra de Mu, en el interior de la nave "Argha". El acontecimiento de esta inauguración histórica tiene lugar en el momento mismo en que el Sol, el Padre de nuestro Universo, al que se halla consagrada esta Tierra amparadora de Khemi, pulsa la cuerda sensible del primer grado del signo de la Madre sobre el zodíaco móvil, que determina los grandes y pequeños ciclos de la historia de la humanidad, el auge y el ocaso de las civilizaciones, sus tónicas y características, así esotéricas como exotéricas, y que traza, por la voluntad secreta del Padre de la Vida, la lenta pero segura evolución del mundo y de los hombres. Sobre esta cruz viviente que ha determinado siempre el ritmo estelar de nuestras místicas celebraciones y de nuestros Misterios tradicionales, fundamento de todas las religiones externas que han sido y que serán, este brazo oriental de primavera, no sólo corresponde a la primera oleada de vida del año que determina las estaciones y los ritmos de la Naturaleza, según el zodíaco fijo o arquetípico, sino que significa otro hecho trascendentalísimo: el ingreso del doble cósmico de nuestro mundo en otra gran Rueda Zodiacal de evolución y que se extiende a lo largo de 26.000 años nuestros, un año de los dioses. Ese período significa una vuelta total del zodíaco viviente, que nace y muere en los tronos zodiacales los signos del Padre y de la Madre supremos.

Del ara central a la que se ascendía mediante tres escalones de pulido granito rosa pálido, tomó el sumo Sacerdote dos grandes discos de oro repletos

de curiosas grabaciones y que delimitaban los doce compartimientos de los signos zodiacales con figuras humanas y zoológicas. En el centro de ambas ruedas, aparecía la cruz de cuatro brazos coincidentes con los cuatro signos cardinales del zodiaco.

Mas aquellas dos ruedas eran, observadas detenidamente, distintas una de otra. Al mostrarlas a sus atentos discípulos, Asuramaya señalaba sus fundamentales diferencias a través de las siguientes palabras:

—Fijaos bien —decía, mostrando al mismo tiempo con su dedo índice ornado con el gran diamante solar, las cruces respectivas de uno y otro mapa—. Cada uno de los brazos de dichas cruces tienen comúnmente, unida a la línea que partiendo del centro llega al borde de la periferia del camino zodiacal, una pequeña línea casi imperceptible, colocada en sentido perpendicular, a manera de un pie. En la dirección, pues, de esos pies apreciaréis la diferencia esencial existente entre uno y otro zodiaco cruzado. Este que aquí veis, que muestra los cuatros pies de la cruz dirigidos, como en marcha, hacia la izquierda, determina el curso del Sol y de la Luna durante el año terrestre, el ritmo de las estaciones y el místico ritual luni-solar en el que se fundamenta la acción de los Misterios. La colocación de los signos del zodiaco es, pues, en esta rueda, inalterable, puesto que se trata del zodiaco fijo, llamado también arquetípico. En cambio, en este otro áureo plano del Universo, observaréis que los pies de la cruz, caminan en dirección opuesta y se hallan vueltos hacia la derecha. Observad ahora que en el lugar del equinoccio primaveral que hoy celebramos y donde en la rueda antes mencionada se halla el signo del Cordeiro celeste, en ésta aparece en su lugar, Khepra, el Escarabeo o Cangrejo zodiacal. Es el signo misterioso que representa a la Madre celeste. Ello quiere

decir que el mundo se halla ahora en el punto inicial del zodíaco móvil, allí donde la gran serpiente se muerde a sí misma y se unen la cabeza y la cola. Es el principio y el fin, la liquidación de los tiempos y el comienzo de otra gran Era de evolución. Sobre este gran tratado del Universo y del hombre, podemos levantar el mundo naciente. En él está el secreto de nuestro éxodo y de nuestra llegada a las Tierras Puras de Khemi. En él subyacen todas las posibilidades de la avanzadísima civilización que vinimos a establecer aquí con la ayuda de los divinos Padres. Basados en estos fundamentales tratados del Universo que nos rodea y del cual formamos parte, escritos con el supremo lenguaje de las estrellas, hemos erigido sobre este Templo y como homenaje e hito perenne de la llegada a este país de adopción de los colonizadores atlantes, la gran Harmakis, en la que muchos de vosotros habéis trabajado consciente y esforzadamente en el decurso de proseguidas lunaciones, hasta verla así, convertida en ingente monumento de las edades. Ella representa, en lenguaje figurativo, el fin y el principio de este zodíaco móvil que os acabo de mostrar y en el que se halla inscrita de manera vigente, toda la gloria posible de nuestra cíclica misión. Representa, en suma, ambos tronos zodiacales, el del Padre y el de la Madre universales, sintentizados en el andrógino celeste, en la parte superior humanizada, puesto que conmemora a la Gran Raza divina, al arquetipo eterno. Significa la conjunción de los dos signos que presiden las fundamentales transformaciones del mundo y de la humanidad, y que esta Harmakis conmemorará en el largo futuro. Durante milenios y milenios, ella contemplará impasible, sobre su sitial de roca, cataclismos, revoluciones y guerras; las curvas, ascendentes y descendentes de sucesivas civilizaciones. Pero ella dará fe algún día, cuando se levante una punta del

velo, del secreto que sella su símbolo a los profanos, del gran momento que estamos viviendo, de la luz que nos ha guiado y de la gran Ciencia que nos ha dirigido. Venerad, pues, no la imagen, sino la alegoría inmensa, inabordable de ese monumento de piedra que contemplará cada día, con sus grandes ojos abiertos y avizorantes, antes que nosotros, la salida del Sol. Hombre-Mujer cuya mitad inferior es de León, signos zodiacales que representan el trono del Sol y de la Luna eternos alzados cíclicamente en el solio de la divinidad manifestada, para sentar en él a sus hijos auténticos, la Dinastía de Reyes Divinos que hemos venido aquí a establecer y que precederá a las regias humanas dinastías faraónicas, cuando el germen de nuestra savia atlante se infunda en la gran civilización egipcia. A nosotros nos deberán los gérmes, sí, ya que hemos sido los depositarios y los transmisores de la sabiduría de las edades más allá de los nombres, de las tierras y de los fatídicos, purificadores mares. Load la imagen, pues, como habrán de loarla vuestros próximos y lejanos descendientes a través de los siglos y los milenios que se sucederán sobre esta Tierra elegida. Loadla, como un hito de la gran historia de la humanidad, como el mito grandioso que envuelve las etapas cíclicas de la evolución. Loadla, en fin, como lenguaje secreto de una Ciencia que permanecerá hasta que el Arcano de las edades por venir lo disponga, en el seno vedado de los Santuarios de Iniciación. Y ahora sólo me resta añadir, hijos míos, que vais a ser los ejecutores y testigos de la última etapa de esta gran fecha conmemorativa: aquella que coronará el símbolo que vamos a ofrecer, como suprema, elocuente Palabra celeste, a los hombres del futuro.

Al concluir estas palabras, descendió hieráticamente Asuramaya de su prominente lugar central, y se dirigió, después de indicar con un gesto ampuloso

a sus discípulos que le siguieran, hacia la puertecilla que se abría al fondo de la sala que miraba al poniente y que conducía a la cripta de las Iniciaciones.

Allí, junto a la laguna sagrada, sobre la pared posterior del Templo apoyada al dorso de la gran Harmakis, aparecía, cubierta con un tapiz que recorrió con gozosa amplitud el sumo sacerdote, un inmenso disco de oro, destinado a coronar la cabeza de la Esfinge venerada.

—Ahora —añadió con emocionado acento— estad atentos a la orden: Antes del amanecer de este primer día de doble primavera, debéis izar este gran disco de oro hasta coronar con él la cabeza de la Harmakis. Así, el primer rayo de Sol, al bendecir la Tierra en este gran día de espirituales conmemoraciones, iluminará este disco de oro, trasunto de su viviente, divina imagen, como un saludo de la Tierra al Sol del Universo.

Al fenecer el día, en tanto los jóvenes iniciados cumplían la orden recibida del sumo Sacerdote, éste se internó por un breve pasillo en la cripta interior, y cerró la puerta tras de sí.

Allí estaban esperándole, obedeciendo a la cita tácita, Isa y Manu, que acababan de descender del Templo donde había tenido lugar la ceremonia equinoccial a la que puso tan alto corolario la plática de Asuramaya.

—Hijos míos —dijo, abrazándoles paternalmente—. Esta cripta sagrada cumple y seguirá cumpliendo la misión que hasta hace poco ejerció el pequeño santuario interior del "Argha". Aquí están los Anales de la raza atlante, desde sus orígenes. Aquí se guardan y se guardarán, las semillas astrales de los elementos y sus secuencias mágicas. Aquí los sacros instrumentos de los cultos mayores y los talismanes estelares y los betilos llegados a la Tierra de otros

mundos, impregnados del aliento de la substancia primordial, y las siete piedras preciosas planetarias, y, sobre todo, las claves de su ejercicio, que son las claves de ayer y del mañana, sustentadas en ese Manual eterno que hemos llamado "Espejo del Futuro", que da también las respuestas a todas las preguntas dirigidas, con ejercicio de poder y con plena pureza, a los Espíritus de los Astros. Esta es, en suma, la matriz oculta de la Tierra de Khemi, que nos ha dado maternal albergue, ya que ella guarda los gérmenes santificados de la futura religión-sabiduría que florecerá aquí en edades por venir.

Después de pronunciar estas palabras, miró un buen rato con sus magnéticos ojos fijos, a Isa y a Manu, que permanecían uno al lado del otro, en silencio. Luego se les fue aproximando.

Ya frente a ellos, el gran iniciador tomó sus manos y las unió con el poderoso lazo magnético de las suyas, en tanto les decía con infinita ternura:

—Hijos míos predilectos... Ha llegado el momento previsto en las altas esferas donde convergen las miradas celestes. Por la voluntad del Padre, por la voluntad de la Madre... el niño divino debe nacer. Vosotros sois los llamados a prestar los puros materiales de su engendro. En nombre, pues, de Osir, el Sol Nocturno, yo te consagro, Manu, padre de Hor, el futuro primer Rey que inaugurará la gran Jerarquía de los Reyes Divinos que regirán los destinos del pueblo egipcio.

Y diciendo esto, rozó con el talismán solar de su dedo índice, la frente y el pecho de Manu.

Luego, dirigiéndose a Isa, añadió:

—En nombre de la gran Madre, te proclamo, ¡oh Princesa de la más pura raza ario-atlante! la engendradora de Hor, el Rey de Reyes de la nueva Edad. Porque de su simiente perfecta habrá de nacer una numerosa sucesión de Reyes-Iniciados, sellados con

los signos de perfección y llamados a regentar y conducir desde el trono y desde lo profundo de los Santuarios, la misión de la raza y el auge sin par de esta nueva civilización. Confiad las puras simientes al amor que os enlaza, que los tiempos son llegados. ¡Que la estrella del nuevo nacimiento os guíe y vele sobre vosotros, como yo velaré!

CAPÍTULO XII

EL GRAN DILUVIO

Isa, la hermosísima Princesa y Sacerdotisa atlante, se complacía aquel día mirando corretear, arriba y abajo de la cubierta del "Argha", a su pequeño Hor.

El Sol había andado dos veces su camino hacia el norte desde que una memorable noche, fuera coronada la gran Harmakis, el protomonumento qu conmemoraba el acontecimiento del feliz desembarco de los atlantes en la tierra hospitalaria de Khemi.

Cumpliendo el mandato de los Guías invisibles y los dictados de su corazón, se había unido a Manu, el gran Legislador, el más perfecto prototipo de la raza, para engendrar, en el momento electo por las miradas estelares, al hijo privilegiado, el futuro Conductor que el país requería, llamado a regentar, desde el trono de los Hijos del Sol, los destinos del pueblo egipcio.

Conocía ella, a través del horóscopo de su nacimiento, las excepcionales facultades, las altas virtudes, la exquisita calidad de su alma y las promesas del futuro del hijo, nacido bajo los rayos de la constelación del León, el trono real del zodiaco.

Porque ella sabía en verdad que éste era el signo que preside los regios nacimientos, como sabía que la hora de la media noche que selló su primer alien-to, era la que presidía la vida de los grandes místicos.

Por ello fue consagrado a Osir, su Padre espiritual, el Sol Nocturno, bajo la luz de las estrellas gobernantes.

En tanto esto pensaba, lo miraba con especial delectación jugar bajo la luz dorada del Sol diurno, que se le antojaba también en aquel instante de ternura infinita, como el juguete del cielo, como el símbolo externo del hondo Sol que presidía las Iniciaciones y el naciente país de Egipto, a él consagrado. Así, algún día, aquel niño de selección que retozaba en torno suyo, imagen naciente de sí mismo, se entronizaría en la profunda conciencia de las edades como un Rey Divino, señalado con el sello de la eternidad.

No en vano lo habían anunciado los astros. No en vano había sido, a poco de nacer, sumergido aquel cuerpecito perfecto y cobrizo, en las aguas bautismales de la laguna sacra, anexa a la cripta subterránea, ya que Khopri, el signo de la Edad que en el horizonte amanecía, tenía el agua por elemento consagrado.

Isa experimentaba secretamente, en aquellos momentos, la beatitud de su doble ministerio: el materno y el sacerdotal. Y sonreía, llena de gracia, a la doble dádiva celeste.

Dejó la vigilancia del niño predestinado, a Adha, la fiel nodriza. Y tomando de nuevo el huso de plata, se puso a hilar el lino finísimo de las vestes sacras.

De pronto, la plácida faz de la Princesa se ensombreció. Había cruzado por su mente laxada, merced a ignotos mecanismos reflejos de la memoria, una escena pasada. Se vio a sí misma aprendiendo el arte de hilar el lino en el colegio sacerdotal de la Ciudad de las Puertas de Oro. Y experimentó al mismo tiempo el impacto de un terrible presentimiento.

En verdad, ella no ignoraba, a pesar de todas las precauciones tomadas, los últimos pronósticos del

gran astrólogo Asuramaya, para quien los astros no guardaban secretos.

No importaba que la voz del Maestro se velara de pronto ante su presencia y sus previsiones perdieran el peso de la fatalidad y tratara de discurrir por cauces menos inquietantes. Ella adivinaba...

No en vano había transcurrido el tiempo. No en vano se habían superado las primeras etapas difíciles desde el desembarco de la expedición conducida por los magos blancos de la lejana Atlántida. Era admirable, sobre todo, la obra llevada a cabo por Manu en la organización de los primeros nomos, los núcleos ciudadanos, emplazados en los puntos altos y estratégicos de la ancha llanura en suave declive, y las recias construcciones de piedra de los distintos edificios comunales que miraba en aquellos momentos asomar entre el verdor perenne de los árboles centenarios. No en vano, el mismo dilatado Valle de tierra negra que acababa a lo lejos, por el norte, a nivel de las aguas del Mar Azul Interior, se había ido transformando, por el arte y el esfuerzo de sus compatriotas, en prados, jardines y huertas interminables.

Observaba ella, no sin cierta secreta inquietud, los multiplicados afanes de Manu en los últimos tiempos, dando órdenes, inspeccionando los menesteres públicos, guiando y estimulando a labriegos y administradores para distribuir convenientemente los repletos almacenamientos de legumbres y cereales en los lugares más altos de los edificios, convertidos en silos provisos, y en las cuevas excavadas por los hombres negros en lo alto de los montes del Muro Blanco. Incluso en las dependencias anexas al Templo cruciforme que servía de fundamento a la gran Esfinge.

El tiempo previsto desde el éxodo había transcurrido, y...

Ella misma se increpó. Y se dijo, severamente: "¿Es que pierdes la fe?" Y trataba de frenar el ritmo inquietante de sus pensamientos.

No, no perdía la fe. No podía perderla aquel que, como ella, había sido testigo, desde los mismos altares, del proceso interno, de la mecánica celeste que condujera la expedición de los atlantes al país de Egipto bajo la invisible pero patente tutela de los Padres Espirituales de la raza.

Isa se irguió de pronto en su sitial transportable, tratando de afrontar con serenidad los fatídicos acontecimientos.

Y bajo el emparrado de flores malva, apoyada en un rincón recoleto de la cubierta del "Argha", contempló las perspectivas auriverdes del Mar de Libia. Y para afirmar su temple en la honda verdad de lo escrito, murmuraba:

—Allá lejos, muy lejos... más allá de las Islas Calcinadas, tras el Gran Verde, el Mar Tenebroso, se levanta mi Isla Atlántida, condenada por los astros a perecer. Es la ley de todo lo que ha tenido principio. Muerte y vida son una misma cosa dentro de la economía de los perpetuos renacimientos.

Pero otra vez su corazón se interpuso. Y vio a su padre, el buen Rey Kron quien, conociendo los terribles pronósticos del gran astrólogo, había escogido el voluntario sacrificio de permanecer en la Tierra impura de Mu compartiendo el fatal destino de su pueblo.

Lo veía, dramáticamente envejecido, poco antes de embarcar, dispuesto serenamente a la doble renuncia de su hija, la adoración de su vida, y de su existencia adherida al destino de su trono y de su país. Su decisión había sido irrevocable. La suya y la del sacerdote blanco Ramu, su consejero, y la del gran vidente Nabim, el primero que imprimiera en su tierno corazón de niña, el relato terrorífico del

hundimiento de la Atlántida, contemplado por él en sus atisbos clarividentes del futuro.

Experimentó Isa una rara opresión en su pecho.

—¡No! —exclamó en voz alta, haciendo un supremo esfuerzo para evadir con su voluntad el imprecatorio del recuerdo—. Prometí borrarlo de mi pensamiento al levar las anclas la nave en el último muelle del sur del puerto de la Ciudad de las Puertas de Oro. Prometí que no volvería a recordar. Falto a mi promesa volviendo la vista atrás. ¡Oh dioses, ayudadme a proyectar mi pensamiento al estimulador futuro!

Y levantó los ojos implorantes al cielo transparente, de un azul intensísimo.

Luego dirigió su atención a los acontecimientos de primer plano, requerida por la voz del hijo que, ufano, la llamaba para que contemplara su proeza: encaramarse por sí solo al barandar de la cubierta que daba al sur.

Isa vio perfilarse la pequeña y encantadora silueta sobre el fondo leonino de la inmensa Esfinge. Y sonrió a la realidad y al símbolo. Mas corrió apresuradamente hacia el niño, temerosa de que cayera, y lo obligó a bajar.

El pequeño, contrariado, miró un instante a su madre en actitud de reto. A Isa se le antojó que, de manera fugaz, se revelaba en su hijo la soberbia expresión del signo que gobernaba su horóscopo. Acarició la alta frente del pequeño, despejando las turbulentas guedejas de su flequillo, y miró muy adentro de sus grandes ojos azules y rasgados en los que a la sazón relampagueaba la voluntad imperativa de dominio. Y pensó que en verdad, aquel niño, hijo suyo, había sido engendrado Rey por la gracia de la divinidad y que se hallaba dotado para inaugurar una gloriosa Dinastía.

Lo oprimió tiernamente contra su corazón. El constituía, en verdad, la suprema razón de su vida. Era su presente y su futuro. ¿A qué, pues, mirar atrás?

Volvió despreocupada a su tarea, bajo la sombra olorosa del emparrado.

Mas al cabo de un rato, volvió a experimentar la misma sensación de opresión en su pecho, como si le faltara aire, como si le costara trabajo respirar.

Era extraño. La calina estival de los años pasados en Egipto, cuando ante la proximidad de las lluvias parecía tener las brisas suspensas, no le había hecho experimentar aquel raro fenómeno.

Dejó a un lado el huso de plata y dejó vagar sus ojos por las perspectivas altas y montañosas del sureste.

Y observó algo insólito. Unos nubarrones densos y negrísimos, bajaban desde las neblinosas cumbres en dirección al Valle.

No bien hubo observado el alarmante fenómeno celeste, cuando irrumpió apresuradamente en la cubierta de la nave, Manu. Sin decir palabra, cogió al niño en sus brazos y enlazando acto seguido a Isa por el talle, la empujó hacia la escalerilla descendente.

Seguidos de la nodriza, ganaron la arena y se dirigieron aceleradamente hacia el Templo interior de la Esfinge.

Una vez allí, Manu acomodó a las dos mujeres y al niño en un departamento anexo al Templo, y cerró herméticamente la puerta tras ellos.

Sin volver del pasmo del apresuramiento, percibió Isa, durante un buen rato, un insólito movimiento de pasos apresurados en torno.

Por el alto ventanuco de la estancia, abierto bajo el pétreo alero del asentamiento de la Esfinge, veía cómo se encapotaba el cielo sobre ellos, cómo adquiriría una densidad amenazante, negra y espesa.

ya sin nubes. Luego aquella oscuridad de la atmósfera adquirió un uniforme color plomizo verdoso, como si fuera precursor de una extraña, insólita noche del mundo.

Y comenzó a caer una lluvia fuerte, apretada, sonora, que batía con furia la tierra como si cayera empujada de inefables alturas.

Todos los iniciados y servidores del Templo, con sus familias, se hallaban refugiados en el interior de las dependencias y en torno a la cripta de las Iniciaciones. Mas un silencio sepulcral, expectante de terribles acontecimientos, se cernía como un sudario en el mismo corazón de la Harmakis veneranda.

¿Qué significaba aquella sobrevenida lobreguez del cielo y de las almas, aquella atmósfera espesa, difícilmente respirable, que oprimía la atmósfera y los corazones de los hombres?

La lluvia seguía cayendo aplomada, trepidante, castigadora, como si expresara los albores de un trágico destino telúrico.

Pasó así el día y la noche y otro día con su noche y otros, y otros... Y la lluvia seguía cayendo igual, dura y sin tregua, sobre los suelos inundados.

Transcurrió una lunación entera y la lluvia torrencial no aplacaba su constante furia.

La desesperación debía hacer presa en todo aquel que no poseyera el consuelo de la sabiduría y el arma defensiva de la fe. No así en el seno del refugio que la Esfinge amparaba con su cuerpo gigantesco.

Y pasó otra lunación, medida por las clépsidras y los cronómetros de arena y las efemérides de piedra y de metal, solares y lunares.

Y el agua del cielo seguía cayendo implacable, sin remedio, sobre el mundo aterrado de los hombres, arrastrando viviendas, cultivos y esperanzas, como si las fuerzas que gobernaban los elementos

quisieran anegarlo todo en una inmensa sabana líquida.

En la noche de la segunda luna llena de aquellas dramáticas calendas diluviales, se apoderó de Isa una extraña inquietud, como si un terrible presentimiento atenazara su garganta y llegara al fondo de su corazón.

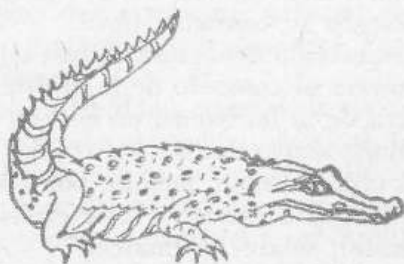
No tenía ni pensamiento ni palabras. Era una angustia elemental, cósmica, avasallante, inevitable.

Su única reacción humana, la llevó junto al lecho del hijo, y se abrazó a él intensamente, delirantemente.

Entonces dio rienda suelta al llanto tranquilizador.

Cuando se hubo repuesto un poco, levantó ambos brazos y en la lóbrega oscuridad de la estancia, invocó con todas sus fuerzas a Osir, el Espíritu del Sol oculto.

Al fin, cerró sus ojos al sueño.



CAPÍTULO XIII

HUNDIMIENTO DE LA ATLÁNTIDA

En la noche aquella trágicamente memorable, se cumplían dos Lunas del gran diluvio que asolaba al mundo. Y el agua seguía cayendo aplomada, implacable, como un castigo del cielo.

Desde el venerable refugio del Templo de la Esfinge, erigida sobre la firme base de la roca viva, se oía en la noche larga, sin alteraciones perceptibles, el son monótono del agua que caía a raudales. Y esa perenne monodia se amplificaba en la noche lúgubremente, por el doble eco de las Montañas del Muro Blanco y por el más lejano de la Cordillera Rosada que limitaban el Valle de las tierras bajas de Khemi.

A estos amplificados, profundos rumores percutidos del aguacero sin descanso, se unía aún el de las furiosas corrientes despeñadas de las cumbres altísimas del sur, lanzadas con ímpetu irresistible por los lechos desbordados que la misma fuerza inaudita del líquido elemento dragaba, siguiendo el declive natural, hasta desembocar por el norte y por el oeste, en los rugientes mares.

De pronto, avanzada la tenebrosa noche, un relámpago cegador deslumbró a todos, dormidos y despiertos. Inmediatamente, un trueno espantoso, de resonancias indescriptibles, conmovió la tierra en sus mismos cimientos. Y ésta, a manera de un monstruo herido por el enorme dardo celeste, revolvióse sobre

sí misma, haciendo retemblar todo el subsuelo, el Templo y la Cripta donde se hallaban refugiados los Iniciados atlantes con sus familias.

Isa despertó en aquel instante y lanzó un grito desgarrador. Pero no fue oído en la mansión alterada de Osir. El grito de horror de la Sacerdotisa lo ahogó el ronco bramido de la tierra estremecida.

Era como si, de pronto, todo el ancestro animal y elemental del mundo surgiera a la superficie en un definitivo desgarramiento cíclico.

Pero lo que realmente había conmovido a Isa era la trágica pesadilla, el vívido sueño del que acababa de despertar tan violentamente. A la conmovedora visión, venía a sumarse la tremenda conmoción terrestre que acababa de poner en vilo a todos los habitantes del país.

En tanto, obedeciendo a sucesivas ondas de mayor y menor intensificación, los espantosos rugidos y las sísmicas sacudidas prosiguieron conmoviendo el mundo.

Al fin se operó un raro fenómeno. Los movimientos subterráneos se apaciguaron, pero el rugiente, proseguido tableteo de lo profundo se fue trocando en un inmenso aullido lastimero. Por fin, un silbido agudísimo, de resonancias inenarrables, desgarró el aire enrarecido y se fue apagando lentamente, como como si un monstruo gigantesco se alejara.

En medio de la medrosa inquietud que a todos atenazaba, incapaz de conciliar la razón insólita de aquellos hechos, Isa se levantó, y en la absoluta obscuridad somovida, buscó a tientas a su hijo, lo tomó en brazos, abrió la puerta de la pequeña habitación y se lanzó como enajenada por las aulas y pasillos del Templo, topando con todos aquellos que por allí discurrían, presa también del espanto.

Algunos se precipitaron, gritando, hacia las entradas del edificio, pero las puertas permanecían herméticamente cerradas.

Transcurrido un buen rato del fenómeno que soliviantó todos los ánimos y obedeciendo acaso a un superior instinto, todos los que habitaban los departamentos de la sacra morada se fueron reuniendo en la sala cruciforme. Y apiñados en torno al ara central, comenzaron a entonar a coro, en ferviente súplica al Señor de las fuerzas oscuras del Universo, el sagrado Himno:

“Abridnos la alta Senda; apartad de nosotros los obstáculos para que podamos avanzar por ella con toda seguridad, y salir en paz de la gran prueba...”

“Tú que resplandeces en medio del océano celeste,
muestra a la Tierra Tu semblante radioso,
¡Oh tú que cíclicamente te revelas y te ocultas!
¡Hágase tu voluntad!... ¡Hágase tu voluntad!... ¡Hágase
[tu voluntad!...]¹

En medio de las hórridas tinieblas y del murmullo ferviente del canto de impetración a la divinidad celeste y ante el grupo de todos los asistentes prostrados, apareció de pronto, imponente y serena, la figura iluminada de Asuramaya, sosteniendo en su diestra una lámpara.

—¡Oh Padre mío! —exclamó, al divisarlo, Isa. Y corrió hacia él, arrodillándose a sus pies.

—¡He visto!... ¡He visto! —prosiguió, juntando sus manos y retorciéndose de dolor ante el anciano

¹ “Libro de los Muertos” del antiguo Egipto.

no—. El espanto ciega aun los ojos a mi razón. ¡Oh Padre mío espiritual; tú que puedes, ¡Ayúdame!

El sumo sacerdote puso su mano bienhechora sobre la cabeza humillada de la Princesa, en tanto decía con voz grave y pausada:

—Calma, hija mía, calma. Todo pasó ya... Estaba escrito. Recobra la paz.

Manu ayudó a levantar a Isa del suelo y a un ademán de Asuramaya, la acompañó amorosamente hacia el centro de la tribuna circular.

El anciano Sacerdote dijo en voz alta, súbitamente imperativa, en tanto levantaba la mano hacia la Princesa:

—Ahora, en el momento de la prueba, es cuando debes dar fe de tu convicción y de tu temple. Apelo a tu dignidad de Sacerdotisa para que puedas ejercer tu verdadero ministerio, ahora que todos lo precisan. Yérquete sobre todo lo pasajero. ¡oh encarnación de la Madre eterna!

Isa oyó aquellas palabras taladrantes. Abrió desmesuradamente los ojos, se irguió, y con paso firme, alta y esbelta, ascendió a la tribuna sagrada.

La voz magnética de Asuramaya, prosiguió:

—Ahora, ¡habla! ¡Los dioses te asisten!

Pasóse ella la mano por la frente, apartó sus cabellos, restregó los rasgados y soñadores ojos como tratando de ahuyentar las últimas imágenes de pesadilla, y miró en torno suyo.

Entonces se hizo un silencio general, requiriente, expectante.

Asuramaya colocó la lámpara sobre la redonda ara central, y todos los presentes hombres, mujeres y niños se fueron situando, formando círculo, en torno a la Princesa-Sacerdotisa.

Transcurrieron unos momentos. Recobrado el recuerdo, con el corazón desgarrado pero con la mente lúcida y la actitud imponentemente serena, comen-



...tratando de sostener con los brazos.

zó ella con voz entrecortada pero firme, el estremece-dor relato de la noche:

—Los dioses han querido, hermanos míos, que yo fuera testigo. . . He presenciado esta noche el terrible hundimiento de nuestra patria lejana, la Tierra de Mu, que un día abandonamos. . . Allí estuve, llamada por mi padre. . . Sí, era la voz angustiada de mi padre, que me llamaba desde la lejanía. Y fui. Lo vi en el umbral de su palacio, tratando de sostener con sus brazos en cruz los pilares somovidos de la entrada. La tierra se agitaba bajo sus pies. Sabía yo que eran los últimos momentos del buen rey Kron, el último soberano de los atlantes. Con todo mi amor, abracé a mi padre. . . Y vi que sonreía antes de que el dintel de mármol se desplomara sobre su noble cabeza. . .

Isa cerró los ojos. Hizo luego un supremo esfuerzo para vencer la emoción que la embargaba, y prosiguió:

—Como remontada por fuerzas invisibles, fui entonces espectadora de aquellos lugares donde transcurrió, feliz, mi niñez y mi primera juventud, y contemplé el más dramático de los espectáculos que pueden ojos humanos presenciar: el hundimiento de la gran Isla Atlántida. Vi primero cómo se alzaba la tierra toda, como si se arrancara de cuajo su raíz del fondo del mar. . . Vi alzarse unas olas enormes, como monstruos surgidos de lo profundo, y envolverla y sacudirla espantosamente. Vi deambular como bestias acorraladas a las multitudes vociferantes por calles y plazas y lanzarse despavoridas a los campos, bajar a los valles y subir a los montes en busca de salvación. Fue en vano. En medio de las más espantosas tinieblas nocturnas y de los ruidos estruendosos de los elementos desatados, vi entonces lo innarrable: vi cómo se abría monstruosamente el seno del mar para tragar de golpe la tierra condenada. Y

la vi salir de nuevo y sumergirse varias veces en el mar, revuelta y cuarteada como un inmenso muñón terrestre y por fin, hundirse para siempre en el Gran Verde. . . En el término de una noche, el mar inmenso tragó definitivamente la gran Isla, con los sesenta y cuatro millones de seres que la poblaban.² Después, un velo se cernió sobre mi vista horrorizada, y no vi más. . . ¡Pobre padre mío, y mis parientes todos! ¡Pobre Ramu, el santo sacerdote, mi preceptor, y Nabim, y tantos y tantos hermanos nuestros que por tantos conceptos merecían la vida! . . .

Isa no pudo más y se desplomó junto al ara. Manu y Asuramaya corrieron solícitos a sostenerla.

—Pronto se recobrará —afirmó, dirigiéndose a los presentes, el sumo Sacerdote—. Ayudadla todos con el pensamiento. Su experiencia ha sido superior a sus fuerzas físicas que han recibido el choque en la distancia.

Efectivamente. Poco a poco, la Princesa volvió nuevamente en sí.

Al abrir los ojos, vio a su lado al pequeño Hor que, sonriendo, le tendía sus bracitos suplicantes.

Y oyó la voz de Asuramaya que le decía:

—Este es ahora el fundamental requerimiento de tu vida. Te debes al hijo. Un glorioso destino os espera. Procura hallarte a la altura de tu misión.

Haciendo un supremo esfuerzo se levantó y elevó sus brazos suplicantes al cielo, reclamando ayuda.

Un grito irreprimible salió de su garganta.

Pero era ésta una exclamación de sorpresa y de júbilo. Como una providencial compensación a su inmenso dolor pasado, acababa de descubrir, a tra-

² Consúltense "El Timeo" y "El Critias", Diálogos de Platón, así como los códices confirmativos hallados por Schlieman en el Templo Budista de Lhasa y los hallados por Hernán Cortés en México.

vés de los altos y anchos ventanucos del Templo que se abrían, como suspendidos, de la recia cornisa del techo, las tímidas luces primeras del amanecer.

Exclamó, súbitamente enardecida:

—¡Oh, gracias, gracias, Osir, dios de las Tierras Puras! ¡Gracias por el retorno del día!

Sus palabras fueron como una chispa de fuego caída sobre el ánimo de cada uno de los presentes. Levantaron a lo alto los ojos, aun cuajados de lágrimas y sonrieron al cielo rosado de la incipiente alborada egipcia.

Un clamor de esperanza elevó las mentes y los corazones al milagro que contemplaban. Pero era tal la emoción que les embargaba, que nadie podía proferir palabra.

Asuramaya se abrió paso entre la apiñada multitud y se dirigió hacia el portal de la entrada que daba al oriente. Corrió las recias cerraduras y abrió de par en par las dos alas macizas de la puerta.

El primer rayo de Sol del primer día de gracia de la tierra recobrada, penetró hasta el fondo del santuario, iluminando a todos los presentes.

Todos se abalanzaron a una gritando, hacia el exterior, hombres, mujeres, niños, locos de contento, con los brazos tendidos al Padre supremo de la Tierra consagrada de Khemi, ansiosos de contemplar la gloria del día.

La lluvia había, al fin, cesado. Un silencio imponente se extendía sobre toda la llanura oriental, cubierta por las aguas. El aire aparecía límpido, brumoso, transparente como un cristal. Había una a manera de informada sonoridad musical a flor de oídos, como un rastro de alas dejadas en el aire fresco y dulce, y todo el mundo parecía dispuesto a escuchar en silencio aquella insólita sinfonía.

Una paz inmensa, un bienestar inefable, impregnaban desde lo hondo, el aire en fiesta.

Por todos los ámbitos que la vista alcanzaba, no se percibía más síntoma de vida que el gran disco del Sol, elevándose impasible sobre un horizonte de aguas y montes.

—Es el Señor supremo de la Vida —dijo solemnemente Asuramaya, con un ansia de formulación y de estímulo hacia todos los que le rodeaban.

Y en verdad, que todos sintieron que su voz resonaba como un conjuro en el aire recién inaugurado de un mundo nuevo, como si fuera la voz del hombre primigenio en la mañana del primer día de la creación.

Lentamente, vencido el pasmo de la primera hora, fueron saliendo del Templo, impulsados por la curiosidad.

Se hallaban cercados totalmente por las aguas que todo lo habían invadido. Sólo los altos edificios de los nomos, edificados en las prominencias del terreno, sobresalían intactos, reflejándose temblorosos en las aguas deslizantes.

A instancias del anciano sacerdote, torció Manu el primero el ángulo que formaba el estrecho margen de la peña que sostenía, imperturbable, a la gran Harmakis y se dirigió hacia la parte de poniente.

De pronto, se hizo atrás y se apoyó, con los ojos desmesuradamente abiertos, en una de las primeras columnas que formaban el peristillo de la laguna sagrada.

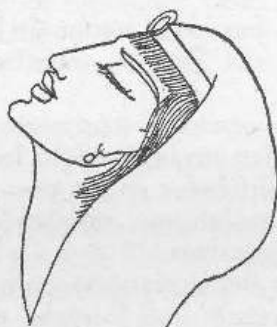
¿Qué acababan de ver sus ojos?

Frente a él, no aparecía ya la sábana verde-dorada, infinita, del Mar de Libia. En su lugar, se extendía una inmensa llanura de arena, salpicada aquí y allá por las sombras oscuras de los arrecifes, cubiertos de helechos y de algas. Sólo a lo lejos, cerca del horizonte, se destacaban las que fueran bajas Islas feraces, en la actualidad convertidas en verdes

oasis de otro inmenso mar: el desierto interminable de arena.

—Los Padres espirituales no han hecho más que aumentarnos el don. Estaba escrito. ¡Saludemos con alegría al Señor de las dádivas innumerables, en este gran día de la humanidad!

Quien así hablaba era Asuramaya, el gran astrólogo atlante.



CAPÍTULO XIV

DESVIACIÓN DEL NILO

En las dependencias anexas al Templo de la Esfinge, se trabajaba activamente en tanto resonaban doquiera, merced a la maravillosa acústica del agua que llenaba el Valle, los cantos de esperanza.

La alegría era el mismo imperativo del aire en las tierras resurrectas de Khemi. Era como el lema transmitido por los Padres celestes para sellar la Gran Rueda cíclica, la Era zodiacal que comenzaba.

Y esa alegría que desbordaba de todos los corazones y las risas y los cantos nuevos, la reflejaban los elementos apaciguados y la rumoreaban las frescas brisas y las mansas aguas deslizantes, y la tierra que poco a poco iba resurgiendo a flor de la inundación pasada, con la sonrisa de sus futuras, generosas dádivas.

Después de la gran crisis, los astros mismos parecían mirar la Tierra con miradas benignas de dulce conmiseración.

De todas las cosas se desprendía una inédita invitación al resurgimiento y todo parecía de pronto fácil, y las mayores empresas devenían un juego feliz en el que el cielo y la tierra colaboraban al unísono.

Había vuelto, en suma, la tranquilidad y la confianza a los habitantes de los nomos del Valle. Manu, el legislador de los atlantes, inspeccionaba constantemente los trabajos. Se montaban armazones ligeros

de cañas y de maderas incorruptibles y sobre ellos se tendían, tensas, las pieles de saurios gigantes, transportadas en gran número de la lejana Isla sumergida.

Con aquellas lanchas improvisadas, empujadas por anchos remos, se podrían atravesar los brazos de las aguas deslizantes y las zonas pantanosas, y enlazar los nomos dispersos, y explorar las transformaciones ocasionadas por el gran diluvio, por el terremoto subsiguiente y por el deslizamiento de las aguas del Mar de Libia, hacia el lejano y profundo Gran Verde.

Patrocinada por el propio Manu, la primera expedición de reconocimiento con las primeras cuatro lanchas fletadas, recorrió los nomos, núcleos de poblaciones por él fundados.

Gracias a las previsiones astrológicas de Asuramaya y a la perfecta organización de Manu, todos habían salido indemnes del pasado desastre y se hallaban sanos y salvos.

El reencuentro dio motivo a múltiples y fraternales efusiones. Lo mismo ocurrió cuando las lanchas arribaron junto a las faldas de los montes que amurallaban, por ambos lados, el Valle. De las numerosas cuevas excavadas, y sobre todo, en las faldas del Muro Blanco, fueron saliendo, con vivas muestras de regocijo, las figuras negras de los esforzados turanios, los montañeros del sur.

Después de dar Manu las órdenes oportunas a todos los habitantes de Khemi, remontaron la corriente de las aguas por el amplio lecho ahondado que centraba los pequeños cauces de antaño.

A medida que se aproximaban al recodo del Atour, el Gran Río, les extrañó a todos no percibir el ensordecedor ruido de su ingente caudal. Parecía a la sazón un río mudo, como un monstruo que dur-

miera pacíficamente reposando de sus pasados arreos y sus furiosos envites.

¿Qué habría pasado?

Cuando, a fuerza de remos, las cuatro pequeñas embarcaciones tripuladas por una docena de técnicos y voluntarios, llegaron al agreste paraje donde el Gran Río torcía sus aguas hacia el Líbico Mar, quedaron todos sorprendidos y desorientados al hallar ingentes montones de árboles inmensos, verdaderos gigantes vegetales, arrancados de cuajo de las cumbres lejanas, allí donde las grandes aguas del diluvio se despeñaban con furia inusitada, empujando por los despeñaderos de las cataratas todo obstáculo que se interponía a su paso.

Bosques enteros de árboles milenarios fueron así desarraigados, socavando la persistencia del agua sus cimientos terrenos y arrastrados por el ímpetu del aguacero, del mismo modo que arrastraban las crecidas anuales del Atour los pequeños cocodrilos, las algas y las cañas de los lagos cumbreños.

Trataron de remontar aquel alto parapeto de cadáveres vegetales, tendidos a lo largo del codo del Gran Río, y desde allí, contemplaron los exploradores, asombrados, la acción constructiva del terremoto acaecido.

La margen occidental del Río se había levantado misteriosamente al desaparecer, sorbidas por el Gran Verde, las aguas bajas del Mar de Libia, sobre cuyo regazo amparador navegaran las tres naves del éxodo atlante.

Sin duda, al buscar entonces las aguas despeñadas un cauce nuevo, desbordaron la margen opuesta y penetraron tierra adentro, dragando con su furia el bajo lecho de los riachuelos que antes regaban escasamente el Valle y discurriendo el nuevo caudal ancho y fecundo, recto y certero como el dedo

de la divinidad, hasta verter sus aguas, dividido en multitud de brazos, en el Mar Mediterráneo.

Acababa de nacer el Nilo, el gran río de la historia antigua de la humanidad, el Padre Hapi, venerado del pueblo y de la civilización egipcia.

Manu sonrió en silencio. Y levantando los ojos al cielo, reverenció al Autor todopoderoso de aquella inapreciable dádiva.

Más allá, sobre una prominencia del terreno alzado en la orilla oriental del desviado Río, abarcó de una ojeada el nuevo panorama que se ofrecía a sus ojos.

—Un elocuente signo de los tiempos —dijo al fin, dirigiéndose a sus inmediatos ayudantes, en tanto paseaba su diestra tendida sobre aquella inmensa riqueza de la inaugurada topografía de las Tierras Bajas, como si las acariciara.

Luego, añadió:

—Pronto cesará el ímpetu de las corrientes de los pasados aguaceros y quedará para siempre, como don inapreciable, la obra planeada por el supremo Demiurgo, el gran Constructor del Universo sobre la patria egipcia, cuya civilización hemos venido a fundar. Esta nueva corriente que discurre unificada en derecha por el Valle, significa la vida para un gran pueblo futuro, cuando a través de las generaciones crezca en número, en organización y en sabiduría. Mas aquí, en esta profunda hondonada —dijo, señalando el codo ciego del Río primitivo— levantaremos los diques de granito de una gran presa, construiremos canales de regadío con esclusas y cuando advengan las futuras crecidas anuales del río; embalsaremos grandes depósitos de reserva que alimentarán, en los tiempos de escasez y de sequía, las huertas y los sembrados. Entonces, el limo fecundo no se resquebrajará con los soles heridores, sino que constituirá un perenne terreno fertilísimo y húmedo

que dará proseguídos cultivos que constituirán la riqueza sin par de este privilegiado país.

Hizo una pausa, y volvió la vista en dirección al enorme parapeto formado por los árboles que la corriente allí depositara. Prosiguió, señalándolo:

—El envío generoso de este depósito de árboles aquí almacenados, donde fuera el recodo del antiguo Río, significa, por otro lado, una colaboración inapreciable de la Providencia que ha querido contribuir en esta forma prodigiosa a la aportación de materiales indispensables para la construcción de grandes ciudades. Además, con la madera valiosa de estos árboles, construiremos una flota de naves egipcias que, surcando el Mar Azul Interior, llevarán, tierras adentro, esparciéndolas a boleó, las simientes atlantes de las futuras nuevas civilizaciones mediterráneas. Por los cuatro puntos cardinales, nuestros esforzados colonizadores, agentes meritísimos de la gran Era que comienza, llevarán la luz de los Misterios atlantes.

Llenas de efusiones, de planes y de labores, transcurrieron las lunas sucesivas al gran descubrimiento.

Y llegó el equinoccio de otoño.

Empapada la tierra de las aguas residuales llovidas, el curso del Río seguía el ritmo previsto de las estaciones.

Ceñidas al nuevo lecho del Nilo, las aguas discurrían escasas reflejando casi inmóviles el azul intenso del cielo egipcio. Pero en torno suyo crecían ya ufanos, por el riquísimo adobo natural de los terrenos, numerosos bancos de papiros y de lotos.

El gremio de los fabricantes de papel de papiro, al estilo atlante, trabajaban intensamente en los contruidos obradores y esa creciente industria alimentaba en torno las derivadas de abanicos, sandalias de punta retorcida, canastos y otros utensilios de adorno y del hogar.

En torno a ese culto gremio, se fueron creando otros bajo las directrices de la organización social instituída por Manu. En ellos, se iban entrenando en los diferentes oficios los técnicos futuros.

En las tareas más burdas y pesadas, de rutina y desbaste, se hallaban empleados creciente número de negros venidos del alto Egipto. Ya que en cada crecida del Nilo, aparecían en la llanura, precedidos por su fama, gran número de esas humildes gentes atraídas por el deslumbramiento de la civilización y el auge de los nuevos medios de vida, desconocidos entre las tribus atrasadas de las alturas del sur.

Ello estimuló la creación de otros distintos gremios y las leyes aplicadas a los trabajadores especializados en oficios y profesiones.

Estas y otras leyes eran sugeridas por Manu, y estudiadas y transcriptas por el más noble de los gremios: el de los escribas, surgidos como el de los médicos o terapeutas y en parte el de los constructores, de la Escuela adherida al Templo.

Los escribas eran de raza pura, nobles, eruditos, abogados, hieróglifos o calígrafos, jurisperitos que intervenían y juzgaban las causas de toda índole, suscitadas por la interrelación de los ciudadanos de los distintos nomos y por las crecientes transacciones, compras y ventas entre los colonizadores y nativos y los extranjeros atraídos al país.

Los escribas, educados canónicamente en las enseñanzas y bajo las órdenes de Manu, juraban antes de ejercer su misterio ante la diosa Maat, que personificaba la Verdad y la Justicia, de origen divino, de las que debían derivar todas las formas humanas de relación.

De esa noble profesión se derivaron las Bibliotecas, la ordenación de archivos, de textos sagrados, de tratados científicos de astrología, de medicina,

leyes, historia, realizados con punzones y finos pinceles en lenguaje jeroglífico sobre hojas de papiro debidamente secadas, prensadas y preparadas, que se envolvían en rollos voluminosos y se guardaban en en tubos de metal o pergamino incandescente, o cueros debidamente curtidos al efecto.

Tales Bibliotecas, constituían amplísimas dependencias adheridas a los santuarios, como también a los observatorios astronómicos y los laboratorios químicos. Ya que los atlantes consideraban la alquimia o química antigua, la ciencia que rayaba a mayor altura según su antiquísima tradición y por ello, dieron a la Tierra Prometida el nombre de Khemi.

En torno a la química, avanzadísima, se alzó a considerable altura la civilización egipcia y dio por resultado la aleación de diversos metales, que eran labrados e incrustados por artífices y tallistas especializados en la talla y pulimento de piedras preciosas. Innumerables sustancias químicas se aplicaban en la fabricación de colores inalterables, esmaltes, cerámicas, composiciones al fuego de vidrios de colores, joyas, amuletos y talismanes, infinita cantidad de objetos de arte y adorno, de utensilios sagrados y profanos. También surgían de los laboratorios químicos los medicamentos a base de plantas y metales preparados extrayendo de ellos el "espíritu" y de acuerdo con los influjos de los astros que los gobernaban, así como los famosos ungüentos y colirios egipcios, de efectos maravillosos y cuya fama cundió por todo el mundo antiguo, merced a las fórmulas de alquimia aprendidas en los Templos. Así llegaron merced a las ciencias puras a tan extraordinaria perfección las ciencias aplicadas.

Al amor de los estímulos gremiales y al refinamiento de los principios morales y de la sensibilidad, se fomentaron las artes plásticas bajo cánones eternos. Los números, la geometría, regían las reglas

armónicas de los monumentos y de los edificios. La gracia inspiraba su divino hálito en las formas creadas, y así cundía la belleza doquiera, no sólo en las joyas, famosísimas, y en los adornos de singular riqueza y meritoria elaboración, sino en los tejidos y tisúes, en los tapices y esteras, en los muebles taraceados, en los diversos tintes y cosméticos, en la glíptica, en la joyería, en la fabricación de bebidas, especialmente en las acreditadas, diversas clases de cervezas.

De este modo, los gremios egipcios fueron creciendo y depurándose, y llegaron a tan grande altura, merced a la inspiración, a la guía y a la dirección de Manu, que por ellos su creciente civilización permitió irradiarla en forma de expansiones regulares, con la fundación de nuevas colonias allende el Mar Azul Mediterráneo, del mismo modo que el Padre Nilo vertía en él cada año, como una dádiva inagotable, sus sobrantes aguas.



CAPÍTULO XV

FUNDACIÓN POR LOS ATLANTES DE LAS
CIVILIZACIONES MEDITERRÁNEAS

El auge material, el sedimento moral y la profunda sabiduría que los atlantes imprimieron a la naciente, avanzadísima civilización egipcia, emanaron, en su totalidad, del organismo oculto de los Misterios, sintonizados a su vez con los Espíritus de los Astros, siempre consultados y a todas horas honrados.

Era una jerarquía viva, directa que, enraizada en la Armonía, la Providencia y la Ley infinitas, tenía, a través de los grandes seres que patrocinaran y condujeran la expedición atlante, un objetivo trascendental en la historia de la humanidad: lograr que no perecieran, con la gran convulsión cósmica que sumergió la Isla Atlántida, las puras simientes de una altísima civilización, que los Anales ocultos hacían derivar de los Señores de Sukra-Venus, y que se conservaban intactas en el ádito secreto de los Misterios atlantes, al cuidado de los magos blancos, agentes de la Gran Fraternidad Blanca, encargada de la evolución de las humanidades terrestres.

Sus más conscientes directivos del ramo sacerdotal y gubernamental, salidos de las Escuelas Superiores adheridas a los Templos, tenían por especial misión sembrar los gérmenes de las culturas y las civilizaciones, adaptándolas a las tónicas astrales de los distintos países, cuando los tiempos eran llegados.

Articulado pues, desde la segura dirección interna ese primer núcleo de expansión de la más pura siembra atlante por tierras egipcias próximas al Sol naciente, los requerimientos astrales reclamaban nuevos explayes y nuevos planeamientos en el mismo orden.

Pasaron algunos años y los frutos se multiplicaron. Aumentaron progresivamente las familias, los ganados, los animales domésticos. Los campos de labranza dilataron sus límites, las huertas crecieron, y a la par, se sucedieron los prósperos nomos en distintas partes del fecundo Valle. En ellos se izaron monumentos, se establecieron talleres, se levantaron edificios, prosperaron las industrias y las artes y se fomentaron todas las formas de riqueza y de bienestar.

Llegó un propicio equinoccio otoñal, cuya celebración y consulta astral promovió una cierta conmoción entre los iniciados del Templo del nomo capítular de Abydos, cuyo culto glorificaba simbólicamente a Osir y servía de enlace entre el alto y el bajo Egipto.

Los Padres celestes apremiaban a sus dirigentes a la propicia expansión, por el mundo, de sus siemientes civilizadoras.

El brazo otoñal de la Cruz que señalaba el oeste, tenía la significación culta más trascendente. Ya que determinaba el punto cardinal de origen: la tierra de occidente de donde procedían los colonizadores atlantes. Entonces eran cuando los Padres espirituales de la raza daban sus directrices más concretas y definidas.

Asuramaya, el gran astrólogo y mediador de la voluntad de tan elevados Seres, consultó y oyó. Y obedeciendo su voluntad, transmitió las insinuaciones recibidas.

Después de la celebración de la mística festividad, reunió al efecto a sus primeros discípulos y colaboradores elegidos por él y por Manu para formar parte de la expedición que los condujo a las Tierras Puras.

Mas en el momento de la decisión, pensó: “¿Es, en verdad, llegada la hora?”

Una lucha interna tenía lugar en él. Por una parte, como astrólogo y sacerdote, debía interpretar honradamente, impersonalmente, el resultado de sus consultas al Zodíaco, de acuerdo con las claves que otorgaba el gran Libro “El Espejo del Futuro”, legado por el gran Isanas a los primeros iniciados astrólogos de la antigua Atlántida y que él llevó, por por expresa voluntad del Espíritu de Sukra-Venus, al país de adopción de Khemi.

Pero por otro lado, sentía que con el natural declive de su mucha edad sus fuerzas comenzaban a flaquear, y amaba entrañablemente a aquellos mozos plenos de energía y de inteligencia, sanos y hermosos, tiernos y duros, sus hijos espirituales a los que había instruido y formado desde la niñez en las aulas sabias de Templo del Sol, allá en la gran Isla sumergida. Ya en plena sazón, ellos constituían su esperanza. Eran la luz de sus ojos, la alegría de su corazón, el ejemplo viviente de sus ideales. He aquí que, por invitación de los astros, se veía en adelante precisado a renunciar a su estimuladora, filial compañía.

Experimentaba un profundo dolor en el alma. Y sin embargo, era él únicamente el llamado a invitarlos a la partida, argumentando su necesidad y planeando su objetivo.

Era preciso revestirse de valor y organizar el éxodo de la segunda dispersión de la flor de los iniciados atlantes por las tierras que requerían los preciados gérmenes que florecerían sin duda en prome-

tedoras, nuevas civilizaciones. Y era preciso que esa dispersión, esos brazos esforzados capaces de labrar en otras tierras diversas culturas parejas, salieran de las tierras maternas de Khemi, que los habían amparado.

Se asomó al ventanal abierto en el alto observatorio del gran Templo, que dominaba el Valle, y contempló largo rato las fértiles y hermosas perspectivas del país que a su ciencia debía el descubrimiento, la prosperidad y la vida.

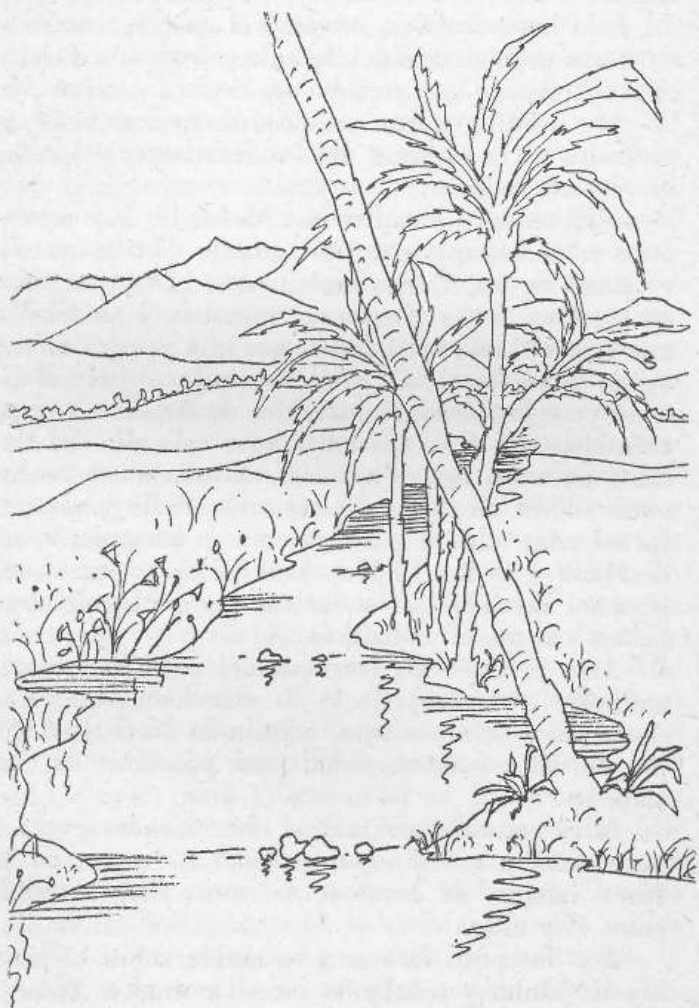
Las aguas del Nilo discurrían ya lentas y escasas, ceñidas al amplio lecho que centraba el Valle y su rumor llegaba a sus oídos trocados en música dulcísima.

Los campos y las huertas aparecían repletos de gramíneas, de legumbres y de árboles frutales. Las ciudades rodeadas de jardines, blancos de cal los barrios humildes, bloques de granito rosa los grandes edificios, de basaltos oscuros sus monumentos, de rojos ladrillos los senderos, las veredas y los canales. Desde aquella doble altura de su mirador y de su alma, todo era a los ojos enternecidos de Asuramaya un floreciente paraíso de felicidad, de bienestar y de amor.

Pero había que renunciar a los afectos personales, y la separación sería, en tal caso, como un elemento de la misma ley de crecimiento que desde el mirador oteaba embelesado. Los Padres celestes así lo querían y él no pondría jamás obstáculos, ni siquiera emotivos, a su voluntad.

Por otra parte, sabía que el porvenir estaba asegurado. Los niños crecían y se convertían en un nuevo plantel eficiente, adiestrado en ejercicios y estudios, formado en las Escuelas y en las pruebas iniciáticas y pronto podrían substituir a los mayores.

La gran corriente de la vida universal se derramaba a manos llenas sobre el idílico Valle, acele-



Un floreciente paraíso de felicidad.

rando el proceso de todas las formas de crecimiento.

A la hora decisiva, convocó el anciano sacerdote en una dependencia del Templo consagrado a Osir, el Sol Nocturno que presidía los ocultos procesos de la vida infinita, a sus amados discípulos, aptos y probados en la empresa del éxodo atlante, y les habló de esta manera:

—Hijos míos amadísimos: Me dirijo hoy a vosotros como intérprete de un mensaje dictado por la voluntad de los Padres espirituales de la raza, que en vosotros tienen puesta su confianza y su fe. Ya que esta altísima civilización que con vuestra eficaz ayuda hemos venido a sembrar aquí, no debe limitarse ya a los términos naturales de las tierras egipcias, sino que tiene que extenderse más allá del término de estas aguas nilóticas. Y sois vosotros los sembradores elegidos. En vosotros confluyen, pues, las miradas celestes y las esperanzas nuestras; mías, de Manu y de Isa. El Mar Azul de las promesas, espera ver hendidas sus ondas con las quillas de otras nobles empresas fundadoras. . .

— Ante el gesto de sorpresa del reducido selecto auditorio que atentamente lo escuchaba, levantóse Asuramaya de su asiento, necesitado de mayor acopio de valor y de dignidad para proseguir su desempeño.

Miró entonces uno a uno, con mirada severa y penetrante, a sus discípulos, como si tratara en su fuero interno de levantar un muro imperceptible entre él y ellos.

Por fin puso la mano venerable sobre el hombro de Emim y señalando sucesivamente a Adón, a Xishutro y a Kasdim, díjoles, después de recobrar aliento, con seguro acento:

—Hijos míos; por expresa indicación de los astros, vosotros sois los primeros elegidos para la noble

dispersión sembradora que os he mencionado y que requiere la obra reconstructiva de la nueva Era que comienza. Equipad al efecto, con todos los útiles necesarios, la primera de las grandes naves construídas a base del modelo del "Argha". En ella embarcaréis con vuestras mujeres, vuestros hijos y aquellos que elijáis por compañeros y colaboradores y quieran voluntariamente seguirlos al ordenado destierro. Cada uno de vosotros tiene un lugar predestinado de acuerdo con sus características astrológicas y raciales y el signo que preside los lugares de establecimiento. Son tierras puras, lavadas y removidas también, cada una a su modo, por el gran diluvio y el sismo planetario de renovación cíclica. Ellas han sido de antemano preparadas por los Guías y ejecutores espirituales, y requieren de cada uno de vosotros el instrumento adecuado para la siembra iniciática y civilizadora presidida por el signo naciente. Así, pues, os conmino ahora para que, cuando vuelvan a crecer las aguas del río, os halléis preparados para la expedición. Siguiendo el curso de las aguas, partiréis hacia el norte. Ya en la desembocadura, tomaréis el brazo derecho del Delta del Nilo y llegaréis a través de él al Mar Azul Interior, el Mediterráneo. Seguiréis las sinuosidades de la costa. . . Tú, Emim, iniciado de raza atlante-semita, has sido elegido para desembarcar el primero, con tu gente y tus estros, en la tierra bendita de Judea. Allí te establecerás. Y basándote en la Gran Ciencia y bajo la guía de tus protectores invisibles, llevarás allí la tradición inmortal, la sabia institución de los Misterios y crearás un gran foco de civilización, y plantarás la semilla de un gran pueblo futuro. Tú, Adón, nativo de otra variante subracial de la misma casta semita, proseguirás al albur de la dispersión cíclica y civilizadora, navegando en dirección nor-este, prosiguiendo las incidencias de la misma costa

asiática. A la tercera singladura de viento favorable a partir del desembarco de Emim, llegarás a tierras que a través de muchas señales requerirán tu arribo. Allí te establecerás también con tu familia y tus colaboradores y serás un día el Señor de Siria, el fundador del pueblo y de la civilización fenicia. Tú, Xishutro, mi discípulo predilecto de pura raza aria, el más aventajado en el conocimiento de la Ciencia de los Astros, tomarás tu Zodíaco, el gran tratado de los cielos y el otro tratado jeroglífico sobre el misterio de los números y de la magia, y desembarcarás con tu esposa, tus hijos y tus amigos electos en las mismas tierras sirias, y allí hallarás los medios para proseguir tierras adentro tu peregrinación hasta encontrar la orilla occidental del río Eúfrates. Ella te conducirá a la Tierra de Ur, en cuyas pródigas riberas te asentarás fundando la futura gran civilización caldea. A tí, Kasdim, te tienen reservados los Padres celestes las tierras que esperan aun más allá, tras los ingentes montes de la Bacteriana, siguiendo la línea del Elam hacia oriente. Allí sembrarás, a base de la sabia, religiosa tradición atlante, la gran civilización persa, asombro de las edades, y una raza purísima de raigambre aria, delicada y sensible al mensaje espiritual.

Hizo aquí una pausa el gran Asuramaya. Miró fijamente a los otros discípulos, suspensos también de sus palabras. Y señalándolos del mismo modo uno a uno, continuó diciendo:

—En la noche subsiguiente, cuando la luna llena brille sobre el transparente cielo egipcio, tú, Idán, acompañado de tu buen amigo Pelagus, el más bello entre todos, y de Bars, el más esforzado, todos depurados ejemplares de la raza ario-atlante, como vuestras esposas y vuestros descendientes, fletaréis otra gran nave pareja, y en ella embarcaréis, siguiendo aguas abajo la corriente del padre Nilo. Mas al lle-

gar a los divergentes brazos fluviales del Delta, seguiréis por la boca opuesta que tuerce hacia poniente. Al amparo del Sol, de la Luna y de las estrellas, navegaréis mar adentro sobre las azules olas del Mar que acunará tantas civilizaciones, y al amor de sus brisas marinas, alcanzaréis a ver, después de cuatro jornadas de navegación, la mole imponente y alargada de la Isla de Creta, como un paraíso en medio del mar. Tú, Idán, desembarcarás en ella en nombre del Padre único y te internarás en sus hospitalarias tierras con tu gente elegida. Buscarás para morada de los primeros Misterios la montaña más alta coronada de nieve, semejante a un dedo cósmico que señalará siempre el camino celeste. En su falda excavarás la gran cueva templaria, la cripta consagrada al culto de la mayor pureza a Zeus, el Padre de los dioses. Invoca a los espíritus de los elementos que contigo colaborarán. Con el tiempo, ese monte prominente de alma cima, llevará tu nombre, porque serás el precursor de un culto memorable y el progenitor de un rey sabio entre todos que, en posesión de la gran tradición, que difundas, representará allí el más alto exponente de la avanzada civilización cretense, hija de la atlante. Desde allí, proseguirás tú, Pelagus, navegando en dirección norte, hasta que encuentres las tierras continentales de Grecia, que los dioses te tienen destinadas. Allí instituirás unos centros ocultos, pequeños, asistidos oráculos que un día se transformarán en grandes Santuarios de Iniciación, con sus Misterios Mayores y Menores, acordados, sus pruebas y sus ritos a la tradición remota de la Cruz Zodiacal del año. Allí en aquellas tierras pródigas, florecerá una gran civilización que tendrá por lema la belleza y la armonía. Siguiendo esta tónica, enseñarás en las escuelas de los Misterios el canon del divino arquetipo y el módulo del Demiurgo, el gran arquitecto del Universo. Tú, Lars, proseguirás,

solo con tu gente, en la nave que te conducirá más allá, hacia occidente, país de leyendas, hasta que abordes en las costas de la Etruria. Allí fundarás una civilización de hombres fuertes que patentizarán en sus costumbres y en su arte, con toda su pureza, la primitiva civilización atlante.

Después de esta esforzada, animadora peroración, Asuramaya se dejó caer, semipostrado, en su sitial. Parecía haber realizado, con ello, un inaudito esfuerzo.

Lo era, en verdad. Todos los presentes se dieron cuenta de lo que representaba, para él y para ellos, la empresa en perspectiva. Para el anciano sacerdote, significaba una especie de transfusión de su propia energía vital al grupo de los discípulos más allegados y amados. Para ellos, la oportunidad y la aventura, tentando con los mejores medios, las posibilidades del destino a su favor y a favor de los tiempos nuevos, propicios a los precursores de los grandes Ideales.

Al fin, todos se alegraron.

Todos, menos Arghan, el más joven, que parecía postergado en un rincón de la sala, abrumado por sus propios deprimentes pensamientos de inferioridad.

¿Por qué no le habían otorgado a él los astros un puesto de honor entre sus demás compañeros, en aquellas proyectadas expediciones civilizadoras?

En tanto los jóvenes nombrados departían entre sí y hacían sus planes animadamente, los ojos profundos y sagaces del sabio astrólogo se clavaron en el más joven de sus discípulos allí presentes.

De pronto, pareció recuperar nuevas fuerzas. Se levantó ágilmente de su asiento y se dirigió hacia él. Y poniendo la tranquilizadora mano sobre su pecho compungido, díjole en voz baja, con cariñoso acento:

—Iberión, hijo mío; tú, que como divisa de tu misión futura cambiaste tu nombre por el de Arghan

ya que en el interior del "Argha" pasaste dormido hipnóticamente por el poder omnipotente de *od*, el fuego blanco, la postrera y definitiva prueba astral de la Iniciación atlante; tú, que en el seno de la nave bendita naciste a la vida espiritual bajo un signo de combate y de triunfo, obediente a los Guías protectores de la raza, realizarás la más difícil y audaz de las misiones en tierras lejanas. Disponte a su cumplimiento. En tí tengo puestas mis esperanzas. A tal efecto, equiparás con todos los recursos a tu alcance, la tercera de las grandes naves y reclutarás, con la ayuda de tus valientes camaradas Iape y Phoras, a los hombres más fuerte de Egipto. Al iniciarse el próximo creciente después de la partida de la segunda nave, saldréis vosotros y vuestras familias con armas, herramientas y utensilios destinados a la labor y al culto, aguas abajo, antes de nacer el día. Seguiréis la misma senda fluvial del Delta, por el brazo tendido hacia poniente que hendirá el navío pilotado por Idán. Mas, siguiendo el camino del Sol, seguirás la Costa recién surgida a la luz, del Desierto Líbico. Después de costear durante numerosas jornadas, cuando el perímetro de la costa se escarpe y tuerza hacia el norte, y veáis alzarse, imponentes, las cordilleras de la Numidia, os restará todavía una tercera parte de camino hacia el final objetivo. Doblaréis la curva de los cantiles fieros y seguiréis en línea recta hacia el poniente con el Sol en derecha. Al final, cuando os parezca de lejos que el mar se cierra, no os arredréis. Seguid avanzando y veréis frente a frente, a manera de dos monstruos marinos aprestándose a la lucha, dos peñones enormes. Una estrecha franja de mar los separa. Atravesado el estrecho, a las dos singladuras de viento propicio, llegarás, siguiendo la costa opuesta, a la temida Isla de Eritrea, que preside la desembocadura de dos grandes ríos. Antes de estableceros en la

tierra firme, tendréis que luchar con el gigante Gerión, el de las pródigas manadas, y vencerle. Ya que él, tiene por sino atacar a cuantos se aproximan a sus dominios milenarios. Ese temible gigante es uno de los pocos supervivientes que restan en aquellas costas de la raza degenerada de los primitivos toltecas, que se hundieron allí cuando ocurrió la primera de las grandes conmociones cíclicas del gran Continente Atlante. Algunos de tales gigantes infestan, como sabes, las Islas diseminadas en el Gran Verde y que constituyen los picos de las cordilleras del Continente sumergido bajo sus aguas. Desde este momento te confío los Anales de la sabiduría eterna y te transmito, ¡oh Arghan! la energía del vencimiento. Superadas en ardua lucha esas iniciales pruebas, te establecerás en paz con tus compañeros victoriosos, en una tierra inmensa preciosísima, de suelo feraz y de subsuelo rico en metales, surcada por grandes ríos navegables y a la que darás el nombre de Tartesos. En este floreciente país de maravilla, tú serás el primer Rey y Sacerdote iniciado. Fundarás la dinastía fabulosa de los Arghanes, que llevarán tu nombre por los siglos de los siglos, en recuerdo y honra de tu misión imperecedera.

Erecto y enardecido, dirigióse entonces de nuevo el anciano a todos los presentes, los bendijo imponiendo sus paternales manos sobre sus testas humilladas y al fin, les dijo estas estimuladoras palabras de despedida:

—Y ahora, ¡qué el gran Sol de vida de la Nueva Edad os ilumine a todos!

CAPÍTULO XVI

EL PRIMER “HIJO DEL SOL”

El gran Templo consagrado a Osir, el dios Supremo de Egipto, el Sol oculto, levantaba su mole de granito en un altozano de la parte norte de la ciudad de Abydos.

Desbordando la ancha piedra pulimentada del dintel, acababa de ser colocado el divino distintivo del Santuario solar bajo la supervisión de su arquitecto, el sabio Knoufis, maestro en la sagrada ciencia de la construcción, según los módulos numéricos y geométricos del gran Demiurgo, en la Escuela de los Misterios.

Este distintivo consistía en un círculo de oro pulido del que salían a ambos lados, horizontalmente, dos alas de finísima policromía, obra maestra recién salida de la Escuela de Cerámica de la ciudad.

Terminada la colocación del Sol Alado que remataba el prominente umbral, el arquitecto iniciado retrocedió unos pasos y contempló el efecto que ofrecía, así terminada, la fachada principal del Templo que miraba a oriente.

Knoufis sonrió satisfecho. Era en verdad el sacro edificio un modelo de armoniosas proporciones, un ajuste perfecto de contrapeso de masas, realizado de acuerdo con los modelos proporcionales de las moradas divinas.

Contenía ese Templo una extensa cripta dotada de todos los requisitos; salas, pasillos, pozos, com-

puertas y resortes secretos para celebrar en su seno las duras pruebas de la Iniciación en los Misterios religiosos. Por su solidez y los materiales que lo constituían, podía resistir, durante innúmeros milenios, el embate de los elementos y el desgaste del tiempo, imponiendo su misión y su símbolo a las humanidades presentes y futuras.

Entró en el edificio y ayudado por un equipo de técnicos y obreros dio los últimos toques a la magnificente decoración que requería la sin par ceremonia que en la gran sala del Templo iba a celebrarse en breve: la proclamación e investidura del primer Rey de Egipto.

Llegó el día y el momento prefijados por el gran Astrólogo y sumo Sacerdote Asuramaya.

A la convocada asamblea, fueron llegando al Templo, primero, los hombres y mujeres iniciados. Luego, los representantes corporativos, oficiales y de gremios, las clases distinguidas y cultas del país y los gobernadores de los siete nomos en que se subdividía el Valle de Khemi.

Todos ocuparon sus puestos respectivos, ateniéndose a las consignas previas y se predispusieron a ser espectadores conscientes y eficaces del trascendente acto que iba a tener lugar.

Entonces apareció Asuramaya, caduco ya su cuerpo por la avanzada edad, pero alto y erguido en su dignidad de supremo Hierofante. Le seguía un joven sacerdote, ayudante de ceremonias.

Sostenía éste un cofrecillo de metal. De él tomó el anciano unas esencias resinosas que mezcló y echó en la pira ardiente. Unas redondas espirales azuladas se fueron elevando en la semiobscuridad del recinto impregnando de un intenso aroma de bienhechor influjo a todos los presentes. Luego recorrió todos los ámbitos del aula sagrada, y con paso lento y ceremonioso, fue asperjando de un recipiente de metal

lleno de agua salada debidamente magnetizada, todo él y a todos los en él presentes.

Después, a la débil luz de dos lámparas extremas, se situó inmóvil frente a los espectadores, como si se hallara pendiente de una orden no captable a través de los sentidos físicos. En torno suyo se había hecho un solemne, proseguido, expectante silencio.

Aparecía a la sazón el anciano alto e imponente, vestido con la larga túnica de los sacerdotes iniciados. Sobre su pecho, lucía el redondo pectoral astrológico traído del Templo del Sol de la Isla Atlántida, lleno de incrustaciones y de signos misteriosos, sobre el que reposaba la blanca barba trenzada. Su mirada brillante y profunda, que calaba a todo aquel que podía sostenerla, parecía a la sazón mirar más allá de las cosas y de los seres. Su grave faz moreno-rojiza, totalmente surcada de arrugas, era el más alto signo, en su absoluto mutismo, de la solemnidad que se aproximaba.

Por fin levantó la cabeza, cerró los ojos, juntó las manos, y comenzó a pronunciar, lenta y armoniosamente, la Palabra Sagrada, ajustando su recitado monódico a la tónica planetaria del momento.

La sagrada invocación fue repetida cada vez por el auditorio, como un eco de resonancias mágicas.

Poco a poco, fue creándose en la sala una atmósfera astral propicia e invisiblemente, fueron acudiendo a ella altas Presencias protectoras.

En el instante preciso en que el Sol Nocturno pulsaba la línea del nadir terrestre, un golpe de inefables resonancias dado sobre el gran disco de oro suspendido sobre el altar, resonó larga y armoniosamente por el aire.

Entonces, llegado el momento anunciado, una intensísima luz azulada se encendió tras el aureo disco, iluminando, de manera indirecta, toda la estancia.

Inmediatamente, el pesado cortinaje que servía de fondo al altar se descorrió y apareció Isa, en su máxima majestad y hermosura, radiante como una diosa, conduciendo de la mano a su hijo Hor, convertido en un alto y apuesto mozo.

Tenía éste la tez de un claro tono cobrizo, totalmente afeitada y la enmarcaba una larga cabellera lacia, de un negro azulado que, a ambos lados del flequillo horizontal, pendía dividida en dos bandas hasta sus anchos hombros. Sus grandes ojos azules y rasgados, de imperioso mirar, revelaban su incipiente poder y sabiduría. En su frente límpida, resplandecía la experiencia de remotas edades.

Aparecía a la sazón el joven totalmente desprovisto de atributos y adornos. Sólo cubría su cuerpo una finísima túnica de lino sin costuras, tejida al efecto para aquella esperada solemnidad, por su madre.

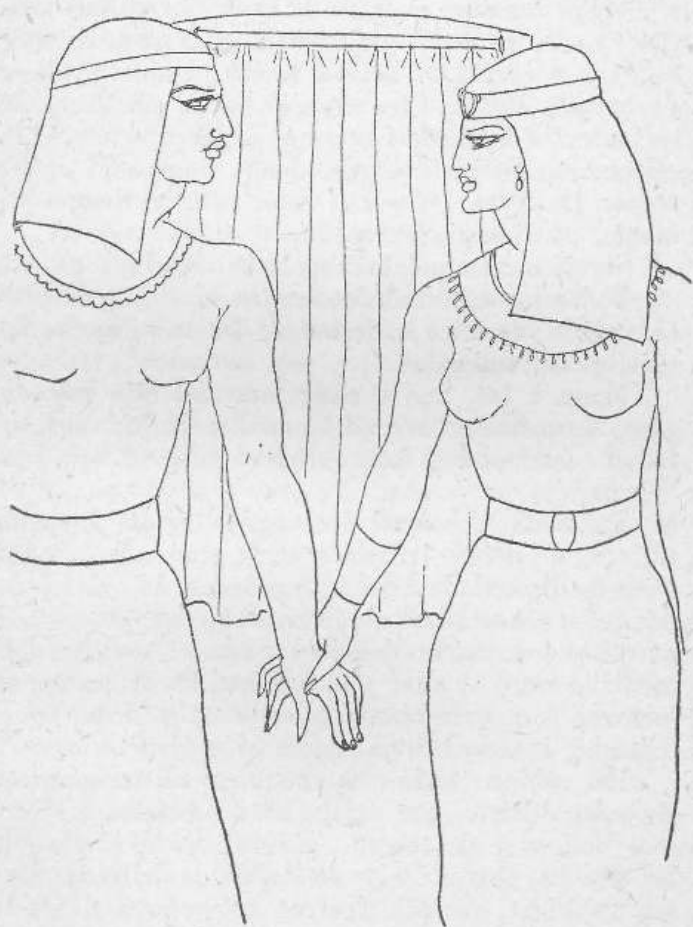
Tras ellos apareció por la puerta central de fondo la altísima y arrogante figura de Manu, el gran Legislador atlante, padre del joven Hor.

Situóse a su izquierda y tomándole la mano, lo hicieron sentar ambos padres en el alto trono que se había preparado en el centro del altar.

Una vez situado, puso en la mano izquierda del joven el látigo de oro, el atributo supremo de la autoridad y del mando, en tanto le decía:

—En este solemne instante y merced a este alto símbolo, te ensalzo, ¡oh hijo mío primogénito! a la regia dignidad para la que fuiste engendrado. En nombre de Osir, Padre supremo, te nombro el primer rey de Egipto. Un solo consejo he de darte: gobierna con justicia.

Inmediatamente Isa, con toda la dignidad y hermosura de que se hallaba revestida, como gran Sacerdotisa del Templo, colocó sobre el pecho del hijo bienamado la gruesa cadena de doce anillas de oro,



Isa, conduciendo de la mano a su hijo Hor.

de la que pendía el *ankh*, la cruz ansata o coronada, símbolo de la suprema Iniciación egipcia, en tanto le decía con tierna y armoniosa voz:

—Por las doce pruebas de la Iniciación que venciste y que simboliza la cadena que para siempre rodeará tu cuello, se llega a la cruz ansata, símbolo de la vida eterna. Otro consejo he de añadir al de tu padre: a la justicia con que gobiernos, añade la clemencia. No olvides que, donde impera el amor, sobran las leyes. Porque el amor es a un tiempo armonía, providencia y ley.

Siguió a estas palabras un ritual silencio.

Todos los espectadores sentían el ánimo suspenso ante la hierática majestad de las tres figuras inmóviles e iluminadas.

Manu e Isa, uno a cada lado del hijo entronizado, formaban en verdad un cuadro inolvidable que todos contemplaban con religioso respeto e íntima delectación.

En medio de aquel prolongado, ritual silencio, hicieron de pronto irrupción en la gran sala, por las puertas disimuladas de ambos lados, un corro de danzarinas sagradas que, divididas en dos filas, avanzaron en curva deliciosa hasta el espacio que mediaba entre el altar y el público. En el centro, se juntaron formando círculo y entonces se dispusieron a iniciar la danza ritual zodiacal y planetaria.

Iba cubierta cada una con un velo transparente de color distinto, que dejaba al descubierto las formas delicadas del cuerpo ceñido, desde el seno a los tobillos, por una tela entretejida de delicadas piezas metálicas, que relucían con mil colores a la brillante luz indirecta. Llevaban la cabellera suelta y los pies descalzos.

Tras las jóvenes y esbeltas danzarinas hicieron su aparición en la gran sala los músicos religiosos, quienes, divididos también en dos grupos, tocaban

sus respectivos instrumentos. Unos agitaban tambores, otros sistros de tintineantes cascabeles, otros rasgaban las cuerdas numerosas del arpa egipcia o pulsaban pequeñas liras de cuatro cuerdas sensibles. Los restantes soplaban flautas o acordadas trompetas de distintos metales y conformaciones que, con sus agudos y alegres sonidos, atraían a los espíritus de los elementos y a los genios armoniosos de los espacios interestelares.

Al compás de la música iniciaron las danzarinas su simbólica coreografía y el formado círculo zodiacal evolucionó en rondas acompasadas y rítmicas en cuyo centro danzaban sus danzas singulares aquellas danzarinas que representaban los planetas con sus órbitas entrelazadas.

Una corriente de belleza y de admirativa beatitud, cundió entre todos cuantos presenciaban la artística actuación y con ello mostraban su beneplácito por aquella forma de homenaje brindado al joven Rey.

Finalizados concierto y danza, se retiraron armoniosamente, con paso rítmico, como habían llegado, músicos y danzarinas y desaparecieron uno a uno por las puertas laterales.

Tras ellos, se hizo el silencio en la gran sala, cuando la figura venerable de Asuramaya ascendió trabajosamente las gradas del altar.

Dirigióse el Hierofante hacia el joven entronizado monarca y colocó en su diestra el cetro religioso que cruzó con el látigo del poder, sobre el pecho de Hor, al tiempo que le decía con voz solemne, que la emoción hacía levemente temblorosa:

—Como Iniciador supremo de los Misterios, te proclamo el primer monarca de la regia Dinastía que gobernará en adelante todo el país de Egipto. Posees ahora la doble investidura: la de sumo Sacerdote y la de Gobernante. Con los atributos otor-

gados por tus padres y por mí, te conviertes desde ahora en jefe máximo de la jerarquía interna y de la jerarquía externa. Pero esas atribuciones y poderes que se te han conferido por tu destino y por tus merecimientos, no bastan para erigirte Rey absoluto del más noble país de la Tierra. El verdadero Rey, debe ser "el nacido de sí mismo". Nadie pues, si no tú, puede colocarte sobre la frente la corona real. El momento en que lo hagas, sellará en verdad el inicio glorioso de la regia Dinastía que la posteridad considerará de origen divino.

Hor dejó por breves momentos los atributos ofrecidos a ambos lados de la bandeja que el maestro de ceremonias le aproximaba y en cuyo centro se hallaba la corona de oro y brocado carmesí. Tomóla con ambas manos y levantándose en medio de un imponente silencio general, alzó el máximo atributo de la realeza en alto, como si lo ofreciera al Soberano invisible y por fin, se la ciñó en la frente.

Todos le vieron entonces como iluminado por una doble luz que no era de la Tierra, lucir sobre la amplia frente del joven monarca la serpiente de oro mordiendo la cola y que sujetaba la rica toca carmesí que, cubriéndole toda la cabeza, caía, doblándose en dos bandas, sobre sus hombros.

Al sentarse de nuevo, ya coronado, en el trono, añadió Asuramaya:

—¡Bendito seas, en nombre del Sol oculto, soberano y todopoderoso Señor de la Tierra de Khemi, heredera de la sabiduría eterna!

Y puso sus dos manos, en señal de bendición, sobre la cabeza del regio mancebo.

Tras estas palabras y de espaldas a la concurrencia, se aproximó más aún al joven coronado.

Manu e Isa se distanciaron entonces del hijo, como obedeciendo a un previo ritual, en tanto el supremo Iniciador soplaba varias veces proyectando su

aliento en la frente de Hor, en el lugar del entrecejo. Después, tras realizar unos pases magnéticos en su columna vertebral con objeto de vitalizar sus centros ocultos, transmitiéndole al oído la Palabra de Poder. Por fin, puso en sus manos un llavero que contenía las siete llaves con los siete sellos de los Anales Secretos que nadie podría abrir más que él y sus regios sucesores.

Con ello, le eran transferidos a Hor no sólo los atributos reales e iniciáticos, sino la investidura suprema de gran Iniciador.

Transcurrida otra solemne pausa, y como si retornaran todos de las altas esferas que habían fugazmente rozado, a manera de un sideral bautismo, Asuramaya se hizo a un lado. Y dirigiéndose esta vez a un tiempo al joven monarca, a sus padres y a todos los presentes, añadió:

—Ahora, hijo mío, no me resta más que hacerte una última recomendación, que debe ser oída por todos los asistentes a este acto trascendental. En el largo decurso de tu gestión como Soberano egipcio, mantén ante todo el secreto iniciático y las claves de poder. Honra en todo momento los principios y las leyes. Y el mejor modo de honrarlos es saberte el primogénito Manubhu, hijo de Manu, el Legislador y padre de la casta gobernante, engendrado por él y por la voluntad del divino Osir en tu madre Isa, imagen de la Madre eterna. Ella te trajo de la Matriz de los Tiempos. Porque ella encarna la tónica del signo que comienza, la Morada de la Luna que inicia la gran rueda zodiacal. Este signo que tu madre encarna gloriosamente, representa y representará siempre el matriarcado social y religioso que sellará, no sólo los cultos, sino las costumbres del país de Egipto. Por lo tanto, te digo a ti, Hor, ante el testimonio de todos los presentes, que en tanto tu esposa legítima, la futura gran Iniciada, no sustituya

a tu madre como Reina y suprema Sacerdotisa, por su filiación astrológica y por su categoría propia, ella seguirá siendo la primera mujer en el Templo, en el hogar, y en el país de Egipto. A ella, pues, prestarás obediencia. Isa será a tu lado, el luminar que te guíe en las horas oscuras, como ilumina la Luna el cielo nocturno. Por ella y a su ejemplo, todos los hijos de familia, a través de la sucesión de las generaciones, por los siglos y los milenios, acatarán la ley del matriarcado y llevarán el nombre, no del padre, sino de la madre. De ella heredarán, porque en las manos de la madre se hallarán los bienes legales y la autoridad de la familia. Y así se sucederán las nobles y prolíficas descendencias vuestras en esta bienhadada colonia atlante de la Tierra de Khemi.

Dirigiéndose luego al nutrido grupo de iniciados, hombres y mujeres que presenciaban el imponente acto, añadió el venerable anciano:

—¡Oh vosotros, flor consagrada del pueblo privilegiado que los astros nos encomendaron fundar! Hijos míos para tan alta misión histórica elegidos, a vosotros me dirijo ahora, para deciros solemnemente que nombro sucesor mío, por su doble investidura real y sagrada, a Hor, el primer Hijo del Sol, el fundador de la Dinastía de Reyes Iniciados que gobernará este gran país. Por tanto, él será en adelante no sólo vuestro Rey y el Rey de todas las Tierras del Valle de Khemi que riega el fecundante Nilo, sino el supremo Hierofante de este Templo, el Maestro máximo de su Escuela sacerdotal, y el futuro Iniciador de los Misterios. Con su entronización real y su dignidad sacerdotal, acaba mi misión sobre la Tierra. A este país de privilegio os conduje... Las claves del lenguaje celeste os enseñé... ¡Que ella y él me acojan en su divino seno!

La voz del anciano se apagó y su estatura pareció disminuir a los ojos de cuantos lo oían y contemplaban.

Retrocedió unos pasos y se apoyó, para tomar aliento, en una de las columnas que servían de soporte al altar. Respiró, como para cobrar nuevas fuerzas. Por fin, con voz cansina, opaca y temblorosa, añadió con visible esfuerzo:

—No quiero que mi despedida sea un adiós, sino un saludo al gran momento histórico que hoy se inaugura y al glorioso futuro que a este pueblo espera. Quisiera, pues, que este broche final que con mis palabras pongo al acto de hoy, no proyecte sobre vosotros la sombra de la caducidad, la tristeza y la muerte, sino la luz de la resurrección. Por esto inicio yo, el que se retira de la escena del mundo, este grito de júbilo: “¡Viva el primer Rey-Iniciado de Egipto! ¡Viva el Hijo del Sol!”

En tanto un coro proseguido de entusiastas vítores llenaba los ámbitos del Templo de ecos de alegría y de optimismo, rubricando las últimas palabras del gran Asuramaya, y los brazos se alzaban y los gestos se enardecían aclamando al joven Monarca que correspondía sonriendo a las repetidas expresiones de buena voluntad de todos los espectadores, se abrió de golpe la gran puerta que daba al oriente y el primer rayo de Sol de aquel memorable día, se posó sobre el disco de oro bruñado que pendía del techo del altar, suspendo sobre el trono. Poco a poco, como si el Padre del Universo pusiera su solemne corolario a la fiesta, imprimió su beso de luz sobre la frente coronada de Hor.

Entonces todo el mundo enmudeció. Y aquel silencio, puso fin a la solemne ceremonia.

Desde aquel punto y hora, nadie supo más del anciano Asuramaya.

¿Por dónde desapareció? ¿A dónde había ido?

No importaba. Había cumplido su deber sobre la Tierra en uno de los momentos cruciales más destacados de la protohistoria de la humanidad.

Mediante su profundo conocimiento de la Ciencia de los Astros que dirige el movimiento de los mundos, las transformaciones terrestres y el destino de los hombres, condujo a la salvación a la pura flor del pueblo atlante y las semillas de la civilización y las secretas enseñanzas de la sabiduría eterna. Fundó los Misterios, otorgó las claves de la más alta tradición al pueblo egipcio. Y por fin, coronó su obra al coronar al primer Rey-Iniciado que pasaría a la posteridad como el glorioso primogénito de la Dinastía de los Reyes Divinos del primitivo Egipto.



CLAVES DE LA TRADICIÓN PROTOHISTÓRICA EN QUE SE FUNDAMENTA ESTE RELATO

Asuramaya Llamado "el último superviviente de la Raza Sabia" sacerdote y astrólogo, fue el gran evadido de la Atlántida poco antes de su hundimiento. Fue el depositario de los secretos conocimientos venusino-atlantes, el que llevó a Egipto el zodíaco, fundando aquellos famosos Misterios y Escuelas de Sabiduría a base de la "Ciencia Madre de todas las Ciencias", la Astrología. Fue el patrocinador del éxodo atlante, aquella memorable expedición salvadora de los preciosos archivos del pasado, compuesta por una selección de hombres y mujeres puros, flor de aquella raza próxima a desaparecer, y que fundaron la avanzada colonia atlante en el bajo Egipto.

Isanas Nombre del misterioso Ser conocido como el más grande Maestro de la antiquísima humanidad atlante en su época de mayor esplendor, venido de Sukra-Venus, el planeta hermano mayor de la Tierra, de avanzada civilización, para ofrecer a nuestro mundo, con el propósito de acelerar su evolución, las fórmulas de perfeccionamiento y de sabiduría del suyo. Se le considera fundador de los Misterios religiosos de la Atlántida y del culto al Sol. Habiendo llegado hasta nosotros la tradición sabia y sus nombres en la época alejandrina a través de su erudita Biblioteca y Escuela, la frecuente traducción de Usanas, es errónea. Correspondiendo la primera letra a la *ypsilon* del alfabeto griego, se traduce mejor por la I del nuestro. La palabra Isa (Isis) se deriva de Isanas.

Osir Raíz etimológica de Osiris, la deidad máxima, el hombre iniciado y deificado, el Sol Nocturno, Señor del Amenti, Tierra del Oeste, el Más Allá en los Misterios egipcios.

Isa Auténtico, primitivo nombre de Isis antes de su latinización. Considerada mitológicamente, es la Gran Madre, la Señora del Cielo Nocturno, la Luna. Según los anales protohistóricos, fue la promántida de los Misterios atlante-egipcios en la época de su fundación, princesa-sacerdotisa clarividente y clariaudiente que emigró de la Atlántida antes de la catástrofe geológica y cíclica —por el fuego y por el agua— que provocó su hundimiento en las aguas oceánicas.

Hor Raíz de Horus, considerado legendaria y simbólicamente hijo de Osiris y de Isis. Fue el primer Rey de las Dinastías Divinas, auténtico Iniciado revestido con los atributos de la majestad verdadera, con plenitud de facultades, de virtudes y de poderes, que la tradición deificó en forma de tercera Persona de la divina Trinidad egipcia. Sus sucesores constituyen el misterioso Faraonato de las Divinas Jerarquías que precedieron, durante milenios, a las humanas, inauguradas por Menes. Herodoto, el Padre de la Historia, iniciado en Egipto, da fe de haber contemplado sus efigies en unas secretas criptas de Heliópolis, en número de 345.¹

Manu Nombre genérico de los Padres de las razas, fundadores de pueblos y civilizaciones. El personaje citado en este relato fue el sabio legislador que organizó y dirigió el éxodo de los atlantes al país de Egipto —Las Tierras Puras de Khemi— y que engendró la última subraza pura aria-

¹ Remitimos al lector a la obra de la misma autora: *Faraonas y Sacerdotisas* del antiguo matriarcado egipcio.

atlante. En memoria suya se dio este nombre al monte del Delta donde promulgó, después del desembarco, las primitivas leyes del país.

Palagus Dio nombre a la raza de selección que pobló Grecia, llamada de los pelasgos, de origen ignoto en los anales históricos y que la tradición esotérica deriva de la expedición atlante al país de Egipto y la fundación de las colonias que constituyeron el germen de las siete grandes civilizaciones mediterráneas después del gran Diluvio.

Idán Fue el Iniciado atlante que recibió el decreto de fundar, en la Isla de Creta, los Misterios de Zeus en el Monte Ida que lleva su nombre. En el templo críptico de esta montaña, enseñó las ciencias catárticas, espagíricas, terapéuticas y naturales, de acuerdo con los conocimientos astrológicos y ocultos basándose en el poder adquirido sobre los espíritus de los elementos. Los sacerdotes y cultores de su gran tradición se llamaron *idanos*.

Xisuthro Sigue siendo considerado el fundador de la religión caldea basada en la Ciencia de los Astros y de los Números. El creó los primeros Misterios en la Tierra de Ur, la primitiva Caldea, cuya famosísima capital fue Babilonia.

Adón Parece constituir la raíz del dios Adonais, el Sol adorado por los antiguos fenicios. Primer Señor de Siria, él instauró la civilización atlante en la antigua colonia postdiluviana del oriente mediterráneo.

Kasdim Ha quedado en la protohistoria como el gran mago y astrólogo que instituyó los colegios sacerdotales y creó los primeros núcleos sabios de la refinada civilización persa.

Emim Ha sido considerado el fundador de la religión y el pueblo hebreos. Pertenecía a la flor de la subraza ario-

semita, preparada para servir de injerto a las futuras civilizaciones del nuevo gran ciclo heliacal. Fundamentó la lengua sobre bases astrológicas y ocultas de acuerdo con la tónica astral que sellaba su misión en las antiquísimas tierras de Judea. Fue uno de los grandes elegidos atlantes destinado al norte de Eurasia después de acaecido el Gran Diluvio.

Lars Entre los primitivos etruscos de la península itálica, existe la tradición velada de un sapientísimo Conductor de la raza y fundador de aquella destacada civilización de origen atlante que constituye uno de los grandes misterios no interpretados por la historia. La civilización etrusca fue madre de la posterior romano-latina y una de las más sobresalientes del sur de Europa.

Arghan Fue un nombre genérico en la remota civilización tartesia del sur y centro-occidental de la península ibérica, de marcada tradición atlante. Esa avanzadísima civilización tartesia se mantuvo incólume muchos siglos hasta dejar pasmados, según Avieno cita en su *Horae Maritima* a los antiguos navegantes griegos. Su último y sabio rey, llamado Arghantonio —que perdura la tradición originaria del Argha, la nave sagrada de los atlantes fugitivos— se cree gobernó Tartesos durante un siglo.

Diluvio Existen, no sólo múltiples, coincidentes leyendas, sino científicas confirmaciones de la existencia del llamado Diluvio Universal, que inundó la Tierra somovida de cataclismos y alteraciones que ocasionaron el hundimiento de la Atlántida bajo las aguas a través de sucesivos terremotos y maremotos, corrimientos de aguas, ajustes geológicos necesarios para el establecimiento en la tierra, de una nueva humanidad al iniciarse un gran "Año Heliacal". La tradición de los secretos anales de Egipto se revela a través de esta Biografía novelada y ambientada de ASURAMAYA, el gran astrólogo y sumo sacerdote atlante, "descendiente de la Raza Sabia".

Civilización Atlante En los Diálogos platónicos *Timeo* y *Crítias*, como en otras fuentes de información obtenidas por los famosos arqueólogos Schliemann en el Templo Budista del Tíbet, en Micenas y en Egipto y por Hernán Cortés en los Santuarios aztecas del antiguo México y también a través de confidencias de destacados griegos iniciados e instruidos en los Templos de Sais y de Heliópolis, los antecesores atlantes gozaron de una gran civilización, patentizada en parte en el país del Nilo como brazo y colonia de los atlantes allí refugiados, proseguidores de la gran tradición. Según ella, ya en aquellos remotos tiempos, conocían el zodíaco, la fuerza atómica, la aviación, las lámparas inextinguibles, el cristal maleable y transparente, los colores inalterables, los prodigios de la alquimia, las aleaciones metálicas, la fundición, numerosas artes y ciencias así como la más avanzada terapéutica y la cirugía, la anestesia y prodigiosas recetas para la momificación que heredaron los egipcios. Todo ello, unido a los módulos arquitectónicos y las más profundas enseñanzas de sabiduría, constituía un caudal enorme de conocimientos que sólo se confiaban a los discípulos probados, a aquellos que poseían, en igual medida que el saber mencionado, las virtudes del hombre superior. De ahí la gloria de esa doble investidura que hizo famosa en el mundo entero y preclara la tradición de los Santuarios Iniciáticos del antiguo Egipto donde coronaban al recipiendario vencedor con la doble investidura de sabio y de santo.



R. I. N.° 262
E. C. A. F.
EDICIONES - DISTRIBUCIONES
GOYA, 12
MADRID-1

Impreso en los talleres de
B. COSTA-AMIC, EDITOR, en
calle Mesones 14, México, D. F.

Edición de 3,000 ejemplares.

Noviembre de 1965

EN LA MISMA EDITORIAL

- DIORAMA DE LOS MEXICANOS,
Dr. Jorge Segura Millán.
- LA URSS Y EL FUTURO, Leonard
Schapiro.
- MEXICO BARBARO, John Kenneth
Turner.
- MEMORIAS DE UN REPORTERO,
Roberto Blanco Moheno.
- PSICOANALISIS DE LA DINAMI-
CA DE UN PUEBLO (México,
tierra de hombres), Aniceto Ara-
moni.
- OPULENCIA Y MISERIA EN EL
SIGLO XX, Drs. Jan Groot y
Eduardo Yglesias.
- GUERRA SOCIAL EN YUCATAN,
Ramón Berzunza Pinto.
- LA ESPAÑA QUE CONQUISTO
AL MUNDO, Rodolfo Puiggrós.
- ORIGENES DE LA FILOSOFIA,
Rodolfo Puiggrós.
- CERVANTES EN SU TIEMPO, EN
SU PATRIA Y EN SU OBRA
UNIVERSAL, A. F. Oruesagasti
Gallástegui.
- PERROS NOCTIVAGOS, Luis Mon-
cada Ivar.
- EL PASO DEL LOBO (novela), Ma-
ría Yolosoóchil.
- EL PICAFLOR (novela), 2da. edi-
ción, Arqueles Vela.
- SIMBOLOS Y NUMEROS, Francis-
co L. Urquiza.
- SUCEDIO EN PRIMAVERA Y
UNA FRANCESITA EN MEXI-
CO (2 novelas cortas), Mariano
G. Somonte.
- HISTORIA DE LA REVOLUCION
MEXICANA (5ª edición), José
Mancisidor.
- JUAREZ ANTE DIOS Y ANTE LOS
HOMBRES (4ª edición), Roberto
Blanco Moheno.
- LA CIUDADELA QUEDO ATRAS,
Francisco L. Urquiza.
- LOS SUMERGIDOS, Víctor Alba.
- ASPECTOS SOCIOLOGICOS DE
NUESTRO TIEMPO, Carlos A.
Echánove Trujillo.
- SOLO ANTE EL MUNDO (nove-
la), Rosa Menasanch